

2^a
edición



QUIERO
VOLVER
A VERTE

Ángela Dro

Lectulandia

Quiero
Volver
a verte

Ángela Drei

A David, mi compañero de viaje.

AGRADECIMIENTOS

He tenido la suerte de contar con estupendas compañeras que me han ayudado y animado hasta conseguir ver terminada esta novela: Mayte, gracias por enseñarme a ser mejor escritora; Lidia y Silvia, siempre acertáis con vuestros consejos.

Quiero enviar un abrazo inmenso a María José, fue la primera editora que confió en mis historias.

También a ti, que tienes estas páginas entre tus manos, gracias por acompañar a Susana en su aventura en Londres.

¡Nos vemos en las Redes!

V olvió a contar el número de personas sentadas a la mesa.

Sí, con ella eran exactamente el mismo número de chicas que de chicos: tres parejas.

Habían organizado una cita a ciegas.

Susana sintió cómo su indignación aumentaba junto con el rojo de sus mejillas. Era un buen cóctel de humillación, vergüenza y una terrible sensación de ridículo.

—Julia, ¿podemos hablar un momento? —Sujetó a su amiga por el antebrazo y la alejó unos metros por el pasillo de aquel acogedor restaurante.

—¡Susana! ¿Qué haces? —Julia, fingiendo sorpresa, trató de zafarse de la mano de su amiga.

—¿Yo? Sería mejor decir qué haces tú, Julia. Dime que esto no es lo que parece. —Susana intentaba hablar en voz baja, pero por culpa del enfado su voz era mucho más estridente que de costumbre.

—¿Y qué parece? —preguntó Julia fingiendo sorpresa.

—Vale, muy divertido. Ahora mismo llamo a un taxi —replicó y comenzó a caminar hacia la puerta. Esta vez fue Julia quien la sujetó para detenerla.

—Espera. Susana, por favor...

Susana se detuvo, aunque no estaba segura de querer escuchar la explicación que iba a recibir. Sabía que al día siguiente, en el trabajo, tendría que compartir muchas horas y era mejor no enfadarse.

—Tienes razón, hemos preparado una cita a ciegas. Pero si te sirve de consuelo él tampoco lo sabía, así que debe de sentirse igual de mal que tú. —De esa forma tan simple, su amiga confesó el plan que habían tramado, sin mostrar el más mínimo arrepentimiento.

—No, Julia, no me siento mal. Me siento ridícula. ¿Crees que no quedo con nadie porque no puedo conseguir una cita? ¿Se os ha pasado por la cabeza que, a lo mejor, no tengo interés, ni tiempo, ni ganas?

—Mira, vamos a hacer un trato. Quédate un rato, toma algo y si te aburres finge que te llaman de casa y que te tienes que regresar corriendo. No tienes nada que perder. Te prometo que no te dejaré sola. Será como si tú y yo hubiéramos quedado a cenar con unos amigos.

Susana dudó un momento y Julia aprovechó la ocasión para presionar un poco más.

—Vamos, anda... No pierdes nada —insistió, con una sonrisa angelical en su rostro.

—Está bien, pero espero no arrepentirme de esto.

Julia le dio un beso en la mejilla y ambas, aunque una bastante más sonriente que la otra, regresaron a la mesa con el resto del grupo.

—Susana, estos son Jack y Chloe. A Nick ya lo conoces.

Primero saludó a Nick, el novio de Julia desde hacía unos meses, y luego se dirigió a la chica rubia con ojos claros. Ella sonrió tendiéndole una mano en la que lucía unas preciosas uñas color coral que resaltaban su piel clara.

—Encantada, Susana. Este es mi hermano James.

Susana se encontró frente a frente con el hombre que resultaba ser su cita aquella noche. Lo primero que vio fue su mirada, de un azul intenso con un ligero matiz de tristeza que le daba un aire nostálgico y atractivo, y ella se encontró pensando en qué defecto tendría James para que le hubieran organizado una cita con ella.

Los rasgos angulosos de su mandíbula y aquella sonrisa suave que mantenía, estaban enmarcados en un pelo rubio oscuro algo desordenado; pero eso, lejos de estropear su imagen, le daba un toque de rebeldía que le hacía todavía más atractivo, y cuando habló ella estuvo a punto de lanzar una maldición.

—Es un placer conocerte, Susana —la saludó cortés James, con una ligera inclinación de cabeza antes de acercarse a darle un beso en la mejilla.

No solo era atractivo, también tenía ese perfecto acento inglés y acariciaba las palabras con un tono grave y sereno. Susana volvió a preguntarse qué haría un hombre como él allí esa noche.

Desde luego jugaban en ligas diferentes; la de él era de primera división, junto con las modelos de las revistas y las actrices de fama reconocida. Aunque solo un vistazo no bastaba, estaba claro, era mejor echar dos o tres, pensó Susana casi riendo en voz alta. Bajó la vista hacia su cuello que se adivinaba bajo la camisa oscura, abierta tan solo un botón, como si ese día hubiera decidido no llevar corbata y darse una pequeña libertad.

—Muchas gracias, James —dijo echando una mirada a su amiga, que la observaba con una sonrisa de oreja a oreja sin ningún tipo de remordimiento aparente.

Después de pronunciar unas palabras amables, se sentó en la única silla que quedaba libre, por supuesto al lado de él, y deseó que aquella noche pasara rápido. Al menos Julia no había mentido, y se trataba de un local informal donde compartir comida mientras charlaban, cosa que todos hacían mientras ella se quedaba observándolos, tratando de no encontrarse más fuera de lugar de lo que ya se sentía.

Un primer vistazo a Chloe, la amiga de Julia y hermana de aquel hombre perfecto que tenía justo a su izquierda, le confirmó que cualquiera de las prendas o pulseras que adornaban sus muñecas costaba más de lo que ella podía pagar con el sueldo de todo un mes. Parecía ser una persona llena de energía, prodigando sonrisas a los demás. A su lado estaba sentado Jack, su novio, un hombre moreno y de aspecto mucho más tranquilo, que no despegaba la vista de ella ni un momento. Permanecía atento a cualquier gesto o palabra, mirando a Chloe con ojos rebosantes de amor y admiración. Para él, el resto de personas que había a su alrededor parecían no existir.

Mientras Susana permanecía en silencio, entretenida en las conversaciones de los demás, James no dejaba de observarla. No esperaba una mujer como aquella. En cuanto su hermana pequeña le había confesado la finalidad de esta cita, él había

pensado que se encontraría con una de aquellas amigas de Chloe que se dedicaban a acosarlo en cuanto tenían ocasión. Como su hermano mayor, había tenido que sufrir a una legión de jovencitas adolescentes que pasaban los fines de semana en su casa y suspiraban por él en cuanto le veían aparecer. Más tarde, a medida que los años pasaron y la edad de ellas aumentaba, los suspiros habían dado paso a los flirteos atrevidos y las proposiciones descaradas.

Pero aquella chica era diferente. No tenía ni idea de cómo había podido entrar en el círculo de la pequeña Chloe. Aunque suponía que debía trabajar con Julia en el hotel, estaba claro que no se habían conocido en el colegio o la universidad. No era inglesa; por su acento parecía italiana o española. Y por su aspecto no dejaba duda. Su piel era morena, pero no de aquella forma que dejan las cabinas de bronceado, y el pelo era tan negro como sus ojos: vivos, incluso ahora que intentaba pasar desapercibida. No llevaba collares ni pulseras, tan solo unos pendientes plateados que brillaban entre su oscura melena. Parecía no estar muy contenta con la situación. Para él la noche había mejorado de forma exponencial al descubrir que ella era su cita. Se fijó en sus manos femeninas, en sus uñas cortas pintadas de un tono neutro y en sus dedos nerviosos que repiqueteaban sobre la mesa. Sonrió al no encontrar marcas de anillos en ellos.

—Trabajas en el hotel con Julia, ¿verdad? —preguntó. Susana tuvo que morderse la lengua para no hacer ningún comentario sarcástico por la forma tan manida de comenzar una conversación.

—Sí —contestó escueta.

Tal vez así perdiera interés en ella. La forma en que aquel hombre hablaba y su mirada segura, hacían que se sintiera un poco incómoda. Por no hablar del hecho de tenerlo sentado tan cerca. Ella también lo había observado cuando creía no ser vista. En realidad, cada minuto que pasaba le costaba más apartar la mirada de James.

—Y eres española.

Esta vez, él pronunció la frase de forma asertiva, así que Susana pudo ahorrarse la afirmación. Y eso fue lo que hizo, aun sabiendo que era una muestra evidente de mala educación.

—Yo tampoco suelo hablar mucho —añadió él, que sonreía con gesto cómplice mientras se inclinaba hacia ella como si estuviera estudiándola.

Susana sintió el efecto de aquella mirada y el calor de su respiración aproximándose. Un pequeño escalofrío recorrió su cuerpo, aunque consiguió continuar con su pose indiferente. No entendía qué estaba pasando. No le gustaban estas tonterías que hacía tiempo había dejado atrás. Aquella etapa de su vida había pasado y ella tenía otras obligaciones.

Aunque tenía que reconocer que aquel hombre era ciertamente atractivo. Todo en él invitaba a abandonarse en sus ojos, a perderse escuchando su voz, mientras él pasaba los dedos con un gesto natural por su pelo. Parecía tan calmado, tan seguro de sí mismo, que resultaba inaccesible.

Al menos para ella.

Ninguno de los dos habló demasiado aquella noche, como si ambos hubieran decidido permanecer en segundo plano de forma voluntaria. Él tampoco volvió a intentar entablar conversación con ella, aunque deseaba volver a tener la oportunidad

de escucharla de nuevo. Le intrigaba aquella morena que, para variar, no intentaba pedirle el número de teléfono ni averiguar el saldo de su cuenta bancaria.

De repente, Susana se dio cuenta de que llevaba unos minutos ensimismada en sus propios pensamientos y todos la miraban. No tenía ni idea de qué hablaba el resto del grupo.

—¿Te apetece venir, Susana? —Julia repitió la pregunta, y ella intentaba recordar lo que había escuchado unos segundos antes—. El Dj está de moda, dicen que es el mejor de la ciudad.

Vale. Así que querían ir a bailar.

—Tengo que madrugar mañana —se excusó.

—No te preocupes, te llevaré a casa. Hemos venido juntas y nos vamos juntas.

Julia la miró con una sonrisa sincera, como si fuera lo más normal del mundo que dejara a su novio y sus amigos por acompañarla a casa.

—No hace falta, cogeré un taxi. No es necesario que me acompañes —se apresuró a decir. No era ninguna adolescente que se fuera a perder por el camino y prefería regresar cuanto antes a casa y dar por terminada aquella velada, ponerse ropa cómoda y ver cualquier programa tonto en la televisión.

—Yo la llevaré.

Todas las miradas se volvieron hacia James, incluida la de Susana.

—¿No te importa, James? —preguntó una Julia demasiado sonriente, feliz por el curso que había tomado la conversación.

—Yo también había pensado volver pronto, mañana tengo trabajo —añadió y entonces volvió a mirar a Susana para dirigirse únicamente a ella—. Mi coche está cerca y no he bebido nada. Soy de fiar, Susana.

Ella dudó un segundo antes de contestar. Tampoco quería parecer una cabezota, negándose a algo tan habitual como que un amigo te llevara a casa, pero había taxis de sobra en la ciudad. No dudaba de la capacidad de él para conducir, pero no quería tener que verse dentro de una conversación incómoda. Haber aceptado salir esa noche había sido un error, no había más que mirar a James para darse cuenta de que Julia había estado muy equivocada al organizar esta cita. Saltaba a la vista que no tenían nada en común.

Pero James tenía otros planes. Había visto la oportunidad de estar con esa preciosa mujer a solas durante un tiempo, sin las miradas indiscretas de su hermana, de Julia ni de nadie, y pensó que, quizá en ese escenario, aquella mujer sería más conversadora. Él se encargaría de buscar un tema de conversación cómodo. Después de todo, en su trabajo tenía que vérselas hablando con personas bastante difíciles y siempre había conseguido derribar sus defensas.

Esa joven española lo tenía intrigado y él nunca se detenía hasta tener todas las respuestas.

—Vamos, tengo el coche aquí mismo —dijo y se levantó aprovechando el momento de indecisión de ella.

Cogió el abrigo de Susana y su bolso, se colocó a su lado para ayudarla a ponérselo con la habilidad de quien está acostumbrado a ese tipo de cortesías, sin darse cuenta de que ella se quedaba perpleja por el gesto.

—Te llamo por la mañana, Susana —dijo Julia con una enorme sonrisa; la misma

que Chloe lucía, como si ambas estuvieran seguras de que algo bonito iba a suceder entre ellos.

Susana frunció el ceño, pero lo único que consiguió fue que Julia le guiñara el ojo.

James tomó con suavidad el brazo de Susana y ella caminó a su lado mientras se abrían paso entre el gentío que en aquel momento desbordaba el local. El silencio de la calle contrastó con el ruido que habían dejado al cruzar la puerta. El hecho de que ella no hubiera demostrado ningún interés en la conversación ni en él mismo durante la velada era una verdadera novedad en su vida. Las mujeres que él frecuentaba no eran capaces de estar calladas ni cinco minutos. Tampoco era frecuente que no intentaran abalanzarse sobre él, o que durante la primera cita no dejaran ya su número de teléfono móvil apuntado en cualquier sitio.

Había otro tipo de chicas: esas que habían sido educadas dentro de unas estrictas normas sociales y que jamás habrían sido tan poco correctas. Esas chicas tan instruidas sabían deshacerse de él con una sonrisa suave y un gesto tajante, dejando claro que no iba a llegar a nada más y que jamás iba a tener su número de teléfono. Conocían bien su reputación.

—El coche está aquí mismo —le indicó sin soltarla. No sabía por qué, pero se encontraba cómodo con su cercanía y, como si fuera un gesto absolutamente normal, siguió caminando con ella con los brazos entrelazados en dirección a su vehículo.

Acomodó su paso al de Susana y deseó haber aparcado un poco más lejos. Iba a tener que pensar con rapidez si quería conseguir una segunda cita, porque de eso estaba seguro: necesitaba volver a verla.

Después de pasar toda la cena observando cómo escondía aquellos ojos oscuros de él, eso era lo único claro en su cabeza.

James se sentía bien con ella pegada a su cuerpo, como si caminar juntos fuera lo correcto, y ahora que la tenía más cerca pudo oler su cabello, limpio pero peinado con sencillez, y de nuevo recordó que ella no era una de las mujeres que él conocía.

Se rio de sí mismo en silencio. Quién le iba a decir que acabaría así la noche. Se había enfadado con su hermana Chloe por haberle organizado una cita a ciegas, casi se largó de allí, pero Chloe le había convencido haciéndole ver lo mal que se sentiría la chica si él ni siquiera esperaba a conocerla, sería una gran falta de educación y de consideración por su parte y no podía ser tan grosero. Después de todo era amiga de ella y eso garantizaba que al menos fuera simpática.

Qué gran manipuladora era la pequeña Chloe.

Y ahora se encontraba buscando alguna excusa para alargar el camino al coche.

Si alguien hubiera podido leer sus pensamientos, habría pensado que se trataba de un adolescente inseguro de quince años y no de un hombre que caminaba hacia los treinta.

Susana no supo qué decir cuando él se tomó la libertad de acercarse tanto. Habría querido enfadarse, pero la verdad era que se sentía bien y siempre podía decirle que retirara el brazo si quería, ¿no? Al principio se había quedado rígida, pero de forma involuntaria se fue acercando a él mientras ambos caminaban. No llovía, pero la noche era fría y húmeda. Pensó que quizá por eso la reconfortaba el calor del cuerpo de él.

—Una noche sin lluvia —mencionó James.

—Sí, es raro —añadió Susana—. En Londres parece otoño siempre.

—Es el encanto de la ciudad. Dicen que llueve más de cien días al año.

Susana había hablado sobre la lluvia en Londres con casi todos los que había conocido desde que llegó a la ciudad. Parecía que el hecho de que ella fuera del sur de Europa les hacía recordar que allí podían pasar semanas sin ver el sol.

Un pequeño pitido y un destello de luces la sorprendieron, obligándola a abandonar el absurdo camino que estaban tomando sus pensamientos. Agarró su bolso con fuerza cuando James se separó de ella para abrir la puerta de un coche. Susana observó el vehículo plateado; sin duda era un coche de lujo, y el asiento de cuero que envolvió su cuerpo con suavidad confirmó esta sensación.

Subiendo con agilidad a su coche, James activó el motor con suavidad y encendió la calefacción. Observó cómo Susana se acomodaba al sentir los asientos calefactables y sonrió pagado de sí mismo. Adoraba este coche.

—¿Dónde vamos? —le preguntó.

—Putney —contestó ella, aunque su voz no sonó demasiado segura en ese momento.

—De acuerdo, indícame cuando estemos cerca. —Comenzó a conducir a una velocidad mucho más lenta de lo que era habitual en él. Quería alargar al máximo este tiempo con ella y continuaba esforzándose por encontrar el tema perfecto de conversación. Aunque ella no parecía estar incómoda con el silencio, recostada ligeramente en el asiento con el rostro relajado. Sus manos reposaban sobre el bolso, algo crispadas.

—Espero que no te desvíes demasiado de tu camino.

—No te preocupes. Además, es todo un placer conducir de noche, casi no hay tráfico. —James hablaba mientras miraba atento la carretera—. La ciudad parece otra.

—Sí, las calles están casi desiertas—contestó pensativa Susana. Estaba disfrutando de forma inesperada del viaje, de la manera de deslizarse suave del coche y de la voz de él. Sí, era una sensación tan inesperada como agradable.

—¿Vas a trabajar en el Metro o llevas tu coche? —preguntó, contento de que al menos pudieran mantener una pequeña conversación.

—Metro o autobús, soy una entusiasta del transporte público —contestó algo sarcástica, pensando en los impuestos que debían pagar para circular por el centro de la ciudad y el precio de las plazas de aparcamiento.

—Vaya. Te has aclimatado a la ciudad sin problemas, por lo que veo —dijo James, obviando el tono que ella había usado.

Susana no se atrevió a mirarlo demasiado durante el trayecto, sentía que el ambiente que les rodeaba era tan íntimo que no quería romper la atmósfera que se

había creado, el aire parecía cargado de electricidad ahora que estaban a solas. Tampoco estaba segura de lo que había sentido hacía unos minutos cuando caminaban juntos por la calle, así que se concentró en mirar la carretera.

Él la observaba de forma furtiva y pensó que le apetecía pasar la mano sobre sus hombros; mejor sobre sus manos, pero tenía miedo a cómo reaccionaría y volvió a sentirse como un adolescente inexperto. Temía estropear aquel momento si cometía algún movimiento precipitado. Cuando se adentraron en el barrio de Putney, siguió el lateral del río y ella le indicó la entrada a su casa.

Al detener el coche frente a la puerta observó las escaleras que conducían a la casa de Susana. Solo le quedaba el tiempo que tardaran en recorrer aquella distancia para conseguir su teléfono y una cita. Era ahora o nunca.

—Gracias por traerme —dijo Susana, que intentó sonar lo más tranquila y confiada posible.

Lo cierto era que en aquel momento no le apetecía abandonar el vehículo, y el recorrido hasta la puerta de su casa parecía una prueba difícil de superar. No sabía qué hacer ni qué decir. ¿La acompañaría él hasta la puerta? ¿Intentaría besarla? Se mordió el labio inferior, nerviosa. Se sentía bastante torpe porque no había notado entre ellos ni un solo indicio de flirteo. ¿O sí los hubo, pero no se había dado cuenta? Sin embargo, dentro de aquel coche podía sentir con total claridad la tensión entre ellos y se arrepentía por no haber sido más amable con él.

James salió del coche y le abrió la puerta, tan caballeroso como lo había sido en todo momento durante la noche. No había estado tan inquieto desde hacía años y le parecía divertido y molesto al mismo tiempo. Intentaba respirar tranquilo, tal vez así consiguiera de una vez que su cerebro reaccionara y tuviera alguna idea en el último momento. No dejaba de reprenderse mentalmente por comportarse de forma tan absurda y pueril. Él, un hombre con suficiente experiencia y edad para saber qué decir a cualquier mujer. Sin embargo, ahí estaba, completamente mudo.

Recorrieron los escasos tres metros que les separaban de la puerta sin decir una palabra, y James estaba a punto de un ataque de pánico. Tenía que hacer algo y tenía que hacer lo ya, o ella entraría y cerraría la puerta para siempre.

Antes de subir los cuatro escalones que le separaban del final de la noche, se armó de valor y se detuvo. Susana también se quedó quieta, sin saber qué se suponía que tenía que hacer. ¿Era deseo lo que veía en sus ojos?

—No me has dado tu teléfono, Susana —dijo James, que sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta, intentando ocultar la ansiedad que en realidad le corroía.

—Ah, es verdad. Bueno, es que no sé si...

Él no dejó que terminara la frase, sabía que tenía que aprovechar cualquier momento de indecisión que ella tuviera.

—Me gustaría llamarte para tomar un café, si a ti te parece bien, por supuesto. —
Contuvo la respiración un segundo y esperó la respuesta con los dedos jugueteando sobre la pantalla táctil de su teléfono.

—Sí, claro... —contestó Susana apretando su bolso con nerviosismo.

Su corazón había comenzado a latir más rápido ahora que James estaba otra vez frente a ella, con aquellos ojos que parecían mucho más claros bajo la luz de las farolas de la calle.

Pronunció los números de su teléfono móvil en voz baja y vio cómo él se apresuraba a teclear.

Quería subir corriendo los peldaños que la separaban de su puerta y salir de aquella situación. ¿Cuánto hacía que no la besaba un hombre?

No creía que él fuera a besarla; no después de que ella se hubiera comportado como una tonta toda la noche. Aunque de alguna forma sabía que, si lo hacía, si la besaba, ese beso no sería como los demás.

¿Y ahora quería que la besara? ¿Pero qué estaba pasando en su cabeza?

Aunque tenía los dedos temblando, sacó las llaves del bolso lo más rápido que pudo y notó la respiración de James a su espalda.

«¡Por favor, que no se me caigan las llaves!», rogó Susana en silencio.

Él subió tras ella y se mantuvo un escalón por detrás. Esperaba que se diera la vuelta, con un fuerte nudo en el estómago. Sus caras quedarían a la misma altura.

«Por favor, que se le caigan las llaves», suplicó James mentalmente.

Pero la puerta se abrió en cuanto ella hizo girar la llave, sin ningún problema.

James tuvo ganas de gritar. ¿Es que no podía tener un poco de suerte? Desesperado, vio cómo Susana daba un paso hacia el interior de la casa y se precipitó hacia ella para encontrarse a su altura.

—Susana, me habría gustado conocerte de otra forma. Tal vez así me habrías dado una oportunidad de volver a verte. Yo tampoco soy muy aficionado a las citas a ciegas, pero la verdad es que hoy mi hermana ha conseguido sorprenderme —explicó.

Susana se detuvo un instante. Cerró los ojos y supo que más tarde se arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer. Se giró para verle y no pudo engañarse más. Quería el beso que parecía estar escondido en algún rincón de la noche.

—Me llamo James, James Baker —bromeó y sonrió al acercarse más a Susana.

Se quedó hipnotizado por sus ojos negros, deseó probar sus labios y, como si el deseo tuviera su propio camino, su respiración rápida y superficial hacía correr toda su sangre hacia un único punto de su cuerpo. Atraído sin remedio, se acercó con lentitud a ella, se concentró en la expresión de su rostro y cerró los ojos cuando se encontraba a tan solo unos centímetros.

No sabía muy bien qué había sido aquello, pero algo le asfixiaba el estómago haciendo más fuerte el nudo que ya sentía. Sintió un temblor que le atravesó cuando el aroma dulce y cálido de Susana alcanzó su nariz. Durante una milésima de segundo, notó cómo sus pies perdían contacto con la realidad y, con la boca seca, con todos sus instintos alerta y gritando por tocarla, parpadeó y giró la cabeza, asustado, como si recobrara el sentido, rozando su mejilla en lugar de su boca.

—Encantado de conocerte —susurró muy cerca de su oreja.

Nunca salió de su boca una frase más auténtica.

Susana sintió sus labios masculinos posarse con suavidad y un escalofrío recorrió su cuerpo desde la nuca hasta los talones cuando el aliento de él acarició su oreja con aquel susurro. Necesitó toda su fuerza de voluntad para volver a respirar cuando, por un instante, él había apoyado su mejilla en la suya. Jamás había recibido un beso tan... Tan... Tan indescriptible.

No sabía cuándo ni cómo había sucedido, pero al sentir las yemas de sus dedos

rozando las suyas fue consciente de que él había acariciado su mano. El cosquilleo que había seguido a su contacto era delicioso, y no desapareció tan rápido como debería.

Bajó la vista, nerviosa, dijo un «buenas noches» con un hilo de voz y entró en casa a toda prisa. En cuanto cerró la puerta se quedó inmóvil en la oscuridad, tratando de recuperar la respiración, y le pareció escuchar un pequeño grito en el exterior.

James se acercaba a su coche. En algún momento su corazón había explotado en mil cristales y había incendiado su cuerpo de forma que no sentía el frío de la noche londinense. El nerviosismo de antes había dado paso a una euforia descontrolada y dio un pequeño grito de alegría al liberar la tensión.

Había sido algo nuevo y distinto. Había sido increíble. Tenía en la memoria el olor de ella, de su pelo, de su piel, y recostó la cabeza en el reposacabezas del vehículo mientras movía los dedos suspendidos en el aire. Se habían impregnado del tacto de su delicada piel.

Se daba perfecta cuenta de que tenía una sonrisa boba en su cara, pero no le importó. La noche había dado un giro inesperado: había conseguido su teléfono y ahora tendría una oportunidad.

Dentro de la casa, Susana escuchó un coche arrancar y supuso que James se alejaba. Sentía mariposas en el estómago y sonreía con las mejillas todavía sonrojadas. De la forma más silenciosa que pudo, caminó hasta el piso superior, vio la puerta entreabierta de la habitación de Fabio y a él durmiendo tranquilamente.

Al entrar en su cuarto, se acercó a la cuna situada junto a su cama. María descansaba feliz, su rostro era sereno, y ella se dejó caer en la cama con la mirada en el techo y aquella sonrisa todavía en sus labios. No recordaba la última vez que se había sentido de esa forma. En realidad, no recordaba haberse sentido así nunca.

Las mariposas volaron por todo su cuerpo y se imaginó de nuevo sintiendo los labios de él, el sueño la sorprendió recordando sus ojos claros cuando habían estado a punto de besarse.

Por primera vez en muchos días no llegó a su cama exhausta, repasando una y otra vez su situación laboral, sus gastos, su futuro, y buscando respuesta a todas esas preguntas que rara vez tenían respuesta.

Había llegado tan solo hacía seis meses a Londres y no había sido fácil al principio. El idioma era el principal problema, y agradeció la insistencia de su padre para que fuese a academias privadas por las tardes desde los diez años. También debía agradecer que le hubieran pagado la universidad porque, aunque no había terminado sus estudios de empresariales, todo el esfuerzo pasado le había servido en su nueva vida. Había sido increíble que tomaran en cuenta su currículum para trabajar en la recepción del hotel.

No había querido que María creciera rodeada de una familia que la consideraba un error, donde siempre la mirarían como la culpable de que la vida de Susana no hubiera seguido el brillante camino que ellos esperaban. El dinero abría muchas puertas, lo sabía, se esforzaba para dar a su hija María un buen futuro. Así que, además de trabajar duro en el hotel, estudiaba por las noches para poder terminar en Londres sus estudios.

Tampoco podía quejarse de los amigos que había encontrado. Julia se había

portado estupendamente con ella y Fabio, el rompecorazones del equipo del hotel, había estado a su lado desde se conocieron. No es que pretendiera ningún tipo de relación con él, cosa imposible porque Fabio prefería a los de su propio sexo, pero ambos habían conectado de forma simbiótica gracias a la incompreensión de sus respectivos entornos familiares.

Casi desde el primer momento, Fabio se había erigido en su hermano mayor, y al final habían terminado compartiendo casa. Él estaba encantado del arreglo, como hacía saber a todo el mundo en cuanto le preguntaban si no le parecía bastante extraño que viviera con una madre soltera. Para Fabio, criado en un pequeño pueblo de Italia dentro de los valores familiares matriarcales, uno de los mayores pecados que un hombre podía cometer era abandonar a la madre de su propio hijo, y por eso él, a su manera, intentaba paliar el efecto que «un idiota ciego» había provocado al abandonar a Susana.

Vivían en una casita pequeña, típicamente inglesa, en un barrio periférico bañado por el río que allí llamaban Thames. Cuando se conocieron, Fabio compartía esta casa con un amigo, pero como él decía siempre, era una relación con fecha de caducidad y la invitó vivir con él en cuanto lo inevitable sucedió. Ella aceptó encantada, porque aquel barrio era acogedor y estaba rodeado de parques, la casa era luminosa y amplia y, además, junto a él siempre se sentía cómoda. Tal vez era cierto eso de que todos los latinos compartían las mismas raíces, porque los gritos y las risas con él eran fáciles; tanto como si fueran amigos desde niños.

Aquel italiano guapo y desenvuelto se había convertido en una mezcla de mejor amigo y lo que ella creía que debía ser un hermano mayor. La verdad era que lo quería. Desde el primer momento en que lo vio en el hotel, vestido con su traje oscuro y ayudando a acomodar a los huéspedes en el restaurante principal, se había enamorado de él. No era un enamoramiento en el sentido estricto de la palabra, no. Pero desde luego Fabio y ella eran algo más que simples compañeros de trabajo. Eran familia. Y si alguien se pregunta si uno puede sentirse familia de otro ser humano sin compartir lazos sanguíneos, la respuesta es que muchas veces nos encontramos a otros que comparten nuestro camino de una forma mucho más íntima, sin necesidad de compartir madre o padre. Personas que permanecen a nuestro lado y sabemos que, suceda lo que suceda, nos van a querer y a apoyar de manera incondicional.

Si algo sabía Susana, era cómo no debía comportarse una familia con sus hijos. Así que había decidido que, después de su chiquitina, Fabio era ahora su única familia.

Despertó a la mañana siguiente, tan temprano como cada día, y la pequeña María ya se encontraba reclamando su desayuno. Fabio escuchó los ruidos en la cocina y se levantó para ayudar. Se había acostumbrado a la rutina de la pareja que formaban sus dos inquilinas y le gustaba pensar que de alguna forma pertenecía a esa familia. Eso le hacía sentir menos añoranza al haber perdido a la suya. Aunque no solía pensar en ellos, no al menos demasiado, echaba de menos el bullicio y el ruido, las risas por la mañana, los gritos y las regañinas de la *sua mamma* y las risas divertidas de sus hermanas. Siendo el único varón de sus hijos, su madre le prodigaba todo tipo de atenciones que hacía que sus hermanas le hicieran blanco de sus bromas, que él siempre había disfrutado. Todo eso había quedado atrás hacía demasiados años, pero

al menos ahora tenía a la pequeña María y a Susana animando su corazón. Además, como buen italiano, disfrutaba de los amores que la vida le ofrecía.

—¿Lo pasaste bien? —preguntó, colocando las tazas de café sobre la mesa mientras veía cómo daba de comer a la pequeña.

—Sí, Fabio. Era una cita, ¿lo sabías?

—Sí. —Con una sonrisa traviesa confesó que estaba de acuerdo con el plan de Julia.

—¡Fabio! No esperaba eso de ti. ¿Cómo has podido ocultarme algo así?

—Bueno, Julia dijo que era un buen chico. Es hermano de su amiga Chloe.

Escudriñó la mirada de su amiga y le pareció ver algo, y no era precisamente el enfado que había esperado.

—No se trata de eso. Pasé una vergüenza terrible.

—Pero ¿te gustó? —insistió, porque de golpe sabía que algo había sucedido. Esa pequeña y testaruda morena española se había prendado del caballero británico, estaba seguro.

—Fabio, no es eso... Es que no me gusta que me traten como si fuera boba.

—¿Pero te gustó o no, Susana? —insistió.

—Bueno, no lo sé —cedió por fin. Y dio otro trago al café. Fabio se echó a reír, y la pequeña María también, al escucharlo.

—María, *la tua mamma è innamorata*.

De forma deliberada, lo ignoró. Las palabras de su amigo no eran ciertas, pero sabía que él adoraba el amor y los romances. También sabía que no podía negar que había sentido algo por James, aunque tampoco tenía demasiado claro cómo clasificar aquel torbellino de emociones.

—¿Cuándo habéis vuelto a quedar?

—No lo sé. Me pidió el número de teléfono. —Jugueteeó con la cucharilla removiendo el café de nuevo—. ¿Crees que llamará?

—Susana, sería idiota si no lo hiciera, pero no tengo que decirte que no te hace falta ningún tipo. Y espero no tener que volver a obligarte a salir a divertirme de vez en cuando.

Sin decir nada más, el italiano se puso a canturrear como era su costumbre y abrió el lavaplatos para comenzar a recoger los cubiertos del desayuno.

—Gracias, Fabio. Todavía no sé por qué nos dejas vivir contigo. De verdad te lo agradezco.

Al escuchar a su amiga, Fabio se puso frente a ella y la rodeó con los brazos, apoyando la pequeña cabeza de pelo negro en su pecho.

—Mientras no te olvides de pagar el alquiler... Eso sí, esta semana te toca cocinar a ti; no voy a hacer de niñera gratis.

Para Susana, aquella mañana no resultó muy productiva. Se encontró demasiadas veces recordando los ojos azules de James, la sensación de los dedos de él mientras acariciaban los suyos, o cómo se había sentido al caminar bajo el peso de su brazo en los hombros.

Pero toda esa sensación de mariposas en el estómago fue desapareciendo poco a poco. Se hizo jirones, como si hubiera sido solo un sueño, y dejó paso a la realidad de su vida diaria, su trabajo y sus obligaciones. Susana volvía a ser la chica responsable

y formal que no tenía tiempo para soñar; sobre todo si se trataba de un hombre como James Baker.

El sábado siguiente a su cita a ciegas, James se levantó descansado y sin dolor de cabeza. Tampoco tenía sabor a vómito en la boca. Era toda una novedad. No recordaba cuándo había sido el último viernes que había vuelto sereno a su casa. Y cuando sonó el teléfono no maldijo a su hermana Chloe. Llamaba cada día desde hacía un año: de lunes a viernes a las siete de la mañana, los fines de semana a las once. Con puntualidad británica.

—Buenos días, Chloe.

—Hola, James. ¿Qué tal has dormido? —La misma pregunta todos los días, eso tampoco cambiaba.

—Bien, Chloe. Bien.

—¿Te acostaste pronto?

Tumbado sobre el sofá, esta vez le resultaba menos difícil pensar las respuestas correctas para su hermana.

—¿Está contigo?

—No, Chloe. La llevé a casa. No pasó nada entre nosotros —aclaró.

—Qué pena, me gustó. ¿Vas a volver a verla?

Suspiró. No tenía ni idea de lo que iba a hacer respecto a la joven que había conocido la noche anterior, pero eso no era raro para él. En general, no tenía ni idea de lo que iba a hacer durante los días siguientes. Y los fines de semana ni siquiera sabía qué iba a ser de él durante las próximas horas. Su trabajo era lo único que se mantenía estable. Su vida se había convertido en una especie de lucha entre lo que quería hacer y lo que hacía. Por no hablar de lo humillante que podía llegar a resultar que tu hermana menor te preparara una cita a ciegas, aunque tenía que reconocer que esa chica se había colado en su cabeza como ninguna otra antes.

Claro que, por la mañana, no quedaba ni rastro de aquella sensación extraña que había vivido la noche anterior al estar con ella a solas. Las mariposas en el estómago habían volado lejos. Con toda probabilidad, habían ido a buscar a alguien que mereciera sentir todo aquello.

—No creo, Chloe. No parecía demasiado entusiasmada.

—A mí me pareció que estaba nerviosa, solo eso. —Su hermana era bastante insistente cuando quería algo. Había heredado la gran virtud de la familia: saber negociar—. Si quieres le pido a Julia su teléfono.

—Tengo su teléfono —respondió un poco molesto. No era tan niño para necesitar que le consiguieran el teléfono de una chica.

—Pues úsalo.

—Chloe, no sé... —Cerró los ojos, no había forma de que ella pudiera entenderlo cuando ni él mismo lo hacía.

—¿La besaste?

—Sí, la besé —confesó.

—¿Y te gustó, James? ¡Sé sincero!

—Sí, me gustó. —Recordó el beso. En realidad, no era el tipo de beso que él había planeado, pero en cierta forma había sido mucho mejor—. Me gustó demasiado —añadió, más para sí mismo que para ella, pero sin darse cuenta dejó salir las palabras de sus labios.

No dijeron nada durante unos segundos hasta que escuchó la risa alegre de Chloe.

—¡Lo sabía! ¡Cuéntame más, James, por favor!

—No sé, Chloe. Es difícil de explicar, pero me gustó.

«Me sentí como si tuviera quince años de nuevo», añadió mentalmente. Pero el día había llegado y allí estaba su vida de nuevo. Ya no era el caballero que acompañaba a su casa a aquella joven de ojos negros y piel morena.

—James, ¿estás bien? —Chloe era capaz de notar cada cambio de estado de ánimo incluso a través del teléfono.

—Estoy bien —mintió—. Ya sabes, la novedad de no tener resaca un sábado. —Se rio con amargura.

—¿Quieres que vaya a verte? —Al otro lado del teléfono, la voz de su hermana se había vuelto seria y preocupada.

—No hace falta, de verdad. Es solo que... Déjalo, Chloe. Nos vemos.

Colgó el teléfono y se quedó tumbado disfrutando de no sentirse mareado. Se había acostumbrado a ese estado. Después de una noche de fiesta solía encontrarse como si hubiera sido atropellado por un tren de mercancías, le costaba centrarse y pensar dos palabras seguidas. Pero esta vez no había tenido ese tipo de diversión, que solía terminar con una chica en su cama.

Para interrumpir esos pensamientos se incorporó a prepararse algo más de café. Al menos podía trabajar. El trabajo estaba siendo una sorpresa los últimos meses: era el resultado del férreo control al que se obligaba de lunes a viernes. Nada de vida social ni de amigos.

Esta había sido la única forma de que consiguiera mantener su empleo, después de varias llamadas de atención por no acudir a trabajar sin justificación o por olvidar reuniones. Se lo habían perdonado porque su jefe, no sabía muy bien por qué, siempre lo había defendido. Decía que él era una joven promesa y tenía el derecho y la obligación de vivir esos últimos años antes de entrar en la edad adulta; bromeaba al recordarle que todo caballero británico al entregar su espada al servicio del rey, obtenía el perdón por todo su pasado. Tal vez la amistad con su padre tuviera algo que ver, como descubrió más tarde, pero al menos no podía decirse que no estuviera intentándolo con todas sus fuerzas. Así que dedicó esa mañana de sábado tan poco usual a trabajar, revisar informes, nuevos cálculos, nuevos planes de gastos... El sueño de cualquier economista.

El teléfono sonó con puntualidad de nuevo a las tres, pero esta vez no lo descolgó. Si cada día recibía la llamada de su hermana Chloe, el sábado y el domingo se sumaban las llamadas de su madre. Siempre dejaba que el contestador se activara y

ella siempre le regalaba algún mensaje amable, recordándole que estaba invitado a almorzar o cenar en casa, que su padre lo echaba de menos, o que el siguiente domingo, como cada primer domingo de mes, habría una reunión de la familia al completo.

Salvo él. Aunque estaba seguro de que todos se sentía mejor sin verlo.

Esperó a que la voz de su madre terminase su mensaje y se despidiera, y entonces se levantó a descansar un rato. No lo pensó cuando abrió una cerveza de la nevera y la llevó al salón para tomarla viendo los deportes. Cuatro cervezas y media botella de whisky después, caía dormido.

Cuando el teléfono le despertó, una sonrisa irónica se dibujó en sus labios. Con una familia así no hacía falta tener despertador. Se tambaleó hasta la mesa y contestó.

—Buenos días, James. —La voz feliz de Chloe anunció las once en punto de la mañana.

—Chloe —fue su única respuesta. No era capaz de contestar mucho más por ahora.

—¿Vas a venir a casa de mamá a almorzar, James? —la misma conversación y el mismo dolor de cabeza de todos los domingos. Parecía que el fin de semana volvía a su curso normal, después de todo.

—Chloe, gracias por despertarme. —contestó. Y colgó. Momento de terminar con la conversación.

Se dio una ducha caliente para intentar mejorar de alguna forma su estado, tanto físico como de ánimo. Tomó un café bastante cargado y dedicó, de nuevo, el resto del día a trabajar. Por lo general, de esa forma conseguía abstraerse del mundo real.

Había algo diferente aquel domingo, algo que le sorprendía: en algún rincón de su cabeza la imagen de aquella chica callada regresaba una y otra vez. Sus ojos negros lo miraban, brillantes en la noche, y recordaba el tacto de su piel en las puntas de sus dedos, calentado los suyos.

Sacudió la cabeza y dejó salir el aire, contrariado por sus propios pensamientos, porque, aunque sabía que ella no podía ser para él, se encontró imaginando cómo sería una vida a su lado. Era un ejercicio de fantasía autodestructivo, pero durante un minuto se vio sentado compartiendo una pizza y mirando una película la tarde del domingo. ¿Cómo sería tener a alguien? Alguien con quien despertar el fin de semana, tomar unas tostadas comentando las noticias; alguien que le esperase al regresar del trabajo para cenar juntos.

Se rio de sí mismo y de lo patético que parecía. «¿Echas de menos jugar a las casitas, James?», se preguntó con amargura.

Todavía quedaban unas horas del fin de semana, así que no rompía ninguna regla bebiendo un poco, y terminó la botella que había dejado a medias la noche anterior. No sabía cómo arrancar aquella imagen de la cabeza.

La semana por fin comenzó, tenía por delante cinco días de trabajo y de contención, y Chloe lo despertó a las siete en punto. Había retomado su particular campaña «Llama a Susana», algo que consiguió poner nervioso a James desde primera hora del día. Claro que no podía negarse a sí mismo que había pensado una y otra vez en ella, aunque no pensaba reconocerlo delante de su hermana, y seguía sin saber si debía llamarla o no. ¿Y si todo era una tontería? Hacía mucho que había

dejado de creer en el amor a primera vista, y estaba seguro que esto tenía que ver con que ella le había ignorado y su orgullo no permitía que eso pasara.

Ahora que lo veía con cierta distancia, se daba cuenta de que quizá había exagerado un poco. No era tan guapa, tampoco podía decir que fuera locuaz o divertida. Había pasado casi todo el tiempo tercamente callada, y quizá, pensó, no le interesaba nada hablar con él. Habría quien incluso diría que había sido maleducada. Sin embargo, no se había apartado cuando él la besó. «En la mejilla», recordó con una sonrisa sarcástica. Había que ser idiota para besar en la mejilla a una mujer hecha y derecha, como si fuera su madre o su prima.

Llegó el martes. Otro mágico despertar con la voz alegre de su hermana menor. Desde luego, su familia sería la alegría de cualquier psiquiatra.

Otro día de trabajo productivo.

Recostado en la silla de su despacho cerró el documento que leía en el ordenador. Tenía los ojos cansados y le dolía el cuello. Y estaba solo a martes. ¿Martes? Habían pasado cuatro días.

Giró la silla y miró por la ventana. El cielo estaba nuboso y oscuro: lo normal. ¿Qué era diferente entonces? ¿Por qué de repente se sentía inquieto? Dentro de su cabeza había un pilotito rojo que parpadeaba de forma ininterrumpida para llamar su atención.

En su mano tenía el móvil y no dejaba de acariciar la pantalla. Desbloqueó sin darse cuenta el terminal. Y ahí estaba, en la agenda, su nombre. Susana.

Apretó los labios y pulsó la tecla de llamada.

—¿Quién es? —contestó.

—Hola, soy James. James Baker.

El reflejo de la ventana devolvió a James la imagen de su propio rostro sorprendido.

—Hola James.

—¿Qué tal la semana? —preguntó. No tenía ni idea de qué hablar con ella, ni siquiera recordaba que su cerebro hubiera dado la orden de marcar el teléfono. Estaba en blanco.

—Bien.

—¿Trabajas hoy? —continuó, más por cortesía que por tener un objetivo claro.

—Sí. Esta semana me toca turno de tarde.

Miró el reloj y vio que eran las doce. Todavía estaban a tiempo de almorzar. Entonces, una parte de su cerebro, la que habitualmente se ocupaba de sus negocios, se desvió para prestar atención a aquella conversación. Fue en ese momento cuando quedar con Susana se convirtió en una batalla a ganar. Los engranajes de su cabeza se movieron con vida propia y dejó de ser dueño de lo que pensaba o hacía. Ahora debía trazar un plan, rápidamente. Es más, el plan comenzaba a trazarse solo, sus neuronas trabajaban de forma independiente. Aquello ya no era una cita: era un reto. Un trato a ganar, una firma que conseguir estampar sobre un contrato.

—¿Te apetece que almorcemos juntos?

—No puedo, James. Entro a las dos. Comeré algo en el trabajo.

Se detuvo un segundo. Bien, desde luego ella no se lo iba a poner fácil.

—Me gustaría quedar contigo, Susana.

No hubo más respuesta que el silencio.

Susana todavía no se había recuperado de la sorpresa de la llamada. En esos cuatro días se había convencido de que James no iba a llamarla y no volverían a verse, de esa forma podía revivir esos pequeños momentos con tranquilidad, sin sentirse defraudada por la falta de una llamada ni con la inquieta ilusión de quien espera una señal. Todo era más fácil para ella. No había nada entre ellos y nunca lo habría. Punto. Solo era una bonita noche que recordar.

—¿Qué te parece que nos veamos otro día? —insistió él.

—No lo sé, James, no sé si voy a poder...

—¿Qué día tienes libre?

—El jueves —contestó Susana.

James se sintió satisfecho. Al fin una pequeña victoria.

—Te paso a recoger y almorzamos juntos.

Esta vez no preguntó, expuso los planes sin darle la oportunidad de negarse. Acostumbrado a mostrarse frío y controlador en su trabajo, le costó no comenzar a tamborilear sus dedos sobre la mesa. Ella todavía no había aceptado.

—Tengo mucho que estudiar, James. No puedo quedar a comer.

Susana veía cómo su plan de negar lo sucedido se iba al traste, y no podía permitirlo. Quería continuar con su vida, con sus estudios y su trabajo. Quería tener pleno control sobre lo que sentía y no podía volver a exponerse a una cita con él.

Pero James Baker nunca perdía una negociación que le importase de verdad. Conseguir una cita con Susana era algo más que un simple negocio.

—Entonces, tomaremos un café por la tarde. A las cuatro en tu casa.

El suspiro de Susana se escuchó con claridad y James supo que había ganado; o, mejor dicho, ella se había rendido. No sabía si eso estaba bien y no entendía por qué de repente tenía esa necesidad de conseguir una cita con ella, pero lo había conseguido.

—Nos vemos el jueves, ¿de acuerdo? —añadió.

—Sí, hasta el jueves.

Las palabras habían salido de forma automática de su boca, traicionándola. Quizá habían sido los nervios, no lo sabía, pero ya estaba hecho. Susana dejó caer la cabeza sobre los libros.

Tenía una cita con James Baker.

En su despacho, James miró su teléfono y durante un momento se sintió un poco culpable por el tono cansado que había percibido en la voz de ella. Entonces recordó su imagen, sus ojos brillantes, su pelo oscuro sobre la piel morena y sus labios. Quería besarlos, y esta vez no perdería la oportunidad de hacerlo. Sonrió satisfecho al sentirse vencedor.

—James, te empiezas a parecer a Chloe hablando del amor —dijo en voz alta, y se obligó a seguir con su trabajo, a alejarse de aquel sentimiento, porque no quería admitir que bajo toda esa fachada de frialdad había algo más; algo cálido que se colaba en su estómago y recorría todo su cuerpo.

El jueves llegó por fin y a medida que transcurría la mañana James se encontraba cada vez más irritado. Tenía trabajo acumulado, pero aun así no consideró ni por un momento la posibilidad de cancelar la cita con Susana. Cada día había pasado más

tiempo pensando en ella e imaginando dónde irían o de qué podrían hablar. Apuró hasta el último instante y ni siquiera fue a cambiarse de ropa a su casa o a almorzar. A medida que avanzaban los minutos, la inquietud se iba apoderando de él, y revisaba el reloj una y otra vez.

Recordaba perfectamente la dirección. Putney era un barrio alejado del centro, pero con un ambiente familiar de lo más acogedor. No era una zona que él frecuentara ni conocía a nadie más que viviera allí.

Susana debía de estar vigilando desde la ventana, porque en cuanto aparcó ella apareció en la puerta, lista para salir. No sabía si esto era bueno o malo, pero desde luego era extraño.

Bajó del coche rápidamente y la alcanzó justo en el momento en que ponía el pie en el último escalón.

—Hola Susana.

—¿Qué tal, James? Hay una cafetería aquí cerca —le dijo, y comenzó a caminar. Él la siguió después de cerrar su coche con el mando a distancia.

Susana había estado inquieta hasta que distinguió su coche. Podía mentirse a sí misma y repetirse que esperaba que James la plantara, pero la verdad era que se sentía ilusionada. No quería que él entrara en casa y viese a su hija, así que, en cuanto lo vio aparcar, se puso el abrigo y salió a toda prisa por la puerta.

Entonces comenzaron de nuevo las dudas. Todo era un error. ¿Qué clase de relación podía tener con él? Estaba mintiéndole. Y ella no era una chica que fuera a tener una simple aventura y pudiera mantener en secreto a su hija. ¿Qué esperaba entonces de esta cita? Enfadada consigo misma, caminó hacia una cafetería cercana con paso firme para terminar con aquello lo más rápido posible.

James avanzaba a su lado y pensó que bien podría volver a rodearla con sus brazos, pero no había llegado a decidirse cuando Susana entró en una cafetería y ni siquiera esperó a que él le abriera la puerta. Respiró lento en un intento de calmarse. Estaba comenzado a ver todo aquello como un reto y parecía que no tenía ninguna oportunidad de demostrar su amabilidad. Si centrarse, seguro que encontraba una estrategia. Y él era un gran estratega; al menos, eso decían sus jefes, y nunca, nunca, abandonaba sin luchar. Con la actitud fría y distante que mostraba Susana, lo único que estaba despertando en él era la obsesión por conseguir que ella le hablase cara a cara.

Cuando Susana tomó asiento y se puso a leer la carta, ignorando a su acompañante, James estuvo a punto de decir algo, pero en ese momento se perdió en un pequeño gesto de ella. Sin querer, se encontró pensando qué se sentiría al enredar sus dedos en aquel cabello largo y negro, tal como ella hacía. Hundir su mano en su nuca, sentir toda aquella suavidad cerca de él. Ajena a los pensamientos de James, ella seguía jugando a enredar mechones de pelo en sus dedos y luego dejarlos caer.

—Tomaré un café con moka y un trozo de tarta de chocolate —le informó cuando levantó sus ojos de la carta. Se asustó por la mirada azul que la observaba desde el otro lado de la mesa.

James tomó una respiración lenta y consiguió volver a mantener la mente fría. Los ojos de Susana le habían golpeado con su sencilla belleza. Esperó a que el camarero tomara nota de su consumición y él pidió un café.

Ninguno de los dos dijo nada y el silencio, incómodo, continuó cuando llegó su pedido. Él la observaba comer diminutos trozos de tarta, saboreando el chocolate. Empezaba a tener la misma sensación que en su primera cita: quería hablar con ella, pero le parecía inaccesible por completo. Tenía que conseguir que ella sonriera, o por lo menos lograr que se abriera a él lo suficiente para poder conversar. Sabía que, si conseguía eso, el resto sería fácil. Nunca se había visto en la situación de estar sentado frente a una mujer y que esta no le prestara la más mínima atención.

—Debí pedir un trozo de tarta —dijo con una sonrisa.

Había seguido el recorrido de cada pedazo de tarta hasta los labios de ella, viendo cómo comía con deleite el dulce. Pensó que no era consciente del efecto que causaba al lamer distraída el rastro de chocolate que manchaba su labio inferior.

—¿Quieres? —le ofreció, atreviéndose a levantar sus ojos y enfrentarse a los de él.

—Sí, gracias —contestó.

Ella partió un trozo y le ofreció el tenedor, pero en lugar de cogerlo, James quiso que fuera ella misma quien se lo diera a probar. Así que, sin dejar de observarla, abrió la boca y cogió despacio el trozo de tarta entre sus dientes. En ningún momento sus ojos abandonaron el rostro de ella, y pudo ver cómo entreabría sus labios con sorpresa y cómo sus mejillas se coloreaban de un ligero rubor.

—Me gusta —dijo, aunque en realidad no hablaba de la tarta.

Susana tomó su café. James había conseguido que le temblaran las manos. Hablaba con ese acento tan elegante, arrastrando alguna letra, en voz baja y grave. Y ella solo quería perderse en sus ojos otra vez.

—¿Lo pasaste bien el viernes?

—Sí.

—Podríamos repetirlo —aventuró James, un poco desesperado por la costumbre de Susana de abusar de los monosílabos, pero feliz por aquella pequeña escaramuza que acababa de ganar.

—James, no estoy segura. —Suspiró y miró por la ventana de nuevo, como si allí estuvieran las palabras que buscaba—. No suelo salir mucho. Tengo mi trabajo, mis estudios...

—Pero te divertirás de vez en cuando.

—Bueno, hacía muchos meses que no salía. No tengo mucho tiempo libre. Imagino que sabes que Julia me llevó engañada.

—Sí. Mi hermana Chloe me engañó a mí también —confesó—. No sé por qué pensaron que podríamos llevarnos bien.

—James, lo siento. No es nada personal, es que no puedo perder el tiempo.

Él tomó su café y pagó la merienda sin volver a dirigirse a ella. Se sentía frustrado y desconcertado a partes iguales.

Tampoco conseguía entenderse a sí mismo. Podía salir esa misma noche y encontrar a cualquier chica más bonita y más dispuesta, de eso estaba seguro.

¿Qué tenía Susana que hacía que estuviera concentrando sus esfuerzos en salir con ella? No podía ser solo orgullo. La miraba y deseaba estrecharla en sus brazos, acariciarla y conseguir arrancar una sonrisa de su rostro. Era demasiado joven para ser tan seria. Las chicas de esa edad que él conocía, estarían deseando salir a divertirse toda la noche juntos.

Terminado el café, ella se levantó sin decir nada y se puso el abrigo. James también se incorporó con rapidez y se colocó frente a ella. Tal vez esta fuera la última oportunidad y no pensaba echarla a perder. Acortó la distancia que los separaba mientras estiraba su mano para pasar las yemas de sus dedos por su cabello y la ayudó a sacarlo del abrigo, extendiéndolo sobre sus hombros. Sí, era tan suave como pensaba, y James parecía hipnotizado. Algo sucedió entre ellos en aquel instante, sus miradas hablaron en silencio sobre anhelos y esperanza, y él se sintió atraído como un meteorito hacia un sol que lo cegaba con su calor y su luz.

Acercó su rostro al de ella, midiendo la distancia, alargando el momento, perdiéndose un poco más al comenzar a percibir su olor y cayendo muy despacio, hasta que sus labios se posaron sobre los de Susana. Por un segundo, ella cerró los párpados y las oscuras estrellas de sus ojos dejaron de iluminarlo.

Sus labios eran suaves y su lengua los recorrió con calma. Los encontró dulces y la animó a abrirlos para recorrer su boca, saboreando la maravillosa mezcla de chocolate junto con su sabor.

Cuando se detuvo a respirar, no se movieron. Su mano seguía acariciando aquella suave melena y ella parecía haberse olvidado de su intención de irse.

—Quiero volver a verte.

Volvió a acercar sus labios a los suyos tras susurrar estas palabras, pero esta vez solo fue un roce.

Aunque en realidad, fue mucho más. Fue la confirmación de que no cejaría en su empeño hasta que ella fuera suya.

La abrazó contra su pecho como si temiera que de repente desapareciera y notó cómo ella se relajaba entre sus brazos. James pensó que tenía que retener aquel momento en su memoria, único y especial, extraño para él y ajeno a la vida que había tenido hasta ahora. Nunca había sentido la necesidad de pertenecer a alguien, de formar parte de su vida, de proteger y cuidar a otro ser vivo.

Sin soltarla ni dejar que se alejara de él, salieron de la cafetería y comenzaron a caminar. No tenían ningún rumbo, y así llegaron a la ribera del río. El aire frío de esa época del año era incómodo y la despeinaba, pero él agradeció el clima: una excusa más para envolverla con sus brazos. Se detuvieron frente al río. James se colocó tras ella, todavía estaban envueltos en aquel silencio, aunque la falta de palabras ya no le molestaba. Ahora solo quería sentirla a su lado, tan cerca que pudiera protegerla contra su pecho del viento que se empeñaba en golpearlos. Sabía que iba a ser lento y difícil, y que Susana tardaría en confiar en él. También, por primera vez en vida, deseó ser otra persona, una que mereciera que ella confiase en él. Y entendió de pronto por qué otros se esforzaban en mejorar, en cimentar un futuro, en mostrar con orgullo sus logros.

Pero, sobre todo, deseó ser la persona que fuera capaz de hacerla sonreír.

«Quiero volver a verte» ¿De dónde había salido esa frase? James estaba seguro de que era la primera vez que la pronunciaba. Ni siquiera sabía que él podía decir algo así.

Y lo peor era que lo decía de corazón. Quería volver a verla. Quería besarla y abrazarla. Quería protegerla y acompañarla. Una parte de sí mismo pensaba que todo era una tontería, porque aquella mujer era absolutamente independiente, como demostraba con su actitud una y otra vez. Era más joven que él y tenía todo un mundo de posibilidades frente a ella. ¿Qué podía ofrecerle? ¿Cómo podría conseguir que se interesara en él?

James estuvo durante horas enredado en sus propios pensamientos. ¿Conseguiría una cita con Susana? Probablemente no. Cuando se despidieron le propuso volver a verse el fin de semana, y ella había vuelto a repetir que estaba muy ocupada.

La noche del jueves fue extremadamente larga, vio pasar todas las horas en el reloj, y deseaba que fuera viernes para al menos poder usar el alcohol como somnífero. Sabía que si tomaba ese camino no estaría en condiciones de trabajar a la mañana siguiente, y no podía permitirse fallar. Lo había prometido. Se lo había prometido a Chloe. Quizá Susana ya conocía las habladurías sobre él, y no eran falsas precisamente, quizá esa era la razón por la que se mantenía alejada de él.

El viernes comenzó su mal humor muy temprano, su hermana le llamó puntual como cada día, y parecía contenta por saber que él había vuelto a ver a Susana. No le contó demasiado, aunque tampoco es que hubiera mucho que contar. Darse un beso con una mujer no era algo que para él fuera motivo de comentarios. Como mucho serían comentarios irónicos sobre el gran despliegue de esfuerzos que había tenido que realizar para conseguirlo. Un solo beso.

No tuvo tampoco un buen día en el trabajo y se encontró pensando una y otra vez en sus ojos, oscuros y brillantes, enmarcados bajo esas pestañas espesas. Aunque lo había intentado, no conseguía recordar nada malo sobre ella; al contrario, hasta su silencio le parecía apetecible.

Pero no tenía ni idea de cómo comportarse si ella le daba otra oportunidad.

¿La razón? Bastante simple. Había dos grupos de personas con las que se relacionaba. El primero estaba compuesto por sus hermanos, y era extensible a sus respectivas parejas. Su única conversación parecía girar en torno a «cómo arreglar la vida de James». El segundo grupo, formado por sus amigos y amigas, tenía el objetivo opuesto: normalmente solo le llamaban para recordarle que era fin de semana y que no se había dejado ver desde el sábado anterior.

Y en medio, estaba él.

Intentando permanecer en equilibrio entre las dos partes de sí mismo.

Hacía solo unos meses había estado a punto de quedarse sin trabajo y su hermano Richard había tenido que llamar a urgencias al encontrarlo sin conocimiento en casa, tirado en el suelo de la habitación. No había llegado a la cama.

Richard le había amenazado, advirtiéndole que él mismo le rompería las piernas si era necesario para que no pudiera salir de casa. Y había resaltado que hacía ya unos años sabía que esa era la única solución, y no lo había hecho porque su padre le había convencido de que solo él, James, podía decidir cuándo cambiar de vida.

Como si fuera tan fácil.

No quería cambiar, de eso estaba seguro. No estaba interesado en sentar la cabeza y llevar una vida aburrida para complacer a su familia. Es más, en esos momentos daría lo que fuera por un buen viaje, lo que fuera, aunque no despertara en todo el fin de semana.

¿Por qué pensaba en Susana entonces? Ni siquiera sabía su apellido.

Volvió a marcar su número y dejó un mensaje. Había dejado otros tres. Necesitaba que ella contestara.

Fue muy duro pasar el viernes solo, encerrado en su casa, pero no estaba de humor para nadie. Dejó otros cuatro mensajes, que tampoco tuvieron respuesta, y pasó horas imaginando los diferentes chismorreos que podrían haberle contado, incluso cómo reaccionaba y cómo se indignaba y enfadaba.

Buscó en el fondo de su armario y encontró la caja que tenía para las emergencias. Al menos pasaría la noche fácilmente. Sabía que era la única forma de conseguir dormir más de dos horas. Se preparó un poco de hierba, una copa, y fumó durante más de una hora. Pero Susana seguía en su cabeza.

Cuando sonó el teléfono, lo cogió lo más rápido que pudo e intentó contestar tranquilo.

—¿James? ¿Estás en casa?

Era Chelsy, una de sus más ardientes amigas. Se reprendió por no haber mirado el identificador antes de contestar la llamada.

—¿Sales esta noche? —le preguntó—. Vamos todos, James, será divertido. ¿Te apuntas?

—No me apetece, gracias.

—Estamos abajo esperándote. O bajas tú o subimos todos.

Maldijo, y no precisamente en voz baja. Terminó la copa que tenía en la mano y se vistió con una camisa y unos vaqueros. En cinco minutos estaba en el coche. Chelsy se lanzó a su boca para recibirlo y el coche se puso en marcha.

No tenía idea de dónde habían acabado. Todos estos sitios eran parecidos. La música alta, las luces, los asientos, la gente... Había bebido bastante y había pasado por el cuarto de baño varias veces, saliendo con una sonrisa tensa, con la nariz irritada.

Chelsy bailaba como siempre, tan cerca de él que sentía el aroma de su perfume dentro de su cabeza. Hacía un rato que se había rendido a ella. «Este es el efecto de las sustancias químicas», pensó con un rastro de lucidez.

Agarrándole por la cintura, Chelsy lo atrajo a su boca y lo besó con avidez. James

se pegó todo lo que pudo a su cuerpo, tan conocido por él, y la dejó llevar el ritmo, entregándose al abandono que comenzaba a llegar a su mente. Era relajante dejar de pensar durante un tiempo, sentir el cerebro conectado únicamente con la luz, y su cuerpo como si fuera autónomo y no le necesitara para moverse, hundido en la placidez, la sensación brillante sobre su piel...

No habían pasado ni cinco minutos y ambos estaban en el cuarto de baño otra vez. James cerró la puerta de un compartimento tras de sí y la apoyó contra la pared. No tenía el control de sus actos, solo sentía. El mundo era luminoso, suave y lleno de colores sabrosos, y él simplemente lo disfrutaba. Levantó la falda de Chelsy mientras lamía su cuello y ella pedía más, así que se lo dio, se abrió los pantalones a la vez que ella rodeaba su cuerpo con las piernas.

Algo sucedió entonces. Su erección desapareció cuando se rozaron sus caderas, como si su tacto fuera desagradable. Seguían besándose y ella no parecía darse cuenta de que algo no iba bien. Pero James, después de unos minutos de aquella situación tan vergonzosa, se alejó tratando de pensar con un poco de claridad.

—No pasa nada, James. No te preocupes —le dijo como si de verdad creyera sus palabras.

No contestó. ¿Qué podía decir? ¿Que de repente su cuerpo no le atraía? Era absurdo. Chelsy era guapa y lo pasaban bien en la cama.

—Vamos, quedan muchas horas, James.

La vio colocarse la ropa mientras actuaba como si todo fuera normal, y James se abrochó los pantalones antes de que ella abriera la puerta del baño. Salió tambaleándose detrás, viendo cómo su amiga iba a la encimera de mármol negro para preparar algo más para la noche.

James tenía una extraña sensación en la cabeza, y esta vez no era debido a todo lo que había tomado. Había algo dentro de toda esa nebulosa brillante y etérea que pugnaba por salir.

—Vamos, James —le animó Chelsy mientras terminaba su dosis y esparcía la de James: blanco sobre negro en una línea perfecta.

Entonces, sin pretenderlo, James se encontró con el reflejo de su propia imagen en el espejo y vio a un completo desconocido. Tenía el pelo pegado a la cara por el sudor, la camisa abierta y arrugada, los ojos enrojecidos y una expresión que no sabría cómo definir pero que desde luego no era de felicidad.

Dando un paso hacia atrás, tambaleándose todavía, aunque a él le parecía que caminaba firme, se soltó del brazo que Chelsy le tendía.

—James, cariño, ¿estás bien? —le preguntó.

Pero ahora la veía sudorosa, con el maquillaje mezclado, el pelo húmedo y, en su boca, una sonrisa nerviosa.

Salió a toda prisa del cuarto de baño. Quería, necesitaba, ansiaba escapar de allí. Sentía que le faltaba el aire y le dolía el estómago. El corazón le latía desbocado, con un ritmo desesperado y dolía dentro de su pecho. Casi a golpes, se abrió paso entre la gente hasta alcanzar la puerta y salir al exterior.

Caía una lluvia fina, helada, aunque James no era consciente de que su ropa se empapaba porque su cuerpo seguía ardiendo, dando tumbos por la calle y haciendo que algunos transeúntes se apartasen de su camino. No llegó muy lejos. Unos metros

más allá terminó sentado en el suelo, apoyado contra la pared, el rostro levantado para refrescarse con la lluvia. El dolor en el pecho fue pasando poco a poco, hasta que consiguió volver a respirar con normalidad. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado allí. Cuando fue capaz de levantarse paró el primer taxi que encontró y se fue a su apartamento.

Los oídos le zumbaban, el ruido era intermitente, molesto, y gimió por el dolor. Intentaba girarse en la cama, pero no podía. Sentía los golpes, sabía que era algo importante, pero ni siquiera era capaz de levantar los brazos.

—¡James! ¡James! —Escuchó las voces y se esforzó por abrir los ojos. Dolía y le ardía el rostro.

—¡Abre los ojos, joder! —Jack Craig era quien le gritaba. Y cuando consiguió abrir los ojos comprobó que el calor en la cara era por sus bofetadas.

—¿Me oyes, James? —seguía gritándole enfadado.

Haciendo un gran esfuerzo, James se incorporó un poco, aunque casi no tenía control sobre su cuerpo y seguía sin entender qué sucedía.

El ruido agudo volvió a sonar, y entonces comprendió que era su teléfono.

—Soy Jack, Chloe. Sí... Está bien... No... Estaba durmiendo...

Le escuchaba contestar, pero todavía no podía concentrarse del todo.

—¿Puedes hablar? Chloe quiere hablar contigo —dijo Jack sacudiéndolo sin ningún cuidado. Al no recibir respuesta, habló de nuevo con su hermana.

James consiguió hacer acopio de fuerzas, las suficientes para decir unas palabras, y le pidió el teléfono estirando la mano para poder hablar la pequeña Chloe.

—Estoy bien, Chloe. —Su voz sonó baja, ronca y rasposa. Casi no tenía aliento y sentía la garganta completamente seca.

—¿De verdad estás bien, James? —Chloe sonaba nerviosa y casi le gritaba. Debía haber llamado muchas veces sin que él contestara al teléfono.

—Sí. —Necesitó una gran pausa para tomar aire—. Tranquila, Chloe.

Le pasó el teléfono otra vez a Jack y escuchó cómo su futuro cuñado convencía a Chloe de su inmejorable estado de salud. Cuando colgó el teléfono le miró sin ocultar su enfado.

—Eres un jodido imbécil. Chloe lleva histérica dos horas.

Sin poder evitarlo, sus ojos se cerraron ante el tono de voz demasiado alto, demasiado agudo y demasiado doloroso de Jack.

—Ha estado a punto de no acudir al almuerzo con sus amigas para venir a verte.

Volvió a abrir los ojos, aunque no conseguía que el resto del cuerpo respondiera a sus órdenes.

—¿Sabes lo que opino? Que por desgracia Chloe se preocupa por ti. Lo menos que podías hacer es contestar a sus llamadas. No es pedir demasiado. El resto del día si quieres puedes pasarlo inconsciente.

Se dio la vuelta y caminó hasta la puerta de la habitación, pero antes de salir sintió la necesidad de añadir algo más.

—Deberías de largarte. Así todos estaríamos más tranquilos.

James escuchó el portazo y se encogió. Mucho rato después fue capaz de levantarse, y lo primero que hizo fue vaciar medio litro de agua helada del frigorífico. Estaba sediento y tenía mil pequeñas punzadas en la cabeza. Conocía la sensación a

la perfección. Se tumbó en el sofá y encendió el canal de deportes, sin prestar atención a lo que no veía ni escuchaba.

Varias horas y muchos litros de agua más tarde, consiguió darse una ducha larga y caliente, y fue capaz de andar en lugar de arrastrarse.

Recordaba vagamente la noche anterior: el alcohol, las drogas, Chelsy, el sexo en el baño... La rutina habitual de uno de sus fines de semana.

Recordó también el desastre en que había terminado la noche, el paseo bajo la lluvia, que debía ser la razón del resfriado que sentía en el cuerpo. Enfadado, cogió el teléfono para revisar sus mensajes, y entonces recordó a Susana. No tenía ninguna llamada. Ni siquiera le había contestado a ninguna de las tuyas. Pero tenía que volver a intentarlo. «Solo una vez más», se dijo.

Y volvió a marcar su teléfono.

No sabía cuántos mensajes le había dejado, pero podría denunciarlo por acosador, estaba seguro.

Cuando sonó otra vez su teléfono, exhaló el aire lentamente, cansado. Debían de ser las once de otro domingo.

—Buenos días, James. ¿Qué tal has dormido? —La misma pregunta, y por desgracia la misma respuesta. Solo que nunca contestaba la verdad.

—Bien, Chloe.

—¿Cómo estás? No te has enfadado conmigo, ¿verdad?

—No, Chloe, claro que no. Lo siento. —De verdad se sentía un miserable por hacer sentir mal a su hermana pequeña. Ella se preocupaba de él cada día, y sabía que no lo merecía.

—Espero que Jack no fuera demasiado duro.

—No lo fue, te lo aseguro.

Se quedaron unos segundos en silencio: ella luchando por no preguntar más, y él rezando porque aquello terminara. Tal vez Jack llevaba razón y debería irse una temporada. Sería lo mejor para todos.

—¿Tienes planes para el almuerzo?

—No voy a ir, Chloe. Ya lo sabes —contestó cansado ante la insistencia de Chloe.

—No hablaba de eso, James. Pensaba en Susana.

Ese giro en la conversación le pilló por sorpresa. Normalmente, el fin de semana siempre intentaba convencerlo de que fuera a ver a sus padres. Esto era toda una novedad.

—¿Has vuelto a quedar con ella?

—No. Trabaja el fin de semana.

—Ah, es verdad. ¿La has llamado?

—Creo que como dos mil setecientas catorce veces, Chloe, y no contesta. Así que debe ser que es más lista de lo que pensábamos y se ha dado cuenta de que yo no le convengo. Eso, o me vio ayer borracho en la calle.

Apretó los ojos y los labios justo cuando ya lo había dicho. Chloe no se merecía que fuera así; no merecía que contestara groseramente.

—Lo siento, Chloe. Perdóname. No sé qué me pasa.

—Me han llamado para contármelo, James. Por lo visto diste un buen espectáculo, sentado en la calle sin poder mantenerte en pie. No te preocupes, sabes que nadie te

va a juzgar por perder el sentido bebiendo o lo que quiera que hagas. Solo eres otro de tantos borrachos que llenan la ciudad los fines de semana. Si esa es tu forma de vivir, estupendo. En toda buena familia británica hay un crápula, es la tradición.

El tono mordaz de su hermana le sorprendió. Ella acostumbraba a ser siempre amable y jovial.

—Deberías saber que no tenemos remedio. Vosotros, los respetables, sois los que podéis caminar con la cabeza bien alta como los perfectos herederos del imperio.

—Eres un imbécil —contestó con rabia su hermana.

James pensó que tenía razón, era un imbécil. Pero no replicó. Merecía eso y mucho más. Ojalá se enfadara con él y dejara de una vez por todas de cuidarlo y preocuparse.

Los dos quedaron en silencio unos segundos hasta que escuchó al otro lado de la línea un suspiro. Pudo imaginar a la perfección el rostro de su hermana, decidido y con una sonrisa ganadora, no iba a dejar que se escapara tan fácilmente.

—¿Quieres el teléfono de su trabajo? —propuso de repente.

—¿Qué?

—El teléfono de su trabajo, James. Es el mismo que el de Julia.

Tragó saliva y respiró hondo. Tenía que agradecer demasiadas cosas a su hermana.

—Llámala e invítala a comer a Claridge's. Solo dime el día y yo te conseguiré la reserva.

—¿Crees que le gustará, Chloe? —preguntó dudando.

Aunque la verdadera pregunta era si ella llegaría a contestar al teléfono, primer paso necesario para conseguir invitarla a almorzar. Podía darle ese pequeño gusto a su hermana, intentarlo una vez más. Se dijo que esta vez no estaría suplicando patéticamente una cita; esta vez lo haría por Chloe.

—Cualquier chica mataría por almorzar allí. Hay tres meses de lista de espera, Jamie.

—Gracias, Chloe. Pero no sé si conseguiré que conteste.

—James, aunque no lo creas, cuando estás sobrio eres encantador. Seguro que ella se ha dado cuenta de eso. Sé que ya se te ha olvidado lo que es salir con una chica de verdad, pero lo recordarás pronto. ¿La llamarás?

—Sí, Chloe.

—¿Me lo prometes?

—Sí. Sabes que sí.

—James, ¿por qué...?

La pregunta se quedó en el aire. Ella no se atrevió a terminarla y él no la contestó. Porque no tenía respuesta, no tenía ni idea de por qué se comportaba así. Solo sabía que la mayoría del tiempo quería escapar de sí mismo. Y esa era la única forma que había encontrado.

Chloe siempre preguntaba por qué.

Ella no podía entender esa necesidad de liberación.

Su cuerpo parecía una batería que se fuera cargando y de repente tenía demasiado dentro. Demasiada angustia, demasiada presión, pero no podía pararlo.

Hacía todo lo posible por desconectar su mente, porque su cuerpo viajara hasta todas esas sensaciones extremas que encontraba en esa pérdida de la conciencia que

dejaba los sentidos trastornados.

Finalmente caía agotado.

Y la mayoría de las veces con demasiados químicos en la sangre, lo sabía.

Pero el letargo de los días siguientes era maravilloso. El dolor de cabeza curiosamente desaparecía, o quizá solo cambiaba.

Agotado, podía controlarse. Podía controlar la ansiedad, olvidar la angustia por sentir que su vida, de forma irremediable, pasaba sin que él hiciera nada por mejorar.

—Chloe, te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Sintió un nudo en la garganta al pronunciar esas palabras y pensó que era demasiado poco lo que podía ofrecer a su hermana, pero sabía que al menos ese hombre, Jack Craig, sí que iba a ser bueno con ella. No hacía falta más que mirarlos cuando estaban juntos para saber que él le daría una vida feliz.

—Yo también te quiero, James. ¿Te llamo dentro de un rato?

—No hace falta. No te preocupes.

—Bueno, mañana hablamos. Consigue esa cita. Y James... —El tono de preocupación todavía oscurecía cada palabra de la risueña y vivaz Chloe.

—No te preocupes, Chloe. Confía en mí. El fin de semana se ha terminado. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí —suspiró—. Te quiero.

—Te quiero.

Se sintió perdido. Y no se trataba de que viviera sin pareja, o de que no quisiera ir a visitar a su familia.

Dentro de su cabeza estaba solo, y no podía ocultarse de sí mismo.

Para Susana tampoco había sido una semana fácil. Los días parecían pasar de forma irritablemente lenta, y por si fuera poco cada día recibía varias llamadas de James. Había resuelto no contestarlas, por más que quisiera hacerlo. Aquel beso no debía haber sucedido, aunque por las noches no hiciera otra cosa que recordar la forma en la que él la había acariciado con sus labios, con la mano entre su pelo sosteniendo su nuca. Ese momento perfecto en que ni siquiera se habían dado cuenta de que estaban parados delante de la gente, sin preocuparse por nada más que el abrazo que él le daba para llevarla luego caminando cerca del río.

Incluso despierta, sus ojos de color azul grisáceo se colaban a veces en sus pensamientos. No debía haber sucedido. Porque se había sentido demasiado bien. Nunca había conocido ese deseo por un hombre, ni siquiera por el padre de su hija, y sabía que en estos momentos era un error ir más lejos. Una y otra vez se repetía a sí misma que tenía que concentrarse en sus estudios, en su trabajo, en el futuro de su hija, y una y otra vez el recuerdo de sus ojos hacía que volviera a ese momento entre sus brazos.

Cerró los párpados con fuerza para tratar de sacar esas ideas de su cabeza. Se sentía triste. Iba a tener que renunciar a él sin tan siquiera haberle conocido, y era extraño lo doloroso que le resultaba.

Y la insistencia de James no ayudaba.

Recogió la nueva nota que Julia había dejado en su sitio.

—Te ha llamado James Baker, Susana —le dijo como si necesitara oírlo después de recoger la nota escrita—. Otra vez. ¿No vas a contestar?

—Sabes que no, Julia.

—¿Por qué, Susana?

—No quiero empezar una relación.

—¿Una relación? Solo sal con él y diviértete, Susana. No te ha pedido matrimonio. ¿O sí? —preguntó divertida.

—Claro que no, no seas boba. Pero no puedo perder tiempo.

—Perder tiempo... Dios libre a Susana Martínez de perder tiempo. Ella solo trabaja, estudia y vuelve a trabajar.

Por suerte, llegaron unos clientes al hotel y no tuvo que continuar dando explicaciones a Julia. Últimamente parecía que su amiga era la principal seguidora de la campaña «Llamemos a James Baker», y no era la única. Para su sorpresa y fastidio, incluso Fabio le había preguntado por él, como si las acciones de James Baker cotizaran en bolsa y él llevara varios miles de libras.

Todos parecían tan interesados en su relación que era bastante molesto.

Cansada, regresó a su casa agradeciendo el tiempo que pasó sola en el Metro. Cuando salió, todavía llovía, aunque esto no era ninguna novedad en Londres.

A Susana le gustaba el clima de Londres. Añoraba su ciudad y su sol casi constante, pero el cambio había sido de gran ayuda, porque para ella había sido una forma definitiva de terminar con todo lo que había conocido hasta el momento de su partida. Atrás había dejado el cielo azul, las camisetas de manga corta durante más de seis meses al año y las playas. Atrás había dejado su Málaga natal. De repente, sentía unas ganas terribles de hablar con su madre, con sus amigos, de sentirse en su casa, segura y salvo. Sabía, sin embargo, que era tan solo una ilusión. Todos esos recuerdos de su infancia y su juventud formaban parte del pasado, y allí no había lugar para su hija ni para sus sueños. Su vida ahora era otra.

«Quiero volver a verte, Susana». Su voz suave volvió a sonar dentro de su cabeza, y sus brazos volvieron a rodearla logrando que se sintiera protegida.

Esa noche lloraba por James Baker. ¿Se puede añorar algo que nunca has tenido? Pensaba que sí, porque así se sentía ella. Y se lo habían robado hacía mucho tiempo, antes incluso de llegar a conocerlo. A ella le habían robado el futuro con James Baker.

Las lágrimas caían por su rostro y los sollozos la recorrían haciendo que temblase. ¿Por qué no podía tener a James?

Se recordó a sí misma que era madre, que tenía a María, pero eso la hizo sentir todavía peor. Quería a su hija, la adoraba, y cuando pensaba en ella sabía que era el regalo más bonito que le podía dar la vida. Y aquella pequeña de ojos vivaces solo la tenía a ella, a su mamá. Si había alguien inocente en esta historia, esa era María. Se recordó que la felicidad de su niña bien valía el esfuerzo y la lucha. Pero los ojos de James seguían en su cabeza. Azules y grises, como el cielo de esa ciudad.

—Susana, ¿estás bien? —Su compañero de casa llamó a la puerta de su dormitorio.

Sabía por Julia que él la escuchaba llorar por las noches, pero nunca habían hablado de ello. ¿Qué podía decir? No estaba bien, claro que no, pero tampoco podía evitarlo.

Esa noche Fabio abrió la puerta y entró, pero Susana no lo miró. Se sentía avergonzada y no quería que ni él ni nadie la viera de esta forma. Solo quería estar sola y dormir, que todo aquel dolor cesara de una vez y regresar a su vida rutinaria. Como si él nunca hubiera existido.

Fabio se tumbó a su lado y la rodeó con los brazos. Su abrazo siempre era fuerte, era la única forma que él tenía de protegerla del mundo. Y esa noche, por una vez, ella se permitió el lujo de creerlo. Lloró escondida en su pecho hasta quedarse dormida, escuchando las palabras suaves en italiano que él musitaba mientras acariciaba su cabello.

Cuando se despertó por la mañana estaba sola en la cama. Suspiró al recordar lo que había sucedido la noche anterior. Tenía que terminar con aquello de una vez por todas. Era una tontería infantil estar sufriendo por un hombre a quien apenas conocía. Entonces miró el despertador y maldijo. Se había quedado dormida. Volvió la cabeza hacia la cuna de su hija y no la encontró allí. Algo asustada se levantó, pero en cuanto

abrió la puerta de su dormitorio escuchó unas risas y respiró tranquila.

—Buenos días, mami —dijo Fabio gesticulando, como si fuera María la que le hablaba.

—Fabio, es tardísimo —exclamó mientras daba un beso a María.

—He llamado al hotel para decir que hoy no vas, y de paso me he cogido el día libre para cuidar de María.

—Fabio, no hace falta. —Lo miró tratando de parecer fuerte y a cambio recibió una sonrisa de su amigo, amplia y calurosa, como siempre.

—Yo creo que sí, Susana. Y, por cierto, la próxima vez que suene el teléfono contestarás y quedarás con él.

Se cruzó de brazos delante de ella. Su tono de voz no daba opción a la réplica. Y Susana sintió cómo los ojos se le llenaban de nuevo de lágrimas. No sabía qué estaba pasando con ella, pero últimamente se sentía como si a cada momento estuviera a punto de derrumbarse.

Fabio no tardó un segundo en volver a tenerla entre sus enormes brazos y besó su frente.

—Por favor, Susana, para esto de una vez. No puedes seguir así, no voy a permitirlo. —Cogió sus manos y agachó un poco su cabeza hasta quedar a la altura de sus ojos. —Vamos, date una ducha y ven a desayunar conmigo. Todo va a salir bien, confía en mí.

Hizo como él le dijo, ojalá fuera tan fácil como creer que todo iría bien, pero en su cabeza, aunque no se atreviera a decirlo, pensaba que tal vez era el momento de regresar a casa de sus padres con su hija, admitir su derrota y abandonar esta aventura desastrosa de intentar comenzar su vida en otra ciudad.

Solo estar con María le hacía salir un poco de la tristeza. Y Fabio era tan paciente con ellas que no podía creerlo. Nunca había tenido un hermano mayor, pero estaba segura de que sería lo más parecido a él.

Cuando el sonido del teléfono móvil resonó en la casa, notó cómo los ojos del italiano se clavaban en ella.

—Contesta, Susana. —Su orden era suave, pero su mirada no dejaba lugar a dudas. Así que ella contestó la llamada con la voz tan temblorosa como sus dedos.

—Susana.

—Hola Susana, soy James. —Un poco aturdido al encontrar que ella respondía a su llamada, no supo decir otra cosa. Ni siquiera esperaba que esta vez contestara. Pero allí estaba, al otro lado de la línea—. ¿Qué haces hoy?

Era demasiado directo. James se dio cuenta de que no había preparado ninguna conversación, porque después de tantos intentos solo esperaba la derrota, y eso le enfadó un poco. Él nunca se había rendido. Y esa chica, por alguna razón, estaba dentro de su cabeza. No dejaba de dar vueltas y vueltas a su imagen, a la forma en que se había sentido bajo sus brazos, a cómo había podido protegerla del viento, a su sabor al besarla...

Había algo allí. Algo que le arrastraba hacia ella, y no era que su hermana pequeña le hubiera ordenado que consiguiera otra cita con ella, no; aunque sabía que tampoco era muy buena idea llevar la contraria a la pequeña Chloe.

Era otra cosa. Cuando pensaba en ella, ese molesto ruido incrustado en su cabeza

cesaba y todo se volvía tranquilo por unos momentos.

Como ahora, al escuchar su voz.

Susana se encontró con la mirada de su amigo y pensó que estaba a punto de quitarle el teléfono y contestar por ella.

—No trabajo, hoy tengo el día libre —contestó, intentando dar a su voz algo del aplomo que en estos momentos le faltaba.

—¿Te apetece que almorcemos juntos? Puedo arreglarlo para salir pronto del trabajo.

James era capaz de salir en ese mismo momento de la oficina. Quizá esta fuera la única oportunidad para volver a verla. Con aquella española nunca se sabía.

—Sí, estará bien.

—¿Te recojo a las doce?

—De acuerdo.

—Bueno, te dejo entonces, tengo trabajo que terminar. —Estaba deseando colgar el teléfono y correr a llamar a su hermana para que consiguiera una mesa en algún restaurante, y se dio cuenta de que su voz, por primera vez en mucho tiempo, sonaba alegre—. Susana, otra cosa.

—Dime. —Susana seguía bajo la atenta mirada de un Fabio serio y amenazador.

—Tengo ganas de verte —añadió. Y como si con esto diera por terminada la conversación colgó el teléfono.

Ella miró a su amigo nerviosa.

—Vendrá a las doce a recogerme. Dice que tiene ganas de verme.

—Eso ya lo sabía, Susana. Te ha llamado varias veces cada día. ¿Creías que era para hablar del tiempo? —dijo, y ambos se echaron a reír. Él con sinceridad, ante su amiga tan nerviosa como asustada, y ella porque de esa forma evitaba volver a llorar.

—No tengo ni idea de qué ponerme, Fabio. Ni siquiera sé adónde vamos a ir.

—No seas boba, Susana. Da igual. Los hombres no nos fijamos en esas cosas, y menos los que acosan telefónicamente a sus citas.

Como única respuesta ella se abrazó a él, deseando que se le contagiara algo de su optimismo y tranquilidad.

—Fabio, yo...

—No digas nada, Susana. No quiero volver a escucharte llorar. ¿De acuerdo? Tenía que haber hecho algo mucho antes.

—No puedo prometerte nada, Fabio.

—Bien, pero al menos inténtalo. La otra vez no te fue mal, ¿verdad? No te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

—Esto se está convirtiendo en una costumbre.

—En realidad lo hago por tus cenas. Es un buen pago a mis horas de niñera. Te echaré de menos cuando te largues con él.

Ella sonrió ante esa idea. Largarse con James Baker. Todos parecían convencidos de que su relación tendría algún tipo de futuro, y sentía ganas de gritar si es que estaban ciegos. Era madre de un bebé de casi un año y eso solía ser suficiente para espantar a cualquier chico en varios kilómetros a la redonda. No tenía duda de que en cuanto él lo supiera, desaparecería.

—Hoy soy tu niñera. Esta pequeñaja y yo vamos a tener una tarde verdaderamente

interesante. Hoy disfrutará de su primer partido de fútbol.

Susana sonrió y se levantó para darle a Fabio la pequeña.

—Voy a preparar su almuerzo.

—No, Susana. Yo lo prepararé y se lo daré. Y luego me encargaré de su merienda, también. Tú tienes que salir hoy.

Fabio parecía inflexible, entraba en la cocina con la niña en brazos y se manejaba perfectamente abriendo el frigorífico y sacando un botecito de cristal con la comida para bebés que ella misma preparaba una vez por semana para luego poder ir disponiendo de un menú variado.

—Sé dónde está todo, te he visto hacerlo mil veces, así que puedes estar tranquila. ¿Puede tomar cerveza ya?

—¡Fabio! —le regañó abriendo los ojos—. ¡No se te ocurra...!

No dejó que terminara la frase. Se acercó a ella con María en brazos riendo a carcajadas.

—*La tua mamma* María, y no sabe bromear.

—Eso no es cierto, Fabio.

—*Sempre così serio* Susana —dijo levantando una ceja.

—Claro que sé bromear. No soy ninguna aburrida.

—Pues demuéstralo. Y recuerda: esto no sirve de nada si no intentas divertirte, ¿de acuerdo?

Pasó de largo hacia el salón, satisfecho de cómo le había hecho caer en su pequeño juego. Su amiga lo observó mientras sentaba a María en el suelo. Se movía con total naturalidad con la niña, y la pequeña estaba encantada con él, como demostraban sus gorgoritos y grititos.

Durante unos segundos, Susana no supo qué hacer. Entonces él la miró de forma significativa, señalando el reloj, y ella corrió a su cuarto sin querer pensárselo más o no sería capaz de hacerlo. Se dio una ducha y abrió el armario para elegir la ropa. Fue un momento extraño. Allí no había nada que pudiera usar para salir. Todo era ropa de trabajo, formal y seria. Recordó por un momento el armario de su casa, los vestidos de colores, los shorts vaqueros, las camisas alegres... Nada de eso había llegado a aquel armario londinense. Cogió su único pantalón vaquero y una camiseta que había comprado hacía poco en un mercadillo, y pensó que era el atuendo adecuado para ir a almorzar a uno de esos buffet informales tan habituales en Londres. Se miró al espejo, dejó el pelo sujeto atrás, y se maquilló un poco.

Tenía buen aspecto cuando miró su imagen en el espejo del baño.

Empezó a ponerse nerviosa cuando quedaban quince minutos para las doce. ¿Y si había cambiado de opinión y no venía? ¿Y si Fabio y Julia estaban confundidos y él no tenía interés en ella? ¿Y si todo resultaba un desastre y pensaba que era una completa tonta? Él parecía mayor, y la verdad era que no sabía de qué podrían hablar. No tenía nada que pudiera interesarle.

Las manos le sudaban y paseó por la casa intentando relajarse. Decidió quitarse los zapatos y ponerse unas botas más cómodas y sin tacón.

Los nervios comenzaron a tornarse en pánico cuando miró el reloj. Eran las doce y James no había llegado. ¿Se le habría olvidado? Había dicho que tenía trabajo, tal vez no podía venir. Volvió a comprobar el teléfono móvil: ninguna llamada.

A las doce y cinco minutos escuchó el timbre de la puerta. Se puso el abrigo, cogió el bolso y salió.

Pese a llevar esperándole varios minutos, cualquier intento por prepararse para verlo había sido inútil. Allí estaba él, mirándola sonriente y pasando la mano por su pelo en un gesto nervioso que le había observado varias veces.

—Lo siento, Susana. Llego un poco tarde. El tráfico en el centro estaba fatal —se disculpó.

—No importa. —Susana cerró la puerta tras de sí y se dio la vuelta para bajar los escalones. Pero James no se había movido de su sitio. Se acercó sonriendo de medio lado y le robó un beso. El corazón de Susana comenzó a latir en loca carrera, y si antes estaba nerviosa, ahora dudaba de poder terminar con esa cita.

—Estás muy guapa, Susana. —James la observaba para comprobar si estaba enfadada por su falta de puntualidad. Había ido lo más rápido que podía, pero una llamada de última hora le había retrasado demasiado. Por suerte, su hermana había conseguido que pudiera llevarla a un buen restaurante en su segunda cita—. Tengo mesa reservada, espero que te guste el sitio.

Abrió la puerta del coche del asiento del copiloto y la ayudó a entrar. Condujo despacio y suave, mirándola de vez en cuando, intentando descifrar su expresión tensa. No hablaron demasiado durante el trayecto, aunque eso parecía lo habitual en ellos y James ya no se encontraba incómodo.

Susana también agradeció el silencio. Todavía sentía un hormigueo en los labios después de su beso y no quería decir ninguna tontería.

Cuando llegaron a Upper Brook, Susana miró con urgencia la calle y sintió cómo una oleada de pánico la alcanzaba. Aquello tenía todo el sentido. Sí, era el tipo de lugar al que James estaría acostumbrado a ir a almorzar. Ella misma recomendaba aquel restaurante a los huéspedes del hotel. El único problema era el precio: si comía allí, su economía corría el peligro de mantenerse en números rojos durante varios meses.

Sus temores se cumplieron cuando James le entregó las llaves del vehículo a un aparcacoches y la acompañó gentilmente, cogiéndola de la mano con total naturalidad.

Claro que ella no podía saber cómo se sentía él. James no había pasado por alto el cambio en sus ojos cuando había aparcado frente al Claridge's, pero no tenía ni idea de a qué se debía esa expresión que desde luego no era de alegría. Con la confianza que da la costumbre, se encaminó dentro del local sin dejar que nada en el exterior delatara su inseguridad.

El maître los condujo entre las mesas hasta una pequeña situada al lado de las ventanas. Como era de esperar, se trataba de una buena reserva, y Susana miró apesadumbrada a su alrededor. Las mujeres vestían con ropas que seguro costaban más que todo su armario, y sus peinados y maquillajes eran perfectos, sencillos y sutiles; tan naturales dentro de su artificio. Agachó la cabeza y se sintió insignificante. Volvía a ser una chica de provincia, pobre y algo estúpida. Ahora se daba cuenta del gran error que había sido aceptar salir con James Baker y la distancia insalvable que los separaba a ambos. Solo había que observar su traje y la forma elegante en que caminaba. Se notaba que estaba acostumbrado a moverse sin

dificultad en la vida.

—Susana, ¿qué te apetece comer?

Si James había pensado que con llevarla a almorzar había dado un paso hacia delante, se había equivocado por completo. Porque con Susana cada minuto era una prueba. Desearía poder leer su mente para conseguir entender qué era exactamente lo que tenía que hacer. Vio unos ojos sombríos que se concentraban en la carta y pasaban de una línea a otra sin mostrar el interés habitual por almorzar en uno de los rincones más bonitos y lujosos de la ciudad.

—¿Has decidido ya? —volvió a preguntar, mostrando su rostro tranquilo.

Ella asintió, localizó el plato de verduras más económico de toda la carta, el único que podría costearse, y pensó que quizá le llegara para probar uno de esos deliciosos postres.

El camarero anotó los primeros platos y entonces James hizo un gesto, como si hubiera recordado algo.

—¿Puede esperar un segundo, por favor? —Sin inmutarse, el camarero dejó de tomar nota y se retiró con discreción.

James estiró la mano y acarició la punta de los dedos de ella con los suyos. Frunció el ceño un poco, sin saber qué palabras utilizar.

—¿Eres vegetariana, Susana? —Lo soltó como si la pregunta le quemara y ella sorprendió.

—No —contestó, esbozando una sonrisa tímida. Después de todo, solo se habían visto dos veces, y era normal que él no tuviera ni idea de cómo era ella.

—Pensaba pedir el asado con miel y soja. ¿Te parece bien?

—James, la verdad es que no. —Era bastante vergonzoso tener que admitir que no podía costear su comida allí.

James no tenía ni idea de lo que estaba pasando por aquella cabecita, pero sabía reconocer cuándo alguien estaba incómodo. Creía que, si pudiera, ella se volvería transparente en ese justo instante y desaparecería ante sus ojos. Su cara mostraba vergüenza y pavor a partes iguales, como si ocultara un terrible secreto. No pensaba interrogarla, quería que ella estuviese tranquila a su lado. Necesitaba de una vez la oportunidad de pasar unas horas con ella, porque pensaba que era la única forma de conseguir que ella se abriera a él. Cogió una mano entre las suyas y la miró.

—¿Nos vamos de aquí, Susana?

No hubo respuesta por parte de ella. Chloe le mataría cuando supiera que habían abandonado el restaurante sin llegar a pedir, y el precio del favor de conseguir una reserva con unas horas de adelanto iba a ser altísimo. Aquello iba a darle muchos dolores de cabeza.

—Tomaré eso como un sí. —Sacó de su cartera unos cuantos billetes y los dejó en la mesa, bajo la servilleta, a modo de propina por las molestias, pretendía salir de allí lo más rápido que pudiera. No la conocía demasiado, y lo último que quería era terminar montando una escena, aunque no lo creía probable: Susana parecía del tipo de persona que intentaba agradar a la gente, incluso si sufría por ello.

Ella bajó su mirada para no ver la cara que debía de poner el camarero, pero James se comportó en todo momento con naturalidad; sin perder su sonrisa, pidió con amabilidad y calma su vehículo. No se detuvo tampoco cuando estuvieron en la calle

y les trajeron el coche. Él siguió con su rostro impasible. Entonces Susana se sintió algo asustada. No había dicho nada, pero estaba segura de que estaba enfadado. Llevaba días sin contestar a sus llamadas y ahora era como si hubiera despreciado una invitación a almorzar. Tenía que estarlo.

En su silencio habitual, James condujo durante un rato y finalmente entró con el coche en un aparcamiento, cerca de una cervecería que conocía, pensando que comer allí sería bastante más relajado. Podían sentarse frente a una buena cerveza y fingir que nada había pasado.

Solo cuando detuvo el motor se dio la vuelta hacia ella. Cogió su temblorosa mano otra vez y se dedicó a trazar círculos sobre la suave palma con su pulgar, pensativo.

Esperó un poco, paciente, pero ella no hablaba. Susana solo tenía ganas de abandonar el coche, regresar corriendo a su casa y esconderse durante el resto del día. Luego le olvidaría y fingiría que ese día no había existido.

Pero tenía una buena razón para ser paciente: James no era la persona adecuada para pedir explicaciones a nadie cuando su comportamiento era errático muchísimas veces, aunque ella solo viera esta parte tranquila y formal suya.

Salieron a la calle todavía sin dirigirse la palabra, y caminaron de la mano como si fueran una pareja normal, porque así se sentía con ella. Empezaba a encontrar que a su lado era natural y fácil comportarse de aquella forma tranquila. Solo era él caminando junto a ella, con las manos entrelazadas y sus pasos al mismo ritmo.

A Susana, caminar junto a James le parecía perfecto. No hacían falta las palabras y no tenía que evitar sus ojos azules sobre ella a cada instante. Con curiosidad, entró en el pub en que él se detuvo y dejó que pidiera unas cervezas y algo de comida, aprobando con una sonrisa su elección al pensar que aquel sí era un sitio que estaba dentro de sus posibilidades.

—¿Qué tal tu trabajo?

Susana sonrió con el nuevo intento de él de comenzar una conversación.

—Bien.

Durante un segundo los ojos azules de James parecieron despedir rayos. Un breve momento de rabia se dejó entrever, porque había sentido unas repentinas ganas de sacudirla por los hombros para conseguir que hablase. ¿De verdad no se daba cuenta de su actitud, o todo aquello era una estrategia para conseguir que se volviera loco?

—Susana, no sé si esto va a funcionar —dijo mientras volvía a acariciar sus dedos. Tenía los labios apretados y el ceño fruncido, y estaba claro que trataba de calmarse—. Me gustas, creo que a estas alturas ha quedado suficientemente claro. Y te agradecería que fueras sincera conmigo. Si no quieres volver a verme, lo entenderé. No te molestaré más.

El silencio que siguió a su pequeña disertación le puso nervioso, si lo que quería conseguir era que él perdiera el equilibrio, lo estaba consiguiendo. Susana no había retirado su mano, pero no había notado el más mínimo gesto en ella. Así que, tomó un trago de cerveza y comenzó a planear cómo pasar esa noche porque, aunque no era fin de semana, seguro que iba a necesitar algo fuerte para olvidar esta cita. James odiaba perder. Y esta vez era una humillación completa.

Mentalmente se estaba reprendiendo por haber insistido hasta conseguir que ella aceptara almorzar con él, por haberla llevado hasta aquella acogedora mesa del

Claridge's, por haber sujetado su mano mientras caminaban por la calle... Repasó a gran velocidad todos y cada uno de sus gestos, de sus aproximaciones. Entonces esperó que el enfado cuajara y se cristalizara en su interior. Pero no llegó nada de eso. Había mucho nerviosismo, y algo nuevo y desconocido que comenzaba a germinar, oculto bajo cientos de capas de inseguridad. James tenía la esperanza de conseguir que ella confiase, que aceptase otra cita más, tener una nueva oportunidad para intentarlo.

Aquello era una locura. ¿Qué tenía Susana para que no pudiera levantarse y abandonar el pub y olvidar su rostro enmarcado en su cabello negro?

Necesitó un trago para que la respuesta pudiera fraguarse sin soltar una palabrota en voz alta.

Se había enamorado. Era sencillo.

Si descartaba todas las opciones que parecían probables, al final solo quedaba la verdadera, y su cerebro analítico había ido cribando todos los posibles motivos que le movían a seguir a su lado, de forma terca y testaruda. Como siempre le sucedía, la solución llegaba de golpe a su mente, que había estado trabajando horas extras intentando encontrar algún sentido a su obsesión por Susana.

El mundo se detuvo a su alrededor y no quedó ni rastro del dolor de cabeza que solía acompañarle en los últimos tiempos.

El pánico vendría después. Conocía bien cómo funcionaba su cabeza.

Sonriendo como un bobo, sujetó los dedos de ella hasta llevarlos a sus labios e impregnar de besos sus nudillos. Quizá estaba empezando a parecer un loco, pero la actitud de ella no era de miedo, seguramente el corazón de Susana latía al mismo ritmo desordenado y fuerte que el suyo. Sin necesidad de palabras ni explicaciones, sus ojos oscuros mostraban que sabía todo lo que él callaba.

Así que hizo lo único que podía hacer.

—Ni yo mismo lo entiendo, Susana. Pero sé que me estoy enamorando de ti.

Era cierto, tan real como que la tierra era redonda y giraba, y esta era la única explicación lógica a su comportamiento de las últimas semanas.

Necesitó afirmar sus pies en el suelo ante la sensación de caída libre que retorció su estómago. Nunca había saltado de un precipicio, pero estaba seguro de que esto era lo más parecido a lo que acababa de hacer. Poner sus sentimientos en palabras aligeró su cuerpo y le hizo sentir liberado, pero también llegó una oleada de inseguridad que era totalmente nueva para él.

James vio cómo el color abandonaba el rostro de Susana y respiraba un par de veces despacio, como si tomase fuerzas para decir algo. Por un momento pensó que saldría corriendo y tendría que perseguirla por la calle. Así que se levantó, y sin perder el contacto con sus ojos, se sentó a su lado. Entonces la abrazó. Esa joven menuda se sentía mejor entre sus brazos de lo que jamás se había sentido nadie. Un pequeño escalofrío recorrió la espalda de Susana y él levantó su rostro poniendo sus dedos en la barbilla. Al tenerla tan cerca, perdido en su mirada profunda, acercó sus labios y acarició los de ella despacio, solo para sentir la suavidad de su piel y sintió cómo los dedos de Susana se agarraban a los brazos de él, sujetándolo en lugar de apartarle.

Nunca había amado a nadie.

Se encontraba tan asustado como seguramente ella, pero al menos ahora tenía un objetivo: Susana. Ella era el objetivo en su vida.

Cuando los labios de él tocaron los suyos, Susana encontró que respirar era un poco más difícil y que necesitaba agarrarse, aunque fuera a James, para no perderse en aquel beso. Había escuchado sus palabras y había vivido como si fuera una película a cámara lenta el cambio en la expresión del rostro de él, pasando del enfado a la sorpresa. Y luego aquella mirada electrizante, que la mantuvo quieta en el azul que veía en sus ojos hasta que le besó, posando sus labios sin presionar, apenas acariciando, como él hacía un momento antes.

—Ni siquiera conozco tu apellido. —James se apartó de su boca, no sin esfuerzo, y se acercó a su mejilla, rozando con la punta de la nariz la piel, probando el perfume dulce de ella.

—Martínez. Susana Martínez.

Escuchó su voz temblorosa, la estrechó con más fuerza entre sus brazos, y pasó la mano por su espalda.

—No te haré daño, Susana. Te lo prometo. —Más ciertas que nunca, las palabras salieron de su boca sorprendiéndole, pero eran perfectas, porque eran sinceras. Solo con ella las había sentido muy dentro de él, junto con la necesidad de cuidarla y abrazarla—. Nunca te haré daño.

Como les había sucedido en sus citas anteriores, todo a su alrededor dejó de tener importancia y ninguno de los dos prestó demasiada atención a la comida o la bebida. Sin soltar sus manos en ningún momento, él le preguntó cosas intrascendentes sobre su vida, pero ahora cada respuesta era un tesoro, un regalo precioso que le decía algo más sobre ella.

Comenzó a anochecer y el pub se llenó de gente. El sonido de las conversaciones los envolvió. Ella miró el reloj varias veces y James se dio cuenta de que había llegado la hora de dejarla ir.

Pasearon despacio hasta el aparcamiento. Como en las otras ocasiones, él pasaba su brazo por encima de Susana y caminaba a su ritmo, sincronizados de forma tan natural que parecía que lo llevasen haciendo años, con el cuerpo menudo de ella bajo el suyo. Junto al coche, el silencio del aparcamiento los rodeó de nuevo y James se dio cuenta de que aquella cita terminaba, y tal vez tardaría días en volver a verla. Abrió la puerta del coche para que ella entrara, pero, antes de soltarla, sintió el impulso de volver a besarla. Y lo hizo. Sujetándola por la cintura la atrajo hacia su boca. El miedo a no verla, a que ella desapareciera, unido a la necesidad de demostrarla que no iba a dejarla escapar, hizo que explotara el impulso de explorar su boca y probar su sabor.

Quería llevarla con él, caminar abrazados durante horas, sin necesidad de pronunciar palabras. Sentirse por fin conectado y que nadie lo odiara por ser lo que era. Comenzar una vida nueva a su lado.

La empujó con su cuerpo hasta que ella se encontró con el coche y bajó entonces su boca para besar su cuello mientras sus manos se movían acariciando su pequeña cintura con sus dedos, que estaban ansiosos por conocer su piel.

Cuando atrapó entre sus dientes el lóbulo de su oreja, ella gimió en sus brazos. Sentía el cuerpo de James pegado al suyo, mucho más grande y firme de lo que

parecía bajo ese traje, y estaba provocando que todo su cerebro se cortocircuitara besando y pasando la punta de la lengua por su cuello. Sus caderas ajustadas contra las suyas decían todo, sin dejar que ella dudase de lo que ese hombre quería.

Las manos de James se movían en su cintura y no protestó cuando él levantó su blusa y sus dedos acariciaron la piel, subiendo y bajando una y otra vez por sus costillas, tan suave y cálida que no quería separarse. Quería conseguir que ella dejara de respirar, que gritara su nombre y jadeara en su boca. Acercó su cuerpo todavía más al de ella, colándose entre sus piernas, odiando cada centímetro de tela que la separaba de él.

No se alejó de esa sensación, besándola durante una eternidad.

—Quiero volver a verte, Susana —murmuró sobre su piel. El estremecimiento de su cuerpo lanzó una ola suave de satisfacción por el suyo—. Aunque haga falta que te llame durante un mes. O un año. —Su voz era un susurro suplicante, y sus dedos se apretaron en su cintura.

Tan lento como pudo, se separó de ella y depositó un beso en sus labios antes de verla entrar en el coche.

Condujo despacio otra vez, en un intento infantil de alargar el tiempo. Pero inevitablemente llegó a su casa y tomó aire, intentando pensar con claridad antes de despedirse.

—James... —Susana se perdió durante otra pequeña eternidad en sus ojos claros, sin conseguir encontrar qué decir—. Gracias.

Lo dijo como si eso resumiera todo, poniendo en esa palabra el aliento que tenía. Era como si él hubiese desatado una parte de ella que no sabía siquiera que podía existir, una parte que había enterrado en lo más profundo y a la que había renunciado tiempo atrás, pensando que en su vida nunca habría sitio para el amor, para sentirse cuidada y abrazada. James acarició con su mano la línea de su mandíbula y la besó de nuevo, con una sonrisa sincera en su cara, y cuando ella le devolvió aquella sonrisa que iluminó la noche, no pudo evitar abrazarla con todo su cuerpo.

Otra pequeña victoria.

—Te llamaré mañana. ¿A qué hora terminas?

—Trabajo en turno de noche, saldré a las ocho de la mañana.

—Bien, te llamaré a las ocho en punto. ¿Te recojo para almorzar?

—Pensaba dormir. Y de verdad tengo mucho que estudiar. —La voz de Susana volvía a ser nerviosa, casi inaudible. Dentro de su cabeza la continua lucha entre lo que deseaba con todo su corazón y lo que sabía que debía hacer, pero ahora él estaba frente a ella, y sus ojos azules eran decididos y firmes. Algo había cambiado dentro de James, podía verlo con claridad: si antes le parecía a veces dudoso y pensativo, ahora había una clara determinación en él. Y eso la asustaba tanto como la hacía ser feliz, porque sabía que él sería fuerte por los dos. Pero ese pequeño secreto llamado María la quemaba por dentro.

—¿Te viene mejor el viernes, Susana? Puedo ir a recogerte a tu casa, cenamos juntos y te acompaño al hotel.

James no recibió respuesta, pero eso ahora no le importaba, porque los besos de ella le habían dicho todo lo que necesitaba saber. Esos besos delataban los verdaderos sentimientos de Susana, y estaba seguro de que, aunque se negase una y otra vez a

verlo, aunque no contestase sus llamadas, ambos compartían la necesidad de volver a estar juntos.

Cuando abrió la puerta del coche y la ayudó a bajar, ella tampoco contestó ni dijo nada que pudiera hacer que James se fuera tranquilo a casa, ni siquiera una palabra que hiciera que no dedicase los siguientes días a llamarla mil veces desesperado.

—Hasta el viernes —dijo, acompañándola hasta el último escalón junto a la puerta, y sin soltar su mano, volvió a sus labios irremediabilmente.

¿Eran así los besos de despedida?

Supo que el nudo en su garganta no se pasaría hasta que volviera a verla. Iba a ser una semana realmente dura para James Baker.

6

La llamada de Chloe fuera de su horario habitual era la única pista necesaria. James estaba en problemas y lo sabía. Llegaba su hora de pagar, y con su hermana el precio no iba a ser precisamente muy justo.

—Buenas noches, James.

—Buenas noches, Chloe —contestó, usando un tono lo más mordaz que pudo.

—Espero que tengas una buena explicación. —La voz dulce de Chloe le hizo sentir una punzada de miedo.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó haciéndose el despistado. Había una posibilidad de que ella quisiera hablar de otra cosa, después de todo.

—James, querido hermano —continuó ella soltando una risita teatral—, estoy esperando a escuchar de tus labios que tu casa se incendió o que de repente llamaron a Susana porque necesitaba un trasplante... ¿Qué fue, James? ¿Un asunto de seguridad nacional?

—Chloe, solo dime qué quieres. Te pagaré lo que me pidas —suspiró derrotado.

—Oh, claro que lo harás. Y te va a doler, James.

—Creí que siendo tu hermano... —Intentó despertar su instinto filial, sabía que eso era lo único que podía librarlo del desastre, pero la pequeña Chloe no solía ser misericordiosa ni con su familia, aunque él le debía tanto que, en justicia, pagaría lo que ella quisiera.

—Sí, James, eres mi hermano. Y entre hermanos hay ciertas normas. Por ejemplo, los hermanos se cuentan cosas. Dime, ¿fue bien la cita con Susana?

—Sí, Chloe, fue bien.

—Hummm, me alegro. Cuéntame más, James.

Él se pasó la mano por el pelo, desordenándolo, estrujándose el cerebro para conseguir una explicación para Chloe, ella no se iba a rendir con facilidad.

—Fuimos a pasear y a comer a una cervecería.

—Extraña elección. ¿Lo pasó bien contigo?

—Creo que sí, Chloe.

—¿De qué hablasteis?

Se puso nervioso al recordar la conversación, sobre todo por las palabras que él había utilizado. Ahora, en su casa, hablando por teléfono con su hermana pequeña, parecía todo lejano y ajeno a su vida otra vez. Como si cuando estuviera con Susana ambos se encontrasen en otro universo; un universo particular propio, lleno de silencios, en el que nadie más podía entrar. Pero ahora era otro hombre, el otro James, y nunca había tenido esos sentimientos hacia nadie.

—Me contó algunas cosas sobre su vida. Nada importante. —Intentó escapar de sus preguntas, aunque tenía las manos sudando y la sensación de vértigo había regresado a su estómago.

—¿Qué más James?

—Nada más. La acompañé a su casa y quedé en llamarla de nuevo.

Hubo un silencio y cerró los ojos, suplicando que por favor abandonara de una vez, que dejase de indagar en su vida, porque estaba a punto de confesar.

—¿Hay algo que no me estás contando? Estás nervioso.

Maldijo a Chloe y a su sexto sentido para saber cuándo la estaba mintiendo.

—¿Qué ha pasado James? ¿Te has acostado con ella?

—¡No! —Negó demasiado rápido y con demasiada fuerza, un error por su parte, porque daba a su hermana muchísimas pistas de lo que en realidad sucedía.

—¿Qué hiciste entonces?

No contestó, intentaba poner su cerebro a trabajar para conseguir una respuesta que le librara de aquel interrogatorio.

—Si no es sexo... Oh, James, ¿te has enamorado?

La sangre abandonó su cabeza inmediatamente. Y su silencio confirmó la teoría de Chloe.

—Bueno, le pediré el teléfono a Julia para quedar con ella. Ya encontraré alguna excusa.

Todas las alarmas comenzaron a sonar en la cabeza de James. No quería que su hermana hablase con Susana. Por ahora, quería que todo fuera despacio, y no necesitaba a su familia metiendo las narices en aquello. Susana era una chica callada, tímida, y todavía tenía que conseguir desentrañar muchos de sus silencios. Su hermana entraría en su vida como un huracán y ella no tendría ni una oportunidad para defenderse.

—Chloe, por favor. —Solo le quedaba suplicar. ¿Qué podría tener que ese pequeño monstruo quisiera? ¿Cómo podría conseguir algo de tiempo?

—Entonces cuéntamelo tú —decidió.

Sí, había algo que tenía, o, mejor dicho, había algo que podía hacer para contentar a su hermana. Tragándose su orgullo y su vergüenza comenzó.

—Le dije que la quería —confesó.

Chloe soltó un pequeño grito al otro lado del teléfono y James supo que había acertado. Con esto pagaba su deuda con ella.

—¿Es cierto, James? ¿La quieres? —Casi podía ver la sonrisa de felicidad en su rostro y eso le hizo sonreír también. Había pocas ocasiones en las que él hiciera feliz a esa pequeña rubia que solía sacarle de sus casillas.

—Sí.

Ya está. Oficialmente estaba perdido. No solo había saltado por un precipicio, sino que lo hacía público. De aquí a ser el centro de las risas había un paso.

—¿Y qué piensas hacer? Quiero decir, ¿cuándo vuelves a verla?

—El viernes. Cenaremos juntos, creo. Y luego la llevaré al trabajo.

—De acuerdo. Jack estará encantado de cenar los cuatro juntos.

Aturdido, James se quedó en silencio. Su hermana era de verdad temible. No había esperado que se moviera tan rápido.

—Pero Chloe... —intentó quejarse, aun sabiendo que no conseguiría escapar de ella.

—Me debes una, James —aclaró—. Tú eliges el sitio, ¿te parece?

—De acuerdo, Chloe.

James había sido vencido, pero seguía con una sonrisa en los labios y un sentimiento ligero en su estómago. Y la sensación de que su vida, por una vez, tenía algunas cosas en su sitio.

* * *

—¿En serio te llevó al Claridge's?

Fabio no salía de su asombro. Era uno de los mejores restaurantes de la ciudad, con una larga lista para conseguir una mesa. Estaba claro que James tenía dinero y contactos.

—Sí. Es precioso.

—Tenías que haberte quedado. Seguro que él habría pagado la cuenta, Susana.

—Eso no está bien, Fabio.

—Bueno, no es tan terrible que un hombre te invite a un almuerzo. Si fuera una cena... pero un almuerzo no es tan íntimo.

—No me parece bien —contestó Susana, tan tozuda como siempre.

—¿Y qué tal fue en el pub? —Fabio seguía insistiendo. Susana tenía hoy una expresión distinta a otras mañanas. La había pillado sonriendo varias veces, perdida en sus propios pensamientos.

—Bien. Muy bien. Más sencillo y económico.

—Sabes que no te pregunto sobre el precio de la comida.

—Lo sé.

Susana lo miró con gesto adusto. Estaba claro que quería terminar de una vez por todas con aquella conversación.

—¿Qué tal con tus padres?

El giro en la conversación la pilló por sorpresa. Había llamado esa misma mañana a su madre. Fue una video conferencia corta, solo un cuarto de hora, y sobre todo hablaron de María y de cómo estaba creciendo.

—Bien.

—¿Bien?

Susana agachó un poco la cabeza mientras seguía cortando verdura para preparar la comida de su hija.

—Mi madre insiste en que vayamos de vacaciones unas semanas. Dice que María está muy pálida y que necesita tomar el sol como todos los niños.

—Eso es verdad. El clima aquí es un asco —contestó Fabio. Vivir en Londres era

difícil cuando habías crecido en el mediterráneo, rodeado de sol y cielos despejados.

—Le he hablado de James.

Fabio se quedó en completo silencio durante unos segundos. Cuando reaccionó, había una gran sonrisa en su cara.

—Tienes que contarme qué ha pasado entre vosotros. Porque no me creo que haya sido un simple almuerzo. Si fuera solo eso, no hablarías a tus padres de él.

—No seas tonto, Fabio. Solo quería demostrarles que aquí tengo amigos y no estoy todo el día encerrada llorando en casa.

—Vale, no insisto.

—Mi padre tiene que ir al cardiólogo. No me han contado mucho. No sé si no quieren preocuparme.

—O igual quieren que presionarte para que vuelvas.

Susana le miró con mala cara. No creía que su madre fuera capaz de manipularla de esa forma. Una cosa era intentar convencer a tu hija de que regrese a casa y otra inventar enfermedades.

—Solo digo, que es normal que quieran que regreses. Sobre todo por María, su única nieta. Y si ahora saben que sales con un hombre, querrán que vuelvas lo más rápido posible.

No replicó a su amigo. Quizá tenía su parte de razón. Sus padres no habían escondido ni un momento que se oponían a que ella estuviera tan lejos con una niña. Nunca habían creído que fuera capaz de vivir sola y cuidar de su hija. Para ellos, no era más que una adolescente. Como todos los padres, la veían demasiado joven y desvalida.

Ella se había encargado desde el primer momento de demostrar que podía mantenerse sin ayuda. Había encontrado trabajo y regresado a sus estudios.

Cuando llevaba un par de meses en Londres, decidió que lo mejor era no hablar con sus padres de su trabajo o sus amigos. Era una forma de evitar discusiones, ellos aprovechaban cualquier situación para convencerla de que tenía que regresar a España.

Entonces ¿por qué había hablado de James?

Sonrió otra vez y Fabio la dio un golpe cariñoso en el hombro.

—Estás sonriendo. ¿Qué hay dentro de esa cabecita?

La respuesta era muy sencilla: la esperanza había conseguido romper el cristal que rodeaba a su corazón. Y todo era culpa de esos ojos azules que habían empujado las nubes grises que siempre rodeaban el cielo de Londres.

James aparcó cerca de San Lorenzo y caminaron juntos por la calle, con su brazo sobre el hombro de Susana y ella rodeando su cintura. Era sorprendente lo bien que se sentía cuando ella lo abrazaba y cómo un gesto tan simple hacía que llevara algo muy parecido a una sonrisa pintada en su rostro.

—Susana, ¿te apetece cenar en un italiano? —No había sido capaz de confesar por teléfono que habían quedado con su hermana, ahora había llegado el momento.

—Sí. Me gusta la pasta.

—Mi hermana Chloe y su novio van a venir. ¿Te acuerdas de ellos?

—Oh, sí.

No dijo nada más, una pequeña arruga apareció en su entrecejo, y parecía contrariada. James fue incapaz de hablar, tenía miedo de que la cita terminara antes de llegar al restaurante. Solo le quedaba confiar en la capacidad de su hermana para que todo el mundo la adorase.

Susana no había sabido qué decir. No había cambiado de idea, pensaba que era una locura seguir viendo a James Baker, pero al final había cedido a las ganas de volver a estar con él. Había dicho no tendría más citas y Fabio se rio en su cara cuando la escuchó. No le parecía muy justo para James, le estaba engañando, porque ella no tenía ninguna intención de llegar a una relación con él, y la culpabilidad fue todavía más grande cuando él dijo que iba a estar allí su hermana. Pero cuando James la estrechó con más fuerza, todas sus dudas volvieron a esfumarse. Susana empezaba a darse cuenta de que, cuando se trataba de James Baker, su razón perdía siempre la batalla frente al impulso de su corazón.

Él, por su parte, observaba cada gesto, cada cambio en ella, y le hacía feliz descubrir el brillo de esos ojos negros, o cómo pasaba los dedos para buscar los suyos y entrelazar sus manos. Pequeños gestos que le hacían sentir feliz y tener esperanza. James se había dado cuenta de la forma en que ella se aislaba del mundo, y se había propuesto colarse en su universo privado.

Chloe, tan sonriente como siempre, se encargó de dirigir la conversación sin problemas, hasta Susana parecía cómoda charlando. Jack hablaba poco, y no despegaba ni un momento su atención sobre Chloe. James se daba cuenta de lo enamorado que estaba. La pequeña Chloe lo merecía, sin duda, y él envidiaba la conexión que había entre ellos. La mayoría de las veces ni siquiera hacía falta que hablaran en voz alta, solo conectaban sus miradas un segundo y él sonreía como si entendiera sus pensamientos, otras un pequeño gesto era suficiente para que Jack rellenara la copa, solícito, o riera sus ocurrencias.

Cuando las dos chicas se ausentaron para ir al cuarto de baño, él sintió la obligación de conversar con su futuro cuñado, aunque ni siquiera se habían mirado durante la cena.

—James, no tienes que decir nada. Me gustaría que te quedara claro que todo lo que hago es por Chloe. Tú me importas bastante poco. No creo que merezcas la atención que ella te da, y sinceramente, si un día te encuentran tirado en cualquier sitio no creo que se pierda mucho. Lo lamentaré por ella, no por ti. Así que, no te molestes en dirigirme la palabra cuando no está. No voy a fingir ni por un segundo que somos familia. Si pudiera te patearía en el suelo por las veces que has hecho llorar a Chloe, pero sé que eso le haría más daño.

Siguió revisando sus mensajes en el teléfono móvil ignorándole, y James tensó los puños sobre la mesa.

—Eres un cabrón —murmuró lo suficientemente alto para que le escuchara.

—Y tú un gilipollas egoísta. ¿Alguna vez piensas en alguien más que en ti mismo? Estoy seguro que no. Si lo hicieras, llevarías a esa chica a su casa y no la volverías a llamar. Es una pena que se mezcle con gente como tú. Parece buena persona y tiene toda la vida por delante. Y le vas a hacer daño, como a todo el mundo.

—¿Qué pasa, James? —preguntó Chloe mientras se sentaba en la mesa. Su hermano intentó componer una sonrisa, aunque la tensión era obvia entre los dos hombres.

—¿Qué os apetece hacer ahora? —preguntó Jack, desviando el tema con eficacia.

—Yo tengo que ir a trabajar —dijo Susana.

—Sí, es verdad. ¿Quieres que te acompañe dando un paseo? —James se ofreció mientras hacía una señal al camarero para pedir la cuenta. Estaba deseando salir del restaurante y poder estar con Susana a solas, la cena le había parecido demasiado larga.

—Nosotros nos vamos a casa, mañana quiero madrugar —dijo Chloe sonriendo. Y en cinco minutos todos estaban en la calle, despidiéndose. La sonrisa amable de Jack no ocultaba su gesto frío cuando tendió la mano a James para despedirse, pero ambos fingieron que no sucedía nada.

Chloe dio un beso en la mejilla a su hermano susurrando un «suerte» que solo él pudo escuchar. Chloe era inmune al desaliento, y además tenía una gran facilidad para contagiar su entusiasmo, pero en cuando se alejó, su hermano recordó las palabras de Jack.

—¿Estás bien? —La voz de Susana le devolvió a la realidad. Si no se hubiera encontrado en ese estado habría sonreído al notar que ella se preocupaba por él, pero estaba demasiado ocupado saboreando su enfado con Jack.

—Sí. —Comenzó a pasear con ella abrazada—. ¿Y tú? ¿Lo has pasado bien?

—Sí. Chloe es increíble.

—Tengo suerte de tenerla.

—¿Es tu única hermana?

—No, mi hermano mayor se llama Richard.

No hablaron demasiado. Susana notó el semblante sombrío de James y no tenía ni idea de la razón. Llegaron al hotel demasiado pronto. El humor de James había empeorado según pasaban los minutos, pero ella permaneció en silencio, observando

solo de vez en cuando. No tenía ni idea de qué podía decir, así que apretó la mano de él entre sus dedos.

—Susana, ¿quieres que nos veamos mañana? —le preguntó, deteniéndose para mirarla a los ojos. Se moría por abrazarla, aquella noche no quería dormir solo. Quería besarla y sentir su cuerpo menudo a su lado para descansar. ¡Cómo echaba de menos dormir una noche entera! Y no esa especie de horas robadas que solía tener, entre paseos, televisión y pensamientos perdidos.

—Si te apetece.

James contuvo el aliento, agradeciendo mentalmente que por una vez ella hubiera aceptado a la primera, sin presiones ni juegos. Sin estrategias.

—Claro que me apetece. En realidad, me apetece dormir contigo. Voy a tener que hacer un gran esfuerzo para dejarte ir —contestó con sinceridad y vio, divertido, el brillo de los ojos de ella y los parpadeos nerviosos. Se agachó un poco, lo justo para rozar sus labios con los de Susana. No había podido besarla en toda la noche y ahora se daba cuenta de que se moría por hacerlo.

Sintió cómo los labios suaves de ella le acariciaban y entonces el miedo atenazó su estómago. Las palabras de Jack resonaron en su cabeza. ¿Le haría daño? No podía ser. Porque Susana era tan frágil que cualquiera que intentara tan siquiera asustarla merecería morir.

Cuando ella abrió los ojos, James se dio cuenta de que la urna de cristal volvía a estar perfectamente colocada, impidiendo que nadie se acercara a ella. Hacía bien en protegerse, pensó, porque él solía hacer daño a los que quería. Así había sido toda su vida.

—¿Te encuentras bien?

James abrió los ojos. Los había cerrado sin darse cuenta, intentando alejar todas esas imágenes dolorosas que había en su cabeza.

—Sí, solo es un dolor de cabeza —mintió—. Te llamaré después de almorzar, cuando hayas descansado. ¿De acuerdo? —Le dio un beso y apretó sus dedos enredados en los suyos—. Espero que no trabajes mucho.

Habían llegado a la puerta de personal del hotel y volvieron a detenerse.

—Susana —«Te amo», pensó. Pero no lo dijo. Asustado y triste guardó las palabras, doliéndole el corazón por hacerlo—. Estás preciosa.

Era cierto. Dentro de su apariencia segura y callada, se escondía un ser delicado y maravilloso. Era única. Así la veía él, y no podía evitar sentir ganas de protegerla, incluso de él mismo. Esa era la verdad que le aterraba.

Caminó hasta el coche y condujo varias horas para evitar llegar tan pronto a su casa. Sabía que allí nada le esperaba. El silencio de su apartamento fue como una bofetada en la noche, pero a esas horas ya era verdad que tenía un terrible dolor de cabeza. No consiguió que desapareciera con una ducha caliente: aunque el agua y el vapor le relajaron, no aliviaron la angustia que sentía. Al final decidió tomar unas pastillas para dormir. Puso el despertador a las diez y media para estar espabilado cuando su hermana pequeña le llamase.

Estaba preparando un café cuando escuchó el timbre de la puerta. Todavía adormilado por los somníferos que había tomado la noche anterior, abrió, extrañado por una visita a esas horas. Casi eran las once.

Y allí estaba ella, de pie tocando el timbre de la puerta. Chloe le dio un abrazo y un beso, seguido de un «buenos días». Todo ello adornado por una amplia sonrisa en su rostro.

—Creí que estarías durmiendo. —Entró en la cocina y se preparó un café antes de sentarse al lado de su hermano, quitándole algunos trozos de bizcocho y comiendo con sus dedos finos y elegantes.

—¿Qué tal estás?

—Bien, Chloe. No hacía falta que vinieras.

—Hablé con Jack—soltó de golpe. Chloe solía ser rápida conversando, y a veces era difícil discutir con ella. Era capaz de aturdir con su forma directa de encarar los asuntos, y no dejaba tiempo a los demás para prepararse—. Siento lo que te dijo.

—No te disculpes. Lleva razón en muchas cosas.

—Puede, pero no tenía derecho a tratarte así.

—Tienes que dejar de defenderme, Chloe.

—Eres mi hermano. Y te quiero. Así que, déjame elegir mis propias batallas.

—No lo hagas, Chloe. No discutas con Jack por mí. Lo que tienes con él es importante. Yo solo te hago daño.

—Me molesta que digas eso. Tú no me haces daño. Esto pasará y nos reiremos dentro de unos años.

—No lo creo —negó taciturno.

—¿Por qué te empeñas en ser siempre tan negativo? —preguntó ella, molesta por la deriva autodestructiva de los pensamientos de él. Odiaba cuando se encontraba de ese humor. Parecía que volvía a ver al adolescente malhumorado que se encerraba en su cuarto sin hablar durante días, como si todo el mundo fuera su enemigo, como si nadie pudiera entenderlo. Cuando eran jóvenes funcionaba enfadarlo hasta conseguir que gritara, solía llamarle Hamlet Baker y declamaba pasajes de Shakespeare burlándose de la actitud de James.

Por desgracia, ahora no era tan fácil conseguir que olvidara esa espiral de sentimientos oscuros.

—Chloe, esto viene durando demasiado tiempo. Lo sabes.

—Pero ahora es distinto. Tienes a Susana. Me parece una chica increíble. Es inteligente, resuelta, valiente.

James se levantó y recogió la mesa, limpiando metódicamente las migas que había fuera del plato.

—James, ¿qué pasa? —Chloe le sujetó por la muñeca y él se retiró, enfadado. No tenía ganas de hablar de esto con ella. Pero volvió a sujetarlo. No le iba a dejar escapar.

—Creo que Jack lleva razón. Debería marcharme una temporada —dijo con la voz

tensa y malhumorada. Pensaba en ello desde que se había despertado.

—No digas tonterías. No te vas a ir a ningún sitio.

—¿Por qué no, Chloe? Todos estaríamos mejor.

—¡Basta! No voy a dejar que te marches. Ya he discutido con Jack de esto. Te lo dijo enfadado, por mi culpa, nada más.

—¿Por tu culpa? ¿Cuándo vas a verlo? ¡Tú no tienes la culpa, Chloe, la tengo yo!

—Había levantado la voz a su hermana y ella le miraba con los ojos incendiados por el enfado.

—No me grites, James. Una discusión por la mañana es suficiente. No me encuentro de humor para pelear contigo también.

—Joder, Chloe, tienes que verlo de una vez. Es culpa mía.

—Cállate —le ordenó con los labios apretados. Pocas personas la habían visto enfadada, pero su hermano era su debilidad. Así había sido desde que eran pequeños, y no iba a permitir que dijese esas cosas de sí mismo—. Llevo años escuchando eso, James, y no lo voy a creer. No quiero creerlo. No es culpa tuya. No quiero volver a oírte decir eso. Y tendrás que seguir soportándome porque yo no me voy a ir a ningún sitio, y tú tampoco.

Le soltó la muñeca enfadada y se terminó el café. James se sentó a su lado, intentando razonar con ella.

—Estoy cansado, Chloe. ¿No puedes entenderlo?

—James, mírame.

Levantó la cabeza para encontrarse con sus ojos azules, casi iguales a los suyos, y sintió que se le empañaba la vista y la garganta se le cerraba.

—Inténtalo. Por favor. Te lo suplico, James, inténtalo. Me dijiste que la querías.

Él permaneció en silencio y agachó los ojos, incapaz de enfrentarse a ella.

—Entonces inténtalo. Y déjame a mí el resto. Yo me ocuparé de levantarte cada mañana.

Chloe pasó los brazos alrededor de su hermano, que apoyó la frente en su hombro. Los dedos de ella le acariciaban la cabeza. Parecía que volvían a ser dos niños y ella le cuidaba mientras esperaban que de un momento a otro sonara el teléfono para informar a sus padres que habían expulsado otra vez a su hijo del colegio.

—Esto no es justo para ti, Chloe —musitó sin atreverse a levantar la cabeza.

—Es mi forma de pagarte cuando me ayudabas a dormir, ¿te acuerdas?

Claro que se acordaba. Chloe era una niña muy miedosa, muchas noches se despertaba y corría muerta de miedo al cuarto que compartían Richard y James. Ellos le decían que eran sus caballeros, y James secaba sus lágrimas y se inventaba un cuento para ella. No dejaba de hablar hasta que veía que sus ojos se cerraban y cedía al sueño.

—Ahora tienes otro caballero, ya no me necesitas.

—James, no puedo vivir sin vosotros. No podría elegir. Jamás quiero hacerlo.

Él levantó la cabeza y se encontró con aquella impresionante mirada femenina cargada de inteligencia y determinación. No quedaba ni rastro de aquella niña asustadiza; ahora era una mujer fuerte. Mucho más fuerte que él.

—No vas a hacerle daño —le aseguró al recordar la conversación con su novio—. Susana es joven pero muy madura para su edad, James. Más bien creo que el que

tiene que protegerse eres tú.

Sonrió con la idea de su hermana. Para él, Susana era incapaz de hacer daño a nadie, ni siquiera de pensar mal de nadie. Aunque no la conocía demasiado, era capaz de ver la fragilidad que escondía detrás de aquella fachada. Tal vez era porque él tenía una forma parecida de camuflaje para esconderse del mundo, y por eso era capaz de ver más allá en ella.

—No vas a hacer ninguna tontería. No te lo voy a permitir.

Iba a quejarse, pero sabía que era inútil. En el fondo, conocía su propia capacidad para estropear las cosas, y era bueno que su hermana estuviera presente. Eso le libraría de él mismo.

Consiguió que Chloe se fuera a almorzar con Jack y le hizo prometer que no estaría enfadada con él por su culpa y, aunque ella hizo un mohín precioso, aceptó con una sonrisa.

James trató de distraerse adelantando trabajo, pero en realidad contaba las horas para poder llamar a Susana. Esa noche saldrían solos, y eso le hacía sentir tranquilo.

Para Susana era un misterio por qué James quería seguir viéndola, sobre todo después de confirmar que la primera impresión había sido correcta: pertenecían a clases sociales separadas por un millón de escalones. ¿Qué hombre te llevaba a almorzar a Claridge's y luego se comportaba con total naturalidad para sacarte de allí, sin hacer una sola pregunta, para terminar en una cervecería cualquiera tomando patatas y pollo frito declarándose?

«Ni yo mismo lo entiendo, Susana. Pero sé que me estoy enamorando de ti».

Todavía notaba cómo se le paraba el corazón para luego lanzarse a una extraña carrera cuando recordaba sus palabras. Habían sido totalmente imprevistas para ella, y a juzgar por la expresión de su cara, también para él. Como si hubiera encontrado la pieza perdida de un puzle infinito.

¿Era ella su puzle?

Después de aquella confesión, su rostro pareció relajarse, y continuó sereno y decidido; al contrario que ella, que se encontraba aturdida.

«No te haré daño, Susana». Sabía que era imposible que él cumpliera su palabra, en cuanto supiera cómo era su vida, iba a desaparecer rompiéndole el corazón. Pero cuando estaba con James solo quería vivir ese tiempo juntos, sin preocuparse del futuro por primera vez desde hacía muchos meses. Era como si ambos vivieran su propio oasis de silencio y paz.

James no solo parecía superior a ella en la escala social. El calificativo atractivo se quedaba corto si lo utilizabas con él. Era mucho más. Era atractivo, sexi, guapo, interesante y mil adjetivos más que estaba segura podría encontrar, y se notaba que era un hombre de bastante experiencia, solo hacía falta ver la seguridad con la que se movía. Cuando caminaban juntos, James parecía avanzar como si el universo le perteneciera y simplemente diera un paseo sobre su superficie. Sin embargo, había algo bajo esa mirada azul. La otra noche casi lo había visto.

Cada vez que James Baker la abrazaba, el universo se detenía. Y cuando la besaba, comenzaban los viajes interestelares.

—¿De qué te ríes?

Fabio la estaba observando desde el sofá. Susana se sonrojó. Había sido descubierta en sus recuerdos con James.

—Vamos, dime. ¿No estabas estudiando?

Ahí estaba su amigo, con una sonrisa divertida y llena de curiosidad. Ella necesitaba hablar con alguien y Fabio era perfecto. Además, no era una mujer, así que podía esperar que fuera bastante objetivo.

—¿Crees que soy guapa?

El italiano se rio estruendosamente ante la pregunta, pero su amiga no se ofendió; al contrario, comenzó a reírse con él.

—¿Enamorada? —dijo mientras se levantaba al frigorífico, probablemente a por otra cerveza.

—Solo me pregunto... En serio, Fabio, ¿por qué sigue insistiendo en verme?

Volvió con dos cervezas y ella se levantó para sentarse a su lado, en el sofá.

—Imagino que le gustas —contestó.

—Ya —replicó ella, haciendo un gesto molesto y dejando claro lo ridículo de esa idea.

—¿Te gusta él? —Fabio atacó.

Estaba seguro de las dudas que ella tenía y creía que era momento de que las abandonase todas, porque para él Susana era una mujer bella e inteligente. Además, había demostrado ser valiente al abandonar la seguridad de su país y su familia para buscar la felicidad de su hija.

Ella dudó, pero se rindió rápido. Era absurdo mentir a Fabio. Necesitaba aclarar las ideas de su cabeza y lo primero era comenzar a ser sincera con sus sentimientos.

—Creo que sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Fabio, sabes cuál es el problema. Seamos realistas. Ningún hombre quiere a una mujer que ya tiene hijos.

—Eso es una tontería, Susana. Hay multitud de parejas con hijos de otras relaciones.

—¿Con 22 años?

Dio un trago a la cerveza antes de contestar, sopesando la respuesta.

—Sí, es difícil —admitió.

—Me ha gustado salir con él, pero no sé si es justo seguir mintiéndole. O si es justo para mí alimentar esta relación que va a terminar en desastre.

—¿Te has acostado con él? —Aunque Susana era adulta, Fabio no estaba seguro de permitir que ese tal James la abandonase sin más después de tener relaciones con ella.

—¡Fabio!

—¿Lo has hecho Susana?

—No.

—De acuerdo —Satisfecho con la respuesta, continuó con sus pensamientos—. Tenemos a un tipo que te llama bastante a menudo, tanto que a veces me dan ganas de contestar por ti. Y además te ha llevado ya a comer con su familia, ¿verdad?

—Solo con su hermana, Fabio.

—Su familia. Susana. Si no tuviera la intención de ir en serio, nunca lo haría.

Se quedaron unos momentos en silencio, volviendo a mirar la televisión. Tenía que reconocer que Fabio tenía razón en sus argumentos.

—Dijo que se estaba enamorando de mí —le confesó en voz baja.

Se dio la vuelta, ahora con los ojos muy abiertos y casi gritó.

—¡No me lo habías dicho!

—El día del restaurante. Lo dijo. No tengo ni idea de por qué, no era una situación

romántica en absoluto. Pero lo dijo.

—Pues solucionado. Está enamorado. No hay más que hablar.

—¿Tan fácil?

—Tan fácil, Susana. ¿Qué te apetece a ti? Puedes dejarle o puedes volver a verle.

—Quiero volver a verle —afirmó, bajando un poco la voz.

—Hazlo. Cuando te llame, queda con él. Sal a divertirte. Muéstrate tal como eres. Te lo mereces. Olvídate de todo, Susana. Lo que haya pasado da igual, quedó atrás y lejos, a miles de kilómetros. Tienes 22 años, una edad estupenda para divertirte. Ya sabrás cómo hablarle de María cuando llegue el momento. James parece el tipo de hombre con el que lo puedes hacer. Y tiene dinero. ¡Joder! ¡Creo que, si no lo quieres tú, me lo ligo yo!

Se rieron los dos y él le pasó el brazo sobre los hombros, recostándola sobre su cuerpo.

—¿Te lo ligarías?

—Sí, sabes que sería capaz.

—¿Seguro?

—¡Seguro! Soy mucho más guapo que tú.

La vida vista a través de Fabio siempre parecía fácil. Sabía que había tenido problemas, y que había dejado su país para ir a vivir a Londres hacía ya varios años, pero no le había preguntado demasiado. Ambos tenían un acuerdo tácito de silencio, como si su vida pasada hubiera sido olvidada. Eran ellos, aquí y ahora. Como Fabio le había dicho al poco de conocerse, eran las personas que habían decidido ser ahora, no las que habían dejado atrás.

Solo que ella no podía dejar todo atrás. Tenía a María.

No le gustaba pensar en ella de esa forma. Aunque hubiera sido producto de un error, su hija era el mayor tesoro de su vida.

Si alguien le hubiera dicho que ella tendría un hijo antes de los treinta años, le habría llamado loco.

Pero allí había estado, embarazada de cuatro meses, imposible seguir ocultando la verdad a su madre, y por primera vez en su vida segura de lo que deseaba: tener ese bebé.

¿Y el padre?

Prefería no pensar en todo eso.

Ahora era una persona diferente. Tenía su trabajo, su independencia, su hija y su futuro.

Y a James Baker.

¿Cómo encajaba él en el esquema de su vida? Y la pregunta principal: ¿quería ella que encajara de algún modo?

Una y otra vez se encontraba pensando en ese inglés de ojos claros y exquisitos modales, con voz suave y su sonrisa perfecta. No tenía remedio, lo sabía. Había intentado mil cosas, desde leer a estudiar horas para acostarse cansada. Pero nada había funcionado: siempre aparecía él, colándose en su cabeza sin permiso. Susana solo quería resguardarse del dolor y proteger a María.

Añoraba ser como las demás chicas de su edad, y reír, bailar y divertirse. Había sido muy feliz. Había disfrutado cada segundo, cada comida con sus amigas, cada

película en el cine, cada concierto, cada salida...

Todo aquello desapareció de repente, y había quedado tan atrás que era difícil imaginar que ella fuera esa misma chica. Ahora su tiempo se dividía entre el trabajo y las ocupaciones con su hija, además de sus estudios. Salir un fin de semana tenía un significado absolutamente distinto: en lugar de ir al cine o a tomar unas cervezas, paseaba por el parque con María si hacía buen tiempo.

¿Dónde había quedado Susana? Tal vez se había olvidado de hacer un espacio para ella misma en su perfecto esquema de vida.

Era injusto que pensara así, lo sabía. Y además quería a su hija y no cambiaría ni un minuto de los que estaba con ella.

Pero quería divertirse. Quería volver a vivir. Si es que quedaba algo de ella que rescatar, claro.

Estuvo más pensativa que de costumbre en el trabajo, intentando encontrar una solución para mantener su relación con James y conseguir que funcionara.

—¿Cuánto hace que no estás con un chico?

Susana se ruborizó con la pregunta de su amiga y jefa Julia. El sexo no era un tema de conversación para ella desde hacía mucho tiempo, pero Julia parecía encontrar natural hablar de ello.

—¿Susana? No has contestado.

Siguió dando vueltas a la cucharilla del café, intentando desaparecer. Había tenido alguna experiencia con chicos, y una relación un poco más duradera con el padre de su hija.

—No puede ser que no lo hayas hecho desde que te quedaste embarazada...

Por suerte, en la sala de descanso de empleados estaban solo ellas dos, y Susana dio gracias a que la conversación fuera privada.

—Tiene muy buena fama.

Bebió un sorbo de café y pensó en lo que había dicho su amiga y su significado.

—Espero que me cuentes los detalles. —Le guiñó un ojo y ella continuó con su café—. ¿Era buen amante tu exnovio? —preguntó. Era la primera que Julia le preguntaba por su vida pasada desde que se habían conocido.

—No —confesó—, creo que no.

Recordó cómo él siempre había estado apresurado, nervioso. Sus encuentros eran rápidos y probablemente solo buscaba satisfacerse a sí mismo.

—Nick es bastante bueno, me hace reír y me sorprende. Me gusta. No es demasiado atlético... pero es generoso en la cama.

No sabía qué responder a eso. Ni siquiera había pensado en tener sexo con James. Se había negado a pensar en esa posibilidad, deseando que todo quedara en una relación tan sencilla como irreal.

Hacía demasiado tiempo que no tenía una conversación de chicas.

—Te ha besado, ¿verdad? —Julia prosiguió con su interrogatorio.

—Sí.

—¿Y? ¡Cuéntame más! Es tan guapo... Esos ojos azules hacen que te olvides de respirar.

Susana se rio por la descripción tan exacta de lo que pasaba cuando él la miraba.

—Eso me ha pasado —dijo—. Besa de forma increíble.

Las dos se rieron, cómplices, y se animó la a seguir.

—A veces me siento un poco torpe con él... Es tan... tan...

—Perfecto. Esa es la palabra. Chloe no me ha hablado demasiado de su hermano, pero sí que he escuchado rumores. Es toda una celebridad. Soltero, bien situado, atractivo...

Julia ocultó de forma voluntaria los otros rumores que había escuchado de él, no porque no los creyese ciertos, sino porque sabía que todo el mundo tenía derecho a cometer sus propios errores. Su amiga Chloe le había confesado lo cambiado que encontraba a su hermano desde que había conocido a Susana, así que pensaba que, igual que Susana, él tenía un pasado lleno de secretos y ya tendrían ocasión ambos de conocerse.

—Ahora me siento mejor, Julia —contestó sarcástica.

—¿Por qué? Tú le gustas, eso está claro. Quizá es un poco mayor que tú, pero no demasiado.

Susana siguió en silencio, pensando en la descripción de su amiga y en cómo la hacía sentir a su lado, tan seguro y confiado de sí mismo. Y, por si fuera poco, era increíblemente atractivo.

—Vayamos de compras, Susana. Nos divertiremos y así eliges algo para hoy. Ya tendremos tiempo de dormir. —Julia la sonrió de forma divertida. Sería divertido hacer una locura y gastar algo de sus ahorros. Se moría por una tarde de chicas, de compras y risas.

Comieron unos sándwiches y Julia la llevó a una tienda de ropa, asegurándole que era de lo mejor y más económico; uno de esos *outlets* de firmas famosas que ella frecuentaba. Susana tenía ganas de comprarse algo divertido y atrevido. Se había dado cuenta de que su armario era bastante triste, así que se puso a buscar algo diferente.

—¿Qué necesitas? —le preguntó Julia sonriendo.

—No lo sé. Algo diferente, supongo.

—¿Te gusta? Le enseñó una de las minifaldas que había escogido. Era bonita, pero no se decidía.

—He visto una camisa preciosa a juego. ¡Vamos!

Cuando se dio cuenta, estaba revolviendo en la tienda junto a ella. Era una liberación. Algo simple, sencillo y divertido. Había olvidado lo que era una salida de compras.

Entraron en el probador con varias prendas y Susana se probó un vestido rojo que había escogido Julia, y la miró paseando y riendo.

—¿Qué te parece? Creo que tendré calor —ambas se rieron.

El vestido era de tirantes y muy corto: dejaba bastante poco a la imaginación. Pero era bonito. Julia se lo puso en cuanto su amiga se lo quitó y lo apartó a un lado.

—Este me lo quedo. Ya conseguiré que Nick me lleve a un sitio cálido.

—A su casa, quieres decir.

—¡Susana! Sabes que es un caballero.

Ella se probó la falda que había escogido y se miró en el espejo. Era sencilla, corta pero no demasiado, y quedaría estupenda con sus botas.

Miró los precios y dudó. Ya había gastado mucho ese mes, pero al final se decidió

por la minifalda y la blusa negra a juego.

—Creo que le gustará —le dijo Julia—. ¿Vas a ir hoy a su casa?

—¿A su casa? —La pregunta sorprendió a Susana, que intentaba meterse dentro de unos pantalones de talla demasiado pequeña.

—Claro, Susana. ¿Cuántas veces habéis salido juntos ya?

—¿Crees que él me va a invitar a su casa?

—Sí. Lleváis varias semanas viéndoos, no creo que espere más. Susana, es un hombre. No habrás pensado que va a invitarte a café todos los días.

De repente, Susana sentía que el aire había abandonado sus pulmones.

—No creo que pueda —dijo, intentando recuperar la respiración.

Julia sonrió y, sin pensarlo dos veces, dio un abrazo a su joven amiga, deseando que de una vez saliera de esa cárcel en la que ella misma se había encerrado. Era la más joven de los compañeros de trabajo y se preocupaban por ella, como si fuera la hermana pequeña de todos. Ese era el efecto que había causado esa jovencita española tan seria que se había hecho un hueco desde el primer día entre el personal del hotel.

—Lo siento. No pienses nada. Sal a divertirte con él y olvídale todo, Susana.

Sujetó sus manos y la miró a los ojos, seria, temiendo que sufriera. Suponía que había tenido bastantes problemas en su corta vida.

—Prométeme que te divertirás. Solo déjate llevar. Y ya sabes, di «no» si quieres irte.

Susana respiró más despacio y pensó en lo que ella Julia estaba diciendo. ¿Bastaría eso? ¿Y si no quería irse?

—Lo prometo —dijo. Aunque más bien era una promesa a sí misma.

La promesa de que se daría una oportunidad, y que fuera el destino el que decidiese. Tal vez James la haría llorar después, se largaría y no la volvería a ver. Le daba miedo seguir pensando esa posibilidad, porque dejaba bastante clara una cosa. Y no, todavía no estaba preparada para decir en voz alta lo que sentía.

Conocía el lugar y la gente, y sabía lo que quería hacer.

Además, lo había hecho mil veces. ¿Qué le detenía entonces?

Ella no encajaba en esto. Entonces, ¿por qué la había traído?

James observaba bailar a Susana junto a su hermana Chloe. Solo había tomado una cerveza y se sentía feliz. Era una situación extraña y nueva para él.

—Baker... —Su futuro cuñado estaba a su lado con una copa en la mano.

—Craig.

—No tienes buena cara.

—Gracias, Jack.

Se quedó de pie a su lado mientras él trataba de ignorarlo. Era fácil: toda su atención la captaba Susana, moviéndose con aquella falda corta y riéndose con los comentarios de la pequeña Chloe.

—James, déjame decirte algo. Ve. Baila con ella. Llévala a casa y hazle el amor. Si sigues pensando te va a reventar la cabeza.

—Vete a la mierda, Jack —contestó con brusquedad. No había olvidado las veces que le había insultado, declarando sin problemas que el mundo estaría mucho mejor sin su presencia.

—No estoy tratando de joderte.

—¿Qué es lo que haces entonces? —Se dio la vuelta para mirarlo cara a cara. Estaba tan tenso que cualquier cosa que dijera haría que le diera un puñetazo. Lo deseaba desde hacía mucho tiempo, y lo único que le impedía hacerlo era el profundo amor que su hermana sentía por Jack.

—Esto es la vida, James. Ella es real y está aquí y ahora contigo. Nada que tomes hará que sientas algo mejor. Así que ve y hazle el amor. Te aseguro que va a ser el mejor viaje de tu vida.

No pudo encontrar nada que responder y Jack Craig fue a ocupar su lugar junto a Chloe, cariñoso, besándola mientras bailaban. Mantenían una relación única que él no podía siquiera acertar a comprender. La verdad es que James sentía envidia. Susana estaba divirtiéndose, bailando, riendo, tal como debería hacer a sus veintidós años, y parecía que su hermana la conociera desde hacía siglos. Él la observaba manteniendo la distancia, como un cobarde.

Ella lo buscó con la mirada y, cuando lo encontró, sonrió. Entonces James fue incapaz de negarse, aunque deseaba tanto estar a su lado que no hizo falta que ella insistiera. Todavía estaba sorprendido porque Susana hubiera aceptado salir con ellos y no regresase pronto a casa como siempre. Era divertido bailar, porque para él solo

bailaba ella. Aunque esta vez la gente a su alrededor no fuera borrosa, la sensación era mucho más agradable. Ver a Susana feliz valía cualquier esfuerzo.

Alguien la empujó al pasar y él la sujetó justo cuando iba a caer hacia delante. No hizo falta más que ese contacto para paralizar su mente.

Los ojos de Susana le dijeron que ella había sentido lo mismo y le sujetó por la cintura con firmeza.

Con ella en sus brazos el resto del mundo desapareció por completo. Sin embargo, su cerebro seguía lúcido, concentrado en esos ojos negros, ni siquiera era consciente de la música que sonaba a su alrededor.

Respiraba demasiado deprisa cuando él la acercó más a su cuerpo, y ella vio algo diferente por primera vez en su cara: un destello de deseo puro y ardiente que hizo que sintiera un escalofrío.

Sin soltarla de la cintura la sacó de la zona de baile y la rodeó con los brazos, reclamando sus labios. Susana se lanzó a besarlo con la misma necesidad y se agarró a su espalda para presionarse más a su cuerpo, aunque él no tenía ninguna intención de alejarse. Por primera vez fue más osado y subió su mano deseando tocar su pecho, aunque fuera a través de aquella camisa negra que le había tenido loco con su escote, imaginando cómo desabrocharía cada botón.

El gemido de Susana se perdió en su garganta y sus besos dejaron de ser tan tranquilos como acostumbraban. Los dos se abrasaban en la misma necesidad.

—Vámonos —dijo James con la voz ronca, casi inaudible, con su frente apoyada sobre la de ella.

Salieron sin despedirse y le pareció una eternidad el tiempo que tuvo que esperar para que trajeran su coche. Había sentido una conexión increíble con ella y tenía miedo de que desapareciera en cualquier momento. Durante el trayecto, cada vez que miraba a Susana veía cómo sujetaba su bolso con fuerza sobre su regazo, único gesto con el que solía descubrir su nerviosismo, y aprovechó un semáforo en rojo para acariciar sus dedos.

James sintió que el miedo atenazaba su garganta. Tal vez todo se iría a la mierda por culpa de esa noche y no estaba seguro de poder manejarlo. Tal vez no era el momento adecuado, pero ahora no podía echarse atrás.

Subieron en el ascensor y la mantuvo abrazada a su cuerpo. Susana se acercó, dejando que acariciase su cintura mientras ella besaba su cuello. La otra mano de James bajaba por su espalda, pero no lo suficientemente rápido antes de llegar al apartamento.

Cuando abrió la puerta y la invitó a entrar, James estuvo a punto de tener un ataque de ansiedad. Nunca había hecho esto antes. Había llevado muchas chicas a su casa, pero nunca había sido consciente de ello, ni siquiera recordaba cómo llegaban.

Esta sería la primera vez para él.

Susana entró hasta el salón y caminó obligándose a parecer firme, aunque las rodillas le temblaban y en el ascensor hubiera tenido que sujetarse a la espalda de James para conseguir mantenerse en pie.

Cuando él encendió la luz, recorrió la estancia con la mirada y todavía se sintió más intimidada. Parecía el apartamento de cualquier revista de decoración de lujo. Un gran sofá blanco, una pantalla gigante de televisión, alfombra gris de pelo que parecía

que nunca hubiera sido pisada y algunos cuadros pequeños adornando las paredes. Todo era perfecto.

James caminó hasta quedar tras ella y sus manos se posaron en sus costados, apretando los dedos a ambos lados, mientras besaba su cuello, apartó el pelo para contemplar la piel morena que estaba deseando acariciar.

Continuó justo donde lo había dejado antes en el ascensor. Un pequeño temblor de ella, su piel erizada, y él mordió ligeramente mientras caminaba hacia su dormitorio llevándola consigo. Susana arqueó la espalda ante la sensación de sus dientes, y eso hizo que la curva de su trasero rozase el cuerpo de él, James sintió su sangre encenderse y comenzar a correr, calentando aún más su cuerpo. Subió sus dedos llevándose la camisa a su paso y acarició su estómago al subir, buscando la suave tela que cubría sus pechos.

Desde ese momento se dedicó a arrancar pequeños gemidos a Susana como único objetivo. Cuando la tumbó en la cama ya no llevaba la falda, y la blusa también había desaparecido.

Susana había sido incapaz de continuar pensando cuando las manos de él comenzaron a acariciarla e, indecisa, llevó sus manos a la camisa de James para desabrocharla con dedos algo temblorosos. El cuerpo de él era increíble, con su piel pálida y cada músculo marcado. Susana acarició las líneas de su abdomen mirándolo por primera vez, arrancando también pequeños jadeos a James en su camino descendente. Se detuvo a observar el tatuaje sobre su piel, un pájaro que levantaba sus alas, a punto de comenzar el vuelo, más allá de sus costillas, escondido en el borde su pantalón. Pasó sus dedos por el dibujo, era hermoso.

—No estoy seguro de poder controlarme si haces eso —susurró él sobre sus labios. No podía alejarse de su boca ni un segundo, o tal vez sí, quizá era mejor recorrer la línea de su escote, pasar su lengua por el camino del esternón y perderse en el encaje que protegía su piel.

La necesitaba. No solo era sexo, era ella. Tenerla a su lado, fundirse con su cuerpo.

James se quitó él mismo los pantalones y los dejó caer al suelo. Un momento después el sujetador de ella fue a parar al mismo montón de ropa, dejando más piel libre para sus labios.

Su piel sabía bien. Pasaba su lengua absurdamente despacio bajando hasta su ombligo, y Susana se quemaba envuelta en una nube de jadeos y gemidos.

Volvió una y otra vez a su boca, con besos en que ambos rivalizaban por saborearse.

Susana.

Ella era todo ahora, moviendo con libertad su cuerpo contra el suyo, apareciendo la verdadera mujer que había estado escondida a su vista durante todos esos días. Su boca se volvió ansiosa de la suya y amenazaba con hacerle perder el control por completo, consiguiendo con sus caricias tocarle más profundamente de lo que nadie había hecho hasta ahora.

La mano de ella bajó a su bóxer y él pensó que había elevado con rapidez el listón de sensaciones extremas que había sentido, porque el solo toque de ella le estaba volviendo loco.

Estiró el brazo a la mesita de noche buscando un preservativo y el cajón casi se

cayó al suelo por la fuerza que usó al abrirlo, haciendo que los dos estallaran en risas nerviosas. Él la miró travieso, con esos nuevos ojos suyos que decían que ella era su postre favorito. Susana le empujó con la mano haciendo que su espalda quedara contra la cama y lo que sucedió entonces fue el espectáculo más maravilloso que él podía recordar. Susana sobre su cuerpo, el pelo oscuro moviéndose sobre su piel dorada, sus ojos negros hambrientos, brillantes, más vivos que nunca, los labios entreabiertos cuando ella se balanceaba.

James no podía dejar de mirarla, perdido en esa diosa morena que le estaba poseyendo, y sintió cómo el placer estallaba, recorría su cuerpo como un huracán, barriendo de su mente la cordura; sus talones apoyados en la cama eran lo único que le mantenían amarrado y firme para no salir despedido al espacio, estaba seguro, mientras ella temblaba lanzándose junto a él.

Exhaustos y húmedos de sudor, James atrajo a Susana hasta recostarla sobre su pecho, seguro de que ella podía escuchar los latidos de su corazón que no era capaz de controlar.

Sus respiraciones volvieron a la normalidad y el silencio se posó sobre ellos de nuevo, esta vez era un silencio cálido y cercano. Intentó memorizar este momento, tan simple y sin embargo tan único. Por fin tenía a Susana entre sus brazos, su cuerpo enredado con el suyo, sus pequeños pies atrapados por una de sus piernas.

Susana sintió cómo el pecho de él subía y bajaba al ritmo del suyo, y poco a poco fue consciente de lo que había sucedido. Entonces el pánico recorrió su cuerpo, tan rápido que casi le faltó la respiración de nuevo. Estaba en la cama con James Baker. No solo había ido a su apartamento, no solo había dejado que él la desnudase, sino que ella en algún momento había sucumbido a sus sueños y había decidido entregarse a él, o más bien tomar todo de él. Su mente parecía haberse ido de vacaciones, y ahora llegaba la culpa.

—Tengo que irme.

James sintió la boca seca. Odió esas palabras, pero no dijo nada, paralizado por el terror. Sabía que no podía obligarla a pasar la noche con él, aunque fuera lo que más deseaba en este momento. Sabía también que desde esta noche iba a ser mucho más doloroso separarse de ella. ¿Qué se suponía que debía hacer?

¿Levantarse y vestirse para llevarla a su casa como si nada hubiera pasado? ¿Intentar retenerla junto a él en la cama?

Incapaz de dar el siguiente paso, siguió acariciando su espalda, apartando el cabello negro a su paso, trazando lentos caminos y aprendiendo cada curva de su cuerpo.

Susana levantó su mirada y se encontró con los ojos claros de él. Parecía triste de nuevo.

James la besó, odiando la despedida. Por una vez había creído poder tocar el interior de ella, pero incluso ahora sabía que había partes que le ocultaba. Aunque también él tenía mucho que ocultar.

James quería mucho más de ella. Ahora que había conocido su cuerpo quería más. Lo necesitaba. Quería que ella se mostrase libre en sus brazos, que le dejase arrancar toda esa tristeza de sus ojos. Si le dejaba, él conseguiría que sonriera y olvidase lo que fuera que la mantenía encerrada en aquel caparazón.

Susana no pudo detener aquel beso. James la sujetó sin dejar que se alejase de su boca, y ella volvió a sentir cómo su mente perdía la jugada y ganaba el corazón, ese que le gritaba que esto era correcto, que James Baker era el hombre que deseaba y que no debía dejarlo ir. Por un momento se atrevió a soñar con un futuro con él.

Supo el instante exacto en que ella dejó de pensar y se abandonó a sus besos, y dedicó los minutos siguientes a repasar con sus labios cada centímetro de la piel morena. Sabía que pronto volvería a marcharse y quería recordar lo máximo de ella. Tenía un único objetivo: escuchar sus gemidos de nuevo resonando en su habitación. Quizá de esa forma podría dormir el resto de las noches sin el cuerpo de ella a su lado. Quedaría grabado para siempre en su cabeza. Tan lúcido como estaba, sabía que ese momento sería completa y perfectamente recordado.

Con cada beso de él, Susana se alejaba más y más de sus pensamientos, se entregaba a sus caricias y perdía la respiración antes de estallar en mil pedazos pequeños.

Cuando abrió los ojos, él le dedicaba una mirada llena de orgullo, y ascendió por su cuerpo dejando besos por el camino hasta encontrarse con sus labios de nuevo.

Esta vez fue James quien encontró reposo sobre el cuerpo menudo de ella, escuchando cómo el corazón de la joven que lo volvía loco recuperaba poco a poco a su ritmo normal. Ese era su corazón ahora, lo sentía como si fuera el que le mantenía con vida. Susana le hacía sentir tan vivo como nunca había estado.

Se entretuvo en besar y acariciar perezoso su piel y al final ella se rio cuando le hizo cosquillas. Eso fue otra experiencia arrolladora; la risa de Susana por primera vez, fresca y sincera, le sorprendió.

Nunca hasta esa noche había sabido que se podría sentir de esa forma. Habría pagado por ello hace años. Habría viajado y conocido a Susana. Habría caído adicto a su piel, a sus labios y a su olor.

Un ligero dolor se abrió en su corazón. Sus adiciones siempre le habían traído dolor. Irremediablemente, Susana le haría sufrir. Pero como tantas otras veces, estaba dispuesto por el placer que le era prometido. Entregaría su alma si con eso conseguía que ella no se marchara jamás.

El teléfono sonó a las quince horas, la segunda llamada habitual un fin de semana, y James se detuvo frente a él. Estaba a punto de saltar el contestador automático, lo sabía, y su madre dejaría un mensaje contando las novedades de la semana.

Sujetó el aparato con su mano, los nudillos blancos por la fuerza que usaba, y contestó.

—Hola mamá.

No hubo respuesta. La línea se quedó en silencio y James tragó saliva, intentando pasar el nudo que había en su garganta.

Al otro lado de la línea, el llanto de su madre se escuchó con claridad y le hizo sentir hundido. Se dejó caer al suelo sin soltar el aparato, apoyado en la pared como si eso fuera a evitar que se precipitase al vacío

—Lo siento —dijo, casi sin voz.

—James... no... Hacía tanto que no te escuchaba. —La voz suave de su madre le llegó y él cerró los ojos con fuerza. Dolía. El pecho le dolía como si estuvieran arrancándole el corazón.

Ella controló su llanto y él no dijo nada más durante unos minutos.

—¿Cómo estás, hijo?

—Bien. Estoy bien, mamá—contestó. No era capaz de decir nada más. El aliento le faltaba y las lágrimas habían empezado a correr por su rostro.

—No puedo mamá... lo siento. —Y colgó.

Los sollozos rompieron en su pecho, que parecía que iba a estallar sin oxígeno, cuando el teléfono sonó de nuevo. Pero no descolgó otra vez. Escuchó el mensaje de su madre diciéndole cuánto le quería y lo mucho que le echaba de menos. James habría dado lo que fuera por estar con ella, por arrodillarse y pedirle perdón, por suplicarle que no llorara, que no estuviera triste.

En su lugar se tapó la cara con las manos y sintió cómo se rompía por dentro. Hacía mucho tiempo que se sentía desconectado, extraño, como si no perteneciera a nada ni a nadie. Pero ahora estaba roto. Sabía que había muchas cosas que no funcionaban en él, y, aun así, ella siempre le había querido.

A cambio, James solo le había dado tristeza. Recordó cómo lloraba su madre cuando ya de pequeño él se empeñaba en retar a cualquier amigo en la calle y regresaba golpeado y con la nariz ensangrentada.

Dio un puñetazo en el suelo, odiándose a sí mismo, y luego otro, y otro y otro.

Hacía cinco años que no había regresado por la casa de sus padres. Tampoco había

vuelto a verlos.

Era mejor que se mantuviera alejado. Su madre ya había sufrido demasiado por su culpa.

Ella solía discutir con su padre cuando él se desesperaba intentando convencerla de que había que terminar con aquello, que no podía seguir ignorando lo que sucedía con James, que debía sentar la cabeza de una vez por todas. Pero su madre siempre lo defendía, insistiendo en que solo era una fase de su juventud.

Una mañana, cuando regresó a casa después de una noche de fiesta, su padre estaba esperándolo en el salón. Le detuvo antes de que le diera tiempo a subir las escaleras. No podía recordar la conversación. Solo recordaba que nunca había escuchado gritar a su padre, a Richard Baker, hasta ese momento. Su madre apareció en el piso superior y, por primera vez, James vio que le miraba de verdad, triste por el hijo que tenía ante ella. Su padre subió tras él y le sujetó del brazo para detenerlo, pero él se zafó de su brazo renegando de su sangre, de su propio padre, dejando que el odio contenido hablase por él, y ambos forcejearon. Cuando James intentó dar un puñetazo a su padre, perdió el equilibrio y cayó por la escalera.

Despertó en el hospital con una escayola en la pierna, por lo visto había sido una rotura limpia y no tendría complicaciones. Le llevaron de vuelta a casa de sus padres y tuvo que estar encerrado un mes. No volvió a ver a su padre. Su madre y sus hermanos le visitaban en su habitación e intentaban hacer lo posible para que estuviera entretenido.

A veces sentía dolor en la pierna, pero lo peor era que no podía dormir más de dos horas. Nadie pareció enterarse de que tomaba demasiadas pastillas para el dolor.

Intentaban no hablar de lo que había sucedido y nadie nombraba a su padre, hasta que un día Chloe apareció en su habitación con los ojos hinchados del llanto. Su pequeña hermana, tan rubia y preciosa, no volvió a ser la niña inocente que él había protegido cuando eran niños, desde entonces. Con una frialdad en los ojos que nunca pensó que tuviera, le miró, escupiendo cada palabra que pronunciaba: por su culpa, su padre había abandonado la casa después de una discusión.

Decir que él se sintió basura era demasiado ligero para los sentimientos que guardaba para sí mismo, aunque su hermano mayor fue a verle esa noche y le informó de que su padre había regresado a casa. Al parecer había sido incapaz de abandonar a su madre y había aceptado que ambos dormirían en cuartos separados desde ese momento.

Durante el tiempo que permaneció en cama no pudo olvidar la mirada de su madre, su dolor, tampoco el enfado y la decepción que había en los ojos de su padre. No podía vivir con ellos sabiendo lo que pensaban de él. No sería capaz de seguir viendo cómo su madre agachaba su rostro para evitar enfrentarse con él o cómo conversaba sobre banalidades para ignorar la realidad. Y la realidad era que les hacía daño. Ya no había lugar en aquella casa para él.

En cuanto el médico le dio permiso para andar y comenzar la rehabilitación, hizo unas llamadas y consiguió un lugar donde quedarse a vivir.

Su hermano no le detuvo cuando le encontró saliendo de casa con una maleta. Le ayudó a meter el equipaje en el coche y le dio un abrazo.

Dos años después, fue la cara de Richard, desesperada, y su rostro lleno de

lágrimas el que encontró cuando consiguió abrir los ojos mientras un médico le ponía oxígeno antes de meterlo en una ambulancia.

Llegó a un acuerdo con él. Dejaría las fiestas solo para el fin de semana. En realidad, a Richard no le convenció el trato, pero era el único que su hermano pequeño estaba dispuesto a ofrecer. Por suerte tenía un buen trabajo, gracias a que los años en la universidad le habían servido para licenciarse en económicas durante el tiempo que estaba sobrio. Sabía que su padre era amigo de su jefe, pero tuvo el buen criterio de no inmiscuirse en sus problemas familiares.

Desde ese momento, James desdobló su vida. Se desdobló a sí mismo. Dos personas diferentes. Pero ambas en ningún sitio. Perdido en un limbo en donde no era capaz de encontrar la salida.

Habría querido pasar los días de otra forma, pero sus hermanos le vigilaban incansables. Así que, James Baker esperaba cada viernes para apagar el interruptor de su cerebro hasta el domingo. Hacía lo necesario para conseguir separar su cuerpo de su mente, quería disfrutar, sentir lo máximo, y esta era la única forma que había encontrado de hacerlo, de que sus terminaciones nerviosas le hicieran sentir vivo y su cerebro dejara de trabajar, olvidando todos los pensamientos amargos.

Hasta que llegó Susana.

Ella había conseguido conectarlo con el mundo, le había mostrado el rincón que tenía reservado para él, aquel en el que podía mostrar la parte de él que eligiera. Y era ahí, precisamente, donde James había decidido mostrar la mejor versión de sí mismo.

Nunca se había encontrado tan confundido, tenía miedo de cometer cualquier error y ser expulsado de ese espacio maravilloso que brotaba alrededor de Susana.

El timbre de la puerta sonó y alguien abrió desde fuera, sin esperar a que James contestara. Se levantó del suelo, donde había terminado sentado junto al teléfono cuando escuchó la voz de su hermano Richard llamando a gritos.

Cuando le vio de pie, frente a él, dejó de gritar y con paso decidido caminó a su lado y lo rodeó con los brazos en un verdadero y asfixiante abrazo.

—Eres un imbécil. ¿Lo sabes?

James no entendía qué había pasado. Entonces, en un segundo de lucidez mental, la realidad vino hacia él: su madre había llamado a Richard, probablemente muy asustada, cuando él había cortado la comunicación.

—Lo siento, Richard.

—Ya, bueno. ¿Tomamos una cerveza? Imagino que te da igual que aún no sea la hora del té. ¿Cuántas llevas ya? —Su hermano sacudió los brazos como si de aquella forma se deshiciera de los malos pensamientos y continuó soltando un montón de frases inconexas cargadas de reproches, hasta que regresó con unas cervezas, dejando caer en el sofá sus casi dos metros de altura.

Richard Baker tercero era el mayor y más fuerte de los tres. Orgulloso de su apellido, protector con sus hermanos y sus padres, no permitía que delante de él nadie dijese una palabra acerca de la reputación de su hermano pequeño. Para él, James era intocable, y todos lo sabían, aunque cuando estaban a solas no tenía ningún problema en sacudir a su hermano tan fuerte como hiciera falta. Por suerte, desde que habían crecido ya no le zurraba; James todavía recordaba que cada puñetazo de Richard valía por dos de los suyos.

—No pensé que iba a llamarte.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su hermano. Todavía estaba tratando de sacarse el susto de encima.

—Tuve que colgar, Richard.

—¿Por qué?

La mirada franca y directa de Richard no era nada tranquilizadora. Tenían una forma de ver el mundo muy diferente. Las cosas eran sencillas para él, trabajaba duro, luchaba y conseguía lo que quería. Seguía adelante sin detenerse, inmune al desaliento. Todo un Baker.

—No me encontraba bien.

—¿Por qué hablaste con ella esta vez?

Su hermano pequeño no contestó. No sabía qué decir. Quedaría como un imbécil sentimental si confesaba lo que había pasado. Claro que estaba seguro de que Richard ya había confirmado que era un imbécil hacía mucho tiempo.

Entonces Richard soltó una sonora carcajada y le dio un golpe en el hombro.

—¡Joder! Chloe tenía razón. ¡Estás enamorado!

James dio un trago a la cerveza y maldijo a su hermana pequeña mentalmente. No había pensado que ella iría contando por ahí su vida sentimental. Esto demostraba que últimamente no pensaba con claridad, desde luego, porque era obvio que Chloe iba a correr a contar cada detalle a su familia, feliz de por fin tener algo bueno que decir sobre él.

—¿Te has acostado ya con ella?

—Richard, no...

—Vamos, James, me debes algo, tío. He venido conduciendo como un loco pensando que te iba a encontrar... Ya sabes... creo que tendré que pagar varias multas por tu culpa. Suelta algo que haga que merezca la pena que pierda ese dinero.

James se aclaró la garganta. En el fondo estaba deseando compartir aquello con Richard, poder volver a bromear con su hermano como hacían de pequeños. Echaba de menos tratarle como a un igual y no como a un celoso cuidador.

—Sí —aceptó, y supuso que a este paso sus hermanos se reirían de él durante toda su vida.

—¿Y? ¿Te gustó? ¿Fue divertido? ¿Es una diosa en la cama?

—Fue un viaje increíble, Richard.

Zanjó la cuestión con una amplia sonrisa que no dejaba lugar a dudas sobre sus sentimientos. No pensaba entrar en detalles, ni siquiera con su hermano.

—Vaya, estás enamorado, es verdad —dijo Richard sorprendido.

James no replicó, su hermano había acertado de lleno y era inútil negarlo.

—¿Eso es todo? ¿Hay algo más?

—No hay nada más, es así de simple. Y es una mierda.

—Sí, una gran mierda. Sabes que mamá ya lo sabrá, Chloe suele hablar con ella casi a diario.

La cerveza comenzó a parecer demasiado suave para James, que necesitaba algo mucho más fuerte si quería seguir con esa conversación.

—Querrá conocerla.

La sien le empezaba a latir. Esto era, sin duda, el precio que tenía que pagar por

Susana. Y sabía que era solo el comienzo.

—Así que, el próximo fin de semana podíamos quedar todos a comer.

No se molestó en preguntar, lo expuso con aquella claridad con la que solía expresarse, sin dejar lugar a que James opinara. Para Richard era un hecho consumado, puesto que lo había dicho en voz alta, y su hermano pequeño no podía pensar con claridad por culpa de la rapidez con la que estaban sucediéndose los acontecimientos.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste de fiesta? —le preguntó, cambiando a otro tema de conversación todavía más doloroso para James.

—No lo sé —mintió, porque recordaba a la perfección sus últimos viajes y paseos haciendo equilibrios entre la realidad y la mentira, sumergido en aquel mundo nebuloso, falso y brillante, que le hacía soportar el resto de su vida. Luego había llegado el asco, la necesidad de escapar al ver su imagen reflejada en aquel espejo sucio, para terminar en casa tumbado hasta que Jack Craig lo había despertado a tortazos.

¿Cuánto hacía de aquello? ¿Un mes? ¿Un siglo?

—Necesito tiempo, Richard.

—¿Cuánto?

—Richard, no empujes más.

Su tono de voz seco debió de parecer suficiente explicación a su hermano mayor, porque dejó de presionarlo, al menos en ese tema.

Su relación siempre había sido intensa. Richard y él eran opuestos tanto en la manera de enfocar el mundo como en la forma de vivir sus vidas; sin embargo, habían convivido desde pequeños y llegaron a respetarse y quererse. Richard, positivo y optimista, un luchador nato, parecía estar en el otro extremo de su hermano menor. Nunca se habían peleado de verdad, aunque hubieran solucionado con los puños muchas veces sus diferencias, o ya como adultos mantuvieran una prudente distancia cuando era necesario. Richard siempre había sabido que era inútil presionar a James, que solo conseguiría alejarlo más, así que esperaba a que él mismo decidiera cuál era el momento oportuno para dar el siguiente paso y entrar en la edad adulta de una vez por todas. Por desgracia, James no había pedido su ayuda demasiadas veces, y Richard se había convertido en otro espectador de su hundimiento.

—¿Está bien mamá?

Era la primera vez en esos años que James le preguntaba por ella. Tampoco habían vuelto a hablar de su padre: aunque al principio él había intentado hacerle entrar en razón, James se había enrocado en un silencio terco y, poco a poco, Richard había dejado de intentarlo.

—Bien. Pero eso deberías preguntárselo a ella.

En aquel momento, James vio a su hermano distinto. La complicidad de hacía un momento se había esfumado, dando paso a una expresión dura, firme, idéntica a la de su padre.

—¿Quieres saber también de papá?

Sus palabras tenían ahora otra intención, y James lo sabía. Se preparó para recibir los golpes que su hermano estaba deseando darle, aunque fueran solo verbales. Había abierto la caja de los truenos y no iba a poder volver a cerrarla.

—No me llamó mamá. Papá la encontró llorando en el salón, ni siquiera era capaz de hablar. No quiso decirle nada, pero él sabía que era por tu culpa, la escuchó llamándote. Así que, me avisó para que viniera, preocupado porque hubieras hecho alguna tontería. Le dije que no se preocupara por ti, que últimamente estabas controlado, pero que vendría a verte. Tengo que llamarle en quince minutos. Exageré el tiempo que tardaría en llegar aquí por si te encontraba jodido y tenía que buscar alguna explicación.

El impacto de esta información lo dejó helado y esperó a que su hermano continuase. No había pensado que su madre se asustaría; tal vez se pondría triste o incluso lloraría. Pero ¿asustarla? Jamás. ¿Pensaban que estaba tan loco que habían corrido para comprobar que seguía vivo?

—Deberías llamar tú, James —le aconsejó, acercándole su propio teléfono móvil. Pero allí estaba él, incapaz de moverse.

—No es el momento.

—Eres un cobarde. No tienes el valor suficiente para ir allí y enfrentarte a ellos.

—Richard... —James se levantó, incapaz de permanecer allí sentado, quieto, con todo aquello dentro de su cabeza. No, él no era valiente, nunca lo había sido. Temerario y audaz, sí, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Ahora simplemente se sentía atrapado.

Escuchó cómo se cerraba la puerta de la casa con un golpe cuando Richard se fue.

Era un cobarde, pero solo él sabía lo largas que eran las noches de insomnio y cuántas horas pasaba recordando a su madre: sus ojos con el rastro del llanto, las comidas en silencio después de otra de sus fechorías, la mirada decepcionada de su padre. Había querido golpearle ese día culpándole de todo, incapaz de aceptar que él era el único responsable del camino de su vida.

Cuando Chloe llamó a media tarde, James sabía que su hermana estaba al tanto de lo que había sucedido, pero agradeció poder hablar con alguien, y como si ella supiera que era la mejor forma de ayudar, conversaron sobre Susana.

Ese fue un nuevo descubrimiento para James. Susana le relajaba, era capaz de devolverle el precario equilibrio que tantas veces añoraba, y hacía que sonriera solo con pensar en ella.

Necesitaba hablar con Susana.

Se duchó y descubrió en el espejo del baño un rostro cansado, surcado por las ojeras. ¿Se habría dado ella cuenta de lo cansado que parecía?

Deseaba estar a su lado, así que condujo hasta el hotel, con la necesidad y la culpabilidad quemándole, y fue justo en ese momento cuando en el coche sonaron los acordes de una canción y él pensó que, por primera vez en su vida, sabía exactamente lo que necesitaba; y no, no tenía nada que ver con lo que había creído necesitar hasta ese momento, como decía la canción de Chris Martin.

Entró en la recepción del hotel y la buscó con la mirada, sonriendo satisfecho cuando vio que los únicos clientes que merodeaban por allí se marchaban. Se acercó a ella.

Susana le miró interrogante. Nunca había ido a buscarla, y todavía le quedaban unas horas de trabajo. Había una sonrisa extraña y unas ojeras algo más oscuras en su cara. Tenía en la cara la misma expresión de la otra noche, y ella se inclinó hacia su

lado cuando él le hizo una seña para poder hablar más cerca.

—Quiero hacerte el amor. Ahora. —James se acercó a su oído y las palabras salieron de sus labios sin control. Sabía que no debía pronunciarlas, pero era incapaz de contenerlas. Por fin tuvo la suficiente fuerza de voluntad para susurrarlas.

Susana abrió la boca y miró a su compañera Julia, que sin duda había escuchado a James por cómo sonreía con discreción mientras extendía una tarjeta de una habitación. Iba a decir algo cuando descubrió que Julia le guiñaba un ojo con complicidad, y Susana salió de la recepción con las mejillas más encendidas que en toda su vida.

Mientras se alejaban de la recepción, Susana no sabía si abofetear a James o gritarle por la comprometida situación en que la había colocado, aunque una parte de ella no estaba enfadada. En ninguno de sus sueños había imaginado que James aparecería por allí, como si fuera el protagonista de una novela, para exigirle en aquel momento del domingo que fuera con él a la cama.

Pero eso había hecho ella, había aceptado, y se encontraba caminando a su lado. James le sonreía, con un brillo travieso y sexi en sus ojos claros. Estaba tan diferente en vaqueros y camiseta... Susana se dirigió hacia los ascensores, donde entraron juntos, pero prudentemente alejados. Se debatía en un torbellino de pensamientos, desesperada por tomar una decisión. ¿Iba a arriesgar su trabajo? ¿Por qué no había abofeteado a James? ¿De verdad estaba a punto de usar una habitación del hotel?

Le miró con un destello de enfado y él sonrió de nuevo con picardía. Mantuvo unos pasos de distancia, le podía sentir a su espalda, avanzaron por el pasillo hasta que ella se detuvo y abrió la puerta con la tarjeta magnética. Entonces todo sucedió muy rápido. James la empujó con su cuerpo dentro de la habitación y sujetó su rostro con sus manos para besarla, su lengua irrumpió en su boca y ella perdió el último rastro de responsabilidad que le quedaba.

Las manos ansiosas de él sacaron su camisa de la falda y se la quitó por la cabeza sin esperar a desabotonarla. Un segundo después, cubría sus pechos con las manos y su boca bajaba por su cuello hasta llegar al pequeño hueco entre sus clavículas.

En la oscuridad de la habitación, Susana solo era consciente de él, de sus manos fuertes sujetándola, arrancándole gemidos mientras la desnudaba con dedos ávidos e impacientes. La ropa terminó en una montaña en el suelo. Cuando la besaba conseguía que ella se olvidara del pasado y del futuro, y se entregaba a vivir con él aquel presente lleno de necesitadas caricias.

«No te haré daño». Susana recordó esas palabras y se aferró a ellas. Quería creerlas. Él no dejaba de tocar cualquier parte de su piel, pasando de sus pechos en una vorágine descendente que le arrancaba ligeros jadeos. Su respiración se hizo rápida, difícil, mientras apretaba sus dedos en el cabello de él deshaciéndose en sus manos. James era un amante increíble, tan suave como decidido, sabía cómo encenderla para que ella se perdiera en sus brazos y deseara más caricias. Jugaba con su cuerpo y la hacía arder lentamente hasta que él mismo se prendía de su fuego. La besó, acallando sus quejas, y cuando ella todavía estaba temblorosa, la llevó en brazos hasta la cama, quitándose él mismo la ropa con rapidez.

La oscuridad de la habitación se llenó de jadeos, de palabras entrecortadas, del

sonido de sus cuerpos buscándose, y cuando llegó el silencio, él rodó con ella abrazada contra su pecho y cerró los ojos, el corazón estaba a punto de salirse de su pecho. Nunca había sentido esa conexión antes, y le asustaba terriblemente, pero ya no podía pensar en alejarse de Susana nunca. Ni siquiera quería pensar en las noches que no podía tenerla a su lado, ver sus ojos brillantes y sus labios entreabiertos cuando se abandonaba por un segundo, dejándose caer junto a él, arrastrándole sin que pudiera ni quisiera hacer otra cosa más que regresar a su cuerpo una y otra vez.

—No quiero perderte, Susana. —Casi fue un susurro, pero ella lo pudo escuchar entre sus respiraciones, que volvían a la normalidad, recuperando el aliento—. Duele dejarte, no quiero que te marches otra vez.

No fue capaz de contestar. Acababa de volar tan lejos a su lado que su cuerpo todavía no quería separarse del de James. Sus puños se habían cerrado en la colcha mientras él la amaba mucho más fuerte, más poderoso, hasta que ella había creído que el oxígeno abandonaba la habitación.

—No podía dejar de pensar en ti —continuó hablando, como si necesitara explicarse, aunque ella continuaba en silencio—. Toda la noche pensando en ti, y toda la mañana. Quería estar contigo. —Cada vez sus palabras sonaban más bajas, y sus manos volvían a acariciarla como si quisieran demostrarle lo que decía—. Susana... necesito... —La sujetó para levantarla sobre él y poder llegar a su boca, unió sus labios, lamiéndolos y mordiéndolos hasta que ella volvió a estar sin aliento—. Tú...

Un gemido ronco salió de su pecho cuando ella comenzó a acariciarlo bajando por su abdomen, deteniéndose en su tatuaje, y se quedó quieto disfrutando de las suaves manos de Susana.

Ella no podía creer lo que había escuchado, ni tampoco la experiencia que acababa de vivir.

Demasiado intenso, dulce y maravilloso, James.

Lo que acababa de suceder era increíble, una locura, y Susana se sintió todavía más culpable al darse cuenta de cuánto había tomado de él sin darle nada a cambio. O tal vez sí, porque en su interior sabía que, aunque intentase no decirlo, le había dado su corazón. Sintió unas terribles ganas de llorar y se detuvo allí, con la palma de la mano posada sobre aquel dibujo que decoraba su piel. Le gustaría saber qué significaba ese tatuaje, pero no debía continuar. Había entregado su corazón a quien nunca podría aceptarlo: él se iría y ella volvería a quedarse sola. Pero ya era tarde, no podía hacer nada. Subió su mano hasta su pecho y sintió el corazón de James latir bajo su palma, él puso su mano sobre la de ella, entrelazando sus dedos, mirándola de nuevo. Aun en la oscuridad de la habitación podía ver sus ojos claros, ahora tranquilos.

—Quiero que vengas a vivir conmigo, Susana.

Susana sintió que su corazón se detenía.

—Sé que vas a decir que no, es demasiado pronto. Pero necesito decírtelo.

Él la abrazó con fuerza mientras ella escondía el rostro en su pecho. Tenía que terminar con aquello de una vez, pero no conseguía encontrar las palabras.

Levantando su rostro, James vio las lágrimas que habían escapado de sus ojos negros y una nube de tristeza oscureció el azul de los suyos.

—Lo siento. —No dijo nada más, pero su rostro reflejó el dolor que las lágrimas de Susana le producían.

Consiguiendo reunir valor, se separó de él. Iba a ser difícil, pero tenía que hacerlo.

—Vete, James. Por favor.

La confusión llenó la mirada de él, parpadeó varias veces, como si no entendiera sus palabras.

—Susana... —comenzó, pero ella no le dejó continuar.

—Márchate. Ahora.

James no la había soltado. Aunque ella se había alejado de su cuerpo, continuaba sujetando su mano. Estaba tranquilo, y Susana se dio cuenta de que casi se podía escuchar su cerebro funcionando. Entonces un nuevo brillo apareció en los ojos del hombre al que ahora sabía que amaba. En parte era enfado, en parte ira, pero sobre todo había una resolución y una firmeza que le decían que no iba a soltarla.

—No voy a irme a ningún sitio. Puedes echarme, pero no me iré. Incluso puedes ignorar mis llamadas otra vez, pero no me iré. Me gusta tu silencio, Susana, quiero formar parte de él, y quiero volver a verte una y otra vez. Haré cualquier cosa que quieras. Deja que esté a tu lado.

Se sentó en la cama, junto a ella, y la miró firme y decidido, consiguiendo que ella se sintiera un poco cohibida.

—No, Susana. No sé de qué te escondes o de qué tienes miedo, pero no voy a dejar que vuelvas a escapar.

Contrariado por su silencio, se levantó y recogió la ropa de Susana, la colocó en la cama, y con los mismos movimientos controlados y tranquilos, recogió sus pantalones para vestirse sin volver a decir una palabra. Había zanjado el asunto y no tenía ninguna intención de enzarzarse en una discusión con ella; no cuando lo que deseaba era abrazarla y besarla durante horas. Susana estuvo a punto de gritar al verlo tan tranquilo. ¿Cómo podía no enfadarse, no lanzarle los zapatos después de que ella le echara de esa forma? Pero James la ayudó a abotonar su camisa y pasó los dedos suaves por la línea de su mandíbula, besando sus labios otra vez. Y el corazón de Susana gritó desesperado.

No se separó de su lado hasta dejarla en la recepción, con una mirada amable pero todavía cargada de enfado.

—Vendré a recogerte por la noche. —Y se dio la vuelta sin esperar una contestación.

Por primera vez en mucho tiempo Susana se había sentido viva. Había sido doloroso echarlo cuando lo que más deseaba era sentir su piel y sus besos. James había roto sus reservas, había irrumpido en su vida con esa forma silenciosa de caminar a su lado, con sus mil llamadas, con su tenacidad, pero, sobre todo, con esa mirada que la envolvía cuando estaban juntos.

Él la necesitaba, la amaba, y ella no podía hacer otra cosa que seguir a su lado.

Se sintió más culpable que nunca por todo lo que le ocultaba, temiendo el momento en que él descubriera su verdadera vida.

Había regresado a ella una y otra vez. ¿Desaparecía sin dejar rastro?

Unas horas más tarde le encontró esperando en la puerta de empleados del hotel. La besó en cuanto estuvo a su lado y la rodeó con su brazo antes de comenzar a

pasear. Susana sintió la culpa quemándola por dentro, debatiéndose entre la realidad y el sueño de una vida a su lado.

¿Y si hubiera una oportunidad? No dejaba de repetirse aquello, porque ahora no quería alejarse de él.

—A sí que quieres coger un mes de vacaciones. Justo ahora —Julia miró el cuadrante de los días laborables de los compañeros del hotel.

—Sí —afirmó Susana con firmeza.

—¿Qué ha pasado? Creía que estudiar era tu prioridad.

Susana no dijo nada. No había hablado con sus compañeros sobre su familia. Era un tema que prefería mantener en privado.

—No tendrá esto nada que ver con James ¿verdad? ¿Ha pasado algo? —preguntó Fabio. No podía evitar estar preocupado por Susana, sabía muy poco de James.

—No. Él no tiene nada que ver en esto —le tranquilizó Susana.

—¿Seguro?

—Seguro.

Julia la observó desconfiada, quería estar segura de que Susana no estaba escapando. Conocía la fama de James de juerguista, aunque no había escuchado jamás que tratase mal a ninguna mujer, tal vez había pasado algo. Por supuesto, no había contado nada a Fabio, él era demasiado sobreprotector a veces.

Susana suspiró. No tenía más remedio que confiar en ellos.

—Quiere que vivamos juntos. Eso me ha dicho. Y también que esperará y que estará a mi lado el tiempo que haga falta.

—¿Y tú qué has contestado? —preguntó Julia. Chloe siempre había asegurado que James, pese a sus locuras de juventud, sería una pareja perfecta en cuanto encontrara a la mujer adecuada, y Susana había conseguido conquistarlo.

—Le dije que no quería verlo más, que me dejara.

—¿Eso dijiste? ¿Has roto con él? —Fabio abrió los ojos sorprendido. No tenía ni idea de que habían peleado.

—No. Él se quedó tan tranquilo, dijo que iba a estar a mi lado, y ha continuado como si nada.

—Oh, por favor, de verdad es todo un británico. Yo hubiera gritado y golpeado mi pecho, quizá hasta roto algún objeto. Pero él es tan... tan...

—¿Frío? —añadió Julia un poco enfadada. Sí, era cierto que los británicos tenían fama de carácter flemático y distante, pero eso era solo un cliché absurdo del pasado.

—Me ha llamado mi madre. Por lo visto mi padre está enfermo. No me habían dicho nada porque no querían preocuparme. Ha tenido algunos problemas, me ha asegurado que no es nada grave y solo le han tenido que poner unos *stents* en las arterias, dice que es algo muy común y que no va a pasar nada.

—Oh, Susana, lo siento. Claro que puedes irte, yo misma hablaré con el director.

Pensaba que era por alguna otra razón.

—Pues no es por James. Os lo prometo. No me gusta hablar de mi familia, ya lo sabéis.

—Todos lo sabemos. No trataba de presionarte —se disculpó Julia.

—Mi madre dice que no va a pasar nada, pero yo... soy idiota, lo sé, pero me siento culpable.

—¿Culpable?

—Sí.

—Pero tú no eres culpable de nada —repuso Fabio.

Todos tenían muy claro que ella no era culpable de nada, y estaban más que encantados de tenerla de compañera en el trabajo. Había demostrado su tesón y su fuerza. Ahora tenía derecho a disfrutar, y James era el único que conseguía hacerla brillar como una diosa, como decía su amigo entre risas.

Susana no añadió nada más. Su situación con sus padres era complicada. Prefería guardar todo aquello para sí misma y Fabio se dio cuenta de que no iba a cambiar de opinión.

—¿Vamos a casa?

—Sí. Vamos a casa.

Salieron al frío de la calle y ella caminó del brazo de su amigo hacia el metro.

Cuando llegaron a casa, María estaba todavía, así que pasó lo que quedaba de tarde jugando con ella hasta que llegó la hora de dormir. Cuando por fin pudo sentarse a descansar, su amigo se presentó con un refresco y un bol lleno de patatas fritas.

—Ahora podemos hablar.

—Estoy tan cansada que no puedo ni pensar, Fabio, por favor.

—¿Ya has comprado los billetes?

—No, quería tener primero la confirmación de Julia.

Fabio la atrajo contra su pecho, pasó su brazo sobre su hombro y la acarició el cabello.

—¿Has hablado con James?

—Esta mañana. Sabes que hablamos por las mañanas y por las noches.

—Sí. Lo sé. Y tú sabes que te estoy preguntado otra cosa.

Susana resopló y se separó de él.

—No seas pesado.

—No soy pesado. Es que todavía no entiendo qué estás haciendo.

—Te lo he tratado de explicar. Hablé ayer con mi madre, me dijo que mi padre está mal, quiero ir a verlos.

—Ya. Un mes.

—Sí. Un mes. Son mis padres, Fabio.

—Lo sé. Entiendo eso. Pero me parece muy extraño que sea justo ahora cuando te has atrevido a contarles que has conocido a un hombre.

Ella no dijo nada. Fabio tenía la absurda idea de que sus padres trataban de manipularla de nuevo. Según él, no querían que tuviera ninguna relación en Londres, porque eso haría que ella se quedase de forma definitiva en la ciudad.

—De verdad, Fabio. No quiero discutir contigo también.

—¿También?

—Bueno, creo que a James no le va a hacer mucha ilusión que me vaya.

—Y no me extraña. Parece que echas a correr. Y justo ahora que él se ha declarado.

—No se ha declarado.

—¿Cómo lo llamas tú entonces? Te ha dicho que está enamorado y quiere vivir contigo.

Susana cerró los ojos un minuto. No había día que no pensara en aquel momento, que no recordara sus ojos azules mirándola intensamente.

—Susana, dime que no estás escapando de él.

—No lo hago. Te lo prometo.

—Me estás mintiendo —aseguró el italiano. Estaba seguro de que Susana estaba muerta de miedo con la nueva situación con James.

—Todo esto va demasiado deprisa. Pero te prometo que mi padre me necesita.

—Vale, pero por favor, no tomes ninguna decisión de forma apresurada. Piensa primero. Y si me necesitas, sabes dónde estoy.

—¿Vendrás a rescatarme? —bromeó ella.

—No lo dudes. Iré a buscarte y traerte de vuelta a Londres.

—Tú lo que quieres es ir a la playa.

—Mmm, la playa.

Fabio volvió a abrazarla contra su cuerpo y ella se dejó mimar por su amigo.

—¿Cuándo se lo contarás a James?

—No quiero decírselo por teléfono. En cuanto nos veamos se lo diré.

—Suerte.

—Gracias, Fabio.

En el fondo, Susana estaba aterrada. No solo por la reacción de James. Se encontraba dentro de un torbellino de emociones y sentimientos. Parecía que alguien había pisado el acelerador de su vida y ella necesitaba pensar, detenerse un poco, tomar las decisiones con calma. Sentía algo por James, pero también creía que alejarse un poco sería bueno para los dos. Ahora vería si los sentimientos que él tenía eran de verdad o unas horas de avión los separarían para siempre.

James Baker descubrió que cada noche era más fácil, porque cuando no podía dormir era ella la que ocupaba sus horas de desvelo; o, mejor dicho, el recuerdo de los momentos que pasaban juntos. Por supuesto no había aceptado la proposición de vivir con él, e intentaba verla siempre que sus horarios lo permitían. Salían a compartir el almuerzo, a cenar y solían pasear por la ciudad. Encontró que con ella a su lado su mente parecía más relajada y le resultaba más fácil incluso concentrarse en su trabajo. ¿Era eso lo que significaba estar enamorado?

Aún seguía sin dormir demasiado y, tras un fin de semana más, el lunes se presentó como un día duro, frío y áspero.

Almorzó solo en su despacho, y llamó a Susana por teléfono para saber la hora a que salía ese día, aunque ella, como siempre, seguía poniéndoselo difícil, intentando que él abandonara su fijación de verla a diario.

Pero James Baker no perdía, se repetía a sí mismo. Había dicho claramente lo que sentía y lo que quería, y ella no se había negado, así que continuaba con su plan. O más bien con su guerra particular para conquistarla, esperando que aquello fuera más fácil que la campaña rusa.

Ese día, sin saber muy bien cómo, encontró en su teléfono el contacto de la oficina de su padre, y lo miró durante unos segundos. Sin llegar a pulsar sobre la pantalla, cogió su chaqueta y salió de la oficina. Condujo hasta el edificio donde se encontraba el despacho de su padre y aparcó en el subterráneo. El camino en el ascensor no fue fácil, pero se armó de valor cuando se dirigió hasta quien suponía que era la secretaria de Richard Baker, y se identificó como James Baker. No hizo falta más para que la puerta del despacho se abriera después de unos segundos y su padre apareciera frente a él. El rostro de Richard Baker era serio, frío e inexpresivo. Compartía gran parecido con su hijo, aunque sus ojos azules estaban bordeados de arrugas y las canas se mezclaban con el color claro de su cabello. Extendió su mano en forma de saludo y cerró la puerta cuando ambos entraron, todo ello sin pronunciar una sola palabra.

James permaneció de pie al otro lado del escritorio, donde su padre había tomado asiento. Era tal y como lo recordaba, al mando de la situación, sin un titubeo ni una duda en sus ojos que mantenían una mirada firme.

—Lo haré por ella —comenzó Mr. Baker—. Puedes ir cuando quieras a casa. Me mantendré al margen.

James asintió, no sabía exactamente qué sentía en aquel momento. Tenía la boca seca y las manos heladas, como si estuviera a punto de vomitar. No se había

preparado suficiente para este encuentro y ahora se daba cuenta de que su padre era un contrincante mucho más duro de lo que había imaginado. El único rasgo que le indicaba que había pasado el tiempo por él eran las canas que clareaban sus sienes. No había ni un ápice de debilidad en sus ojos.

Volvió a hablar al no recibir respuesta de su hijo, como si en realidad llevara mucho tiempo esperando esta conversación.

—Te destruiré, James. Tendrás que salir del país para encontrar trabajo. Te obligaré a alejarte todo lo posible de ella si vuelves a hacerle daño.

Su mirada no dejaba duda a la interpretación de sus palabras y James reconoció que se sentía agradecido de que alguien fuera capaz de proteger a su madre con tanta ferocidad, aunque eso significara defenderla de él, de su propio hijo. Había fallado otras veces y no estaba seguro de si esta saldría bien. Le pareció estar desnudo ante los ojos de su padre, como si volviera a ser el joven de quince años que regresaba a casa intentando subir a escondidas a su dormitorio después de que le hubieran expulsado del colegio. Y habló como aquel crío que había desaparecido hacía tantos años.

—No sé cómo hacerlo —dijo. No esperaba ninguna ayuda de su padre, no rogaría por ella, aunque la necesitaba con desesperación.

Mr. Baker apretó el puente de su nariz cerrando los ojos para tratar de relajarse, como si eso fuera posible con su hijo pequeño ahí mismo, frente a él, después de cinco años sin haberse visto ni dirigido la palabra. En todo ese tiempo no había pasado un día en que no hubiera pensado en James, ni un momento sin que se preguntara si todavía seguía a salvo. Manteniendo su angustia en silencio para no preocupar a su esposa ni sus hijos, fingiendo que la vida continuaba, que era tan frío y despiadado como parecía y que ni siquiera recordaba que tenía otro hijo. Había sido duro. Todavía no sabía si había valido la pena.

—No puedo decirte cómo. Eres tú quien tienes que hacerlo. He tardado años en entenderlo, pero estaré aquí cuando me necesites.

Los ojos de su padre se suavizaron; quizá incluso estaban empañados, o podía ser que fuera él mismo el que no era capaz de ver con claridad por contener sus lágrimas.

—James, siéntate y tomemos un café.

Mr. Baker se levantó y caminó hacia su hijo. Puso una mano en su brazo y se sintió satisfecho al comprobar que él no se apartaba. En menos de un minuto tenía un café preparado, con aquellas cápsulas de mil sabores de su máquina *expresso*, uno de sus pequeños caprichos: el café. James había heredado su gusto por esa bebida, una excepción dentro de su educación firmemente británica.

Se sentó frente a su hijo, puso dos tazas en la mesa y un bote pequeño de cristal lleno de azúcar. James recordaba aquel azucarero. Su madre lo había comprado en un viaje a Austria y él había roto la pareja para la leche del juego de café. Su boca se torció en una sonrisa triste al recordarlo, no sabía que su padre todavía lo conservaba.

Ninguno de los dos dijo nada y James pensó que su vida últimamente se componía de silencios, Parecía ser la única forma de convivir que no le causaba problemas.

—Ven esta noche a cenar. —La proposición de su padre fue firme y directa, y él tardó en contestar, esperando primero a que su voz sonase igual de segura.

—Tengo una cita. —Creyó que era una excusa correcta y educada, además de

cierta. ¿Sabría su padre que estaba viéndose con una chica? Chloe se lo habría contado a su madre, pero no estaba seguro de la relación que ahora tenían sus hermanos con su padre.

—Puede acompañarte —dijo Mr. Baker. Pero ya se había dado cuenta de que su hijo no aceptaría su invitación.

—No quiero meterla en esto. —Era cierto, no creía que fuera justo para Susana que él la usara de escudo frente a su familia. Este era un problema que debía resolver solo.

Mr. Baker terminó su café y decidió insistir. Lo hacía por su mujer, que albergaba esperanzas después de las noticias que su hija le contaba.

—Tu madre estaría feliz de conocerla. Ella me cuenta todo de ti. Cada noche, en la cena, siempre habla unos minutos de tus hermanos y de ti, de tu trabajo, tus amigos, tu novia...

Imaginar a su madre sabiendo de su vida y dando a su padre las últimas novedades hizo que los nervios de James se pusieran de punta. Esperaba que no estuviera al tanto también de los detalles desagradables; por desgracia, había muchos más que contar.

—Trata de ignorar los cotilleos y comentarios de la gente, siempre lo ha hecho cuando se trata de sus hijos. —Como si supiera con exactitud lo que pasaba por su mente, su padre continuó hablando.

—Intentaré hacerlo. —James usó un tono firme para cortar la conversación. No estaba preparado para hablar con su padre de ciertas cosas y no quería que nadie lo juzgara.

Se terminó su café y se levantó, decidiendo que la reunión había terminado. No tenía mucho más que ofrecer, así que hizo lo único que podía: extendió la mano a su padre, ofreciéndosela como despedida. Mr. Baker cogió la mano de su hijo gustoso, aceptándolo, apretó con firmeza y sonrió satisfecho al comprobar que no se arredraba ni retiraba su mirada. Frente a él, James parecía orgulloso, un hombre de valía, no aquel joven con mirada vacía y a punto de perderse que había abandonado su casa hacía tanto tiempo.

—Espero que nos llames, hijo.

«Hijo». Hacía mucho tiempo que James no escuchaba esa palabra y no fue capaz de contestar. Salió del despacho y caminó todo lo rápido que pudo hasta estar fuera del edificio de la corporación que su padre dirigía.

No había esperado nada concreto de la reunión con su padre, pero era una sorpresa la sensación de fortaleza con la que había salido.

Tal vez Susana querría conocerlos, aunque no estaba seguro de que fuera una buena idea presionar en ese aspecto.

Cuando la recogió en el trabajo todavía duraba su buen humor, pero ella no pareció percatarse. Se mostró taciturna y seria, reservada, y ni siquiera aceptó cenar con él. James pasó de la satisfacción al desaliento con increíble rapidez, y se zambulló en el pensamiento de que tal vez no tendría ninguna novia que llevar a casa de sus padres. Ella evitó mirarlo y esta vez el silencio que compartieron no era tranquilo.

Comenzaba a cansarse de esta guerra fría entre ellos, de tener que luchar cada beso y cada cita. Quería que ella fuera a vivir con él, se lo había dicho en más ocasiones, y

quería tenerla a su lado por la noche. No era solo por el sexo, era algo más complejo. Llegar a casa solo era triste ahora que sabía que podía ser de otra forma, pero lo peor eran las horas de insomnio. Horas de pensar, de sentir y de añorarla. Antes no había sido tan difícil porque no conocía nada, pero ahora que había conocido cómo era estar a su lado, la quería para él.

Sin embargo, ella cada día se mostraba más reservada, más alejada, como si el muro que había construido a su alrededor, lejos de derrumbarse, fuera cada día más y más alto.

Frustrado, la llevó a su casa conduciendo en silencio. Había planeado cenar juntos, hablarle de sus padres, contarle que había ido a verle después de tanto tiempo. Quizá le hablara también de su trabajo, no le iba mal en la empresa. Pero nada de eso tenía sentido de golpe. Ella estaba allí a su lado, pero en realidad se encontraba a años luz de distancia. Sus ojos negros estaban tristes, cansados, y él ni siquiera sabía por qué. Estaba cansado de luchar en solitario.

Aparcó en la puerta de su casa e hizo el último intento.

—Podríamos salir un fin de semana. Imagino que tienes vacaciones.

—Vaya... —Susana pareció salir de su ensimismamiento por un momento—. No puedo James, de verdad.

—Ya, lo imaginaba —contestó amargo.

Volvió el silencio. Y el sabor de los reproches mudos y el miedo pesaba entre ellos.

—Buenas noches. —Casi no la escuchó cuando salió de su coche, y no contestó ni salió a darle un beso. Cuando desapareció tras la puerta de su casa, él golpeó el volante del coche, frustrado, arrancó y regresó a su apartamento.

No tenía fuerzas para continuar con esta batalla. Si ella no quería seguir con él tal vez era momento de abandonar todo. Había sido un estúpido al pensar que conseguiría que ella confiara en él. Quizá Julia le había contado la verdad, o cualquiera, porque no había sido demasiado discreto nunca. O quizá simplemente ella no era para él.

Todo ese castillo de miel y rosas que había levantado se derrumbó en sus narices en un momento.

Pensó que por suerte no había aceptado la invitación de su padre. Nada había cambiado en su vida. Todo había sido un espejismo.

Cuando llegó a su apartamento miró a su alrededor y sintió el vacío y la soledad. Lejos quedaba aquella noche en que ella había estado sobre su cama. Todo ese pasado se había desvanecido.

James se maldijo por su estupidez, cogió su teléfono móvil y tecleó el teléfono de Chelsy. Había jugado el tiempo suficiente a los enamorados. Necesitaba dejar de pensar o la cabeza le iba a estallar en cualquier momento, por no hablar de que necesitaba dormir; llevaba días sin conseguir dormir más de un par de horas.

Media hora después estaba en un local ruidoso y oscuro con un grupo de amigos, Chelsy estaba sentada a su lado, con las manos dentro de la camisa de James. No sabía cuánto había bebido, pero al menos había conseguido relajarse un poco. Se olvidó definitivamente de todo tras un viaje al cuarto de baño para compartir algunas líneas de diversión y se ofreció a llevar a Chelsy a su apartamento. Salieron felices, agarrados, riendo y besándose.

Cuando entraron en el ascensor del aparcamiento ella iba pegada a su boca, asegurándose de dejarle claro lo que quería, lo que se había perdido todo aquel tiempo. Así era Chelsy: clara, divertida, sin problemas ni tristezas. Y James creía que era lo que necesitaba.

Echó el asiento del coche hacia atrás para que ella pudiera sentarse sobre él y agradeció que la camisa de Chelsy llevara botones. Se movieron deprisa, quemando los segundos entre caricias. James sintió el cuerpo de ella cálido, pegado a sus caderas, mientras se movía lo poco que el coche les permitía, con la falda arrugada en la cintura y la ropa interior en las alfombrillas.

Cuando James fue al baño del aparcamiento para refrescarse, se miró en el espejo.

Este era él. De vuelta. ¿Había terminado todo definitivamente?

Regresó al coche y encontró a Chelsy sentada, con la ropa colocada y una sonrisa en el rostro. Probablemente había ido también al aseo. No despreció sus besos, ella no lo merecía. Siempre había sido generosa y divertida, así que intentó dejar de pensar en Susana mientras besaba a Chelsy.

—¿Vamos a tu casa, Jamie? —le preguntó, colando las manos de nuevo bajo su camisa.

—Tengo trabajo, Chelsy —mintió. Intentó ser lo más caballeroso posible, pero deseaba escapar de allí y no volver a escuchar el diminutivo cariñoso que ella usaba cuando estaban a solas.

—Es fin de semana.

—Lo sé, pero igualmente tengo trabajo. —Le devolvió los besos que le daba mecánicamente, apartando sus manos con determinación.

—¿No lo has pasado bien?

—Sí, sabes que sí. Siempre me divierto contigo, Chelsy —respondió.

Y era cierto, solo que ahora ya no era esa diversión la que necesitaba. El sexo rápido en lugar de llenar el vacío que sentía, había creado un gran agujero negro en su pecho, y corría el peligro de ser tragado por él de un momento a otro.

—Ya creía que era verdad eso de que tenías novia.

Su franqueza lo pilló por sorpresa, y todavía más el hecho de que la gente rumoreara sobre su vida personal.

Entonces la certeza de que Chloe sabría lo que había sucedido esa noche en aquel parking, le golpeó en el estómago como una bola de demolición. Sintió cómo se le secaba la boca y el contenido de su estómago peleaba por salir.

Estaba jodido. Completa y absolutamente jodido. Cuando llegó a su apartamento, después de haber acompañado a Chelsy a su casa, fue directo a por una botella. Era sábado, después de todo, y estaba seguro de que ese sería el último momento de diversión del fin de semana, y quizá del resto de su vida, así que bebió hasta quedarse dormido en el sofá.

—Chloe. —James tenía la boca seca y descubrió que los dedos le temblaban. El pitido del teléfono lo había sacado de su letargo y cogió la llamada suponiendo que eran las once en punto y encontraría a su hermana al otro lado del aparato.

No se había equivocado, el juicio final se acercaba y no tenía ninguna defensa posible.

—Buenos días, James. ¿Estás bien? —Su hermana no parecía feliz, así que él perdió toda esperanza de que ella no estuviera informada de cada detalle de la noche anterior.

—Sí. Estoy bien.

—De acuerdo. Adiós, James. —Y colgó.

James no estaba asustado, eso era demasiado poco para describir cómo su estómago brincaba, el pecho le dolía y le costaba respirar. La cabeza comenzó a darle vueltas y terminó vomitando hasta tener el estómago vacío y los músculos doloridos.

Después de una ducha caliente no se sentía mejor, pero a menos se había quitado el olor y el sudor de la noche anterior, y pensó que ojalá fuera tan fácil borrar el resto del sábado.

Mientras se le aclaraba la cabeza, todos sus pensamientos se centraban en su único problema ahora. Si Chloe lo sabía, lo sabía Julia, y entonces... tal vez... Susana también.

Había sido una locura. Estaba enfadado. Podría explicárselo.

No. No iba a poder explicar nada.

Y suplicó a Dios que por favor nadie supiera lo que había sucedido en el aparcamiento.

Marcó el teléfono de su hermana pequeña. Si era necesario suplicaría y se arrastraría, pero tenía que conseguir otra oportunidad.

—James.

—Chloe, ayer... —No tenía ni idea de cómo comenzar.

—¿Sí, James?

—Necesito que me ayudes.

Nunca había pensado que terminaría pidiendo ayuda a sus hermanos; nunca lo había hecho antes, y solía dejárselo bien claro cada vez que ellos trataban de inmiscuirse en su vida. Él elegía cómo vivía, nadie más. Hasta ahora.

—¡Ja!

—Chloe, por favor.

—¿Cómo puedes tener tanta caradura, James? ¿Qué pretendes que haga?

—Solo no le digas nada, por favor —suplicó.

—¿Por qué? ¡Dime por qué narices yo te encubriría! —Hacía tiempo que no escuchaba a su hermana tan enfadada, esa era la verdad, y sabía muy bien que cuando ella tomaba una decisión era prácticamente imposible hacer que cambiara de idea.

—Por favor —repitió en voz baja. Se sentía como un diminuto insecto suplicando a la pequeña Chloe.

—James, no puedo mentirle. Susana no merece eso.

James tomó aire tratando de pensar, aunque lo único que consiguió fue que las náuseas regresaran. Tenía que quemar todos los cartuchos antes de rendirse.

—Por favor, Chloe. Es importante. Haré lo que quieras.

No escuchó nada al otro lado del teléfono y la comunicación se cortó. Se quedó sentado, sintiendo un sudor frío que le recorría todo el cuerpo, y la certeza de todo lo que había perdido se instaló en su corazón. La vida se deslizaba riéndose de él una vez más. Y el único culpable de su caída era él mismo. Como siempre.

Lo había perdido todo. Y tal vez no volviera a tener la oportunidad de encontrar a nadie igual a ella. Susana había sido un regalo, una breve estrella en su vida, o quizá un cometa, porque ahora, delante de sus ojos, su luz desaparecía y no podía hacer nada por evitarlo.

Era un imbécil y merecía esto. Después de todo, Jack tenía razón. Terminaría haciendo daño a Susana, como a todos. No podía ni imaginar qué sentiría cuando supiera lo que había hecho, cuando fuera consciente de que la había engañado. La heriría profundamente, lo sabía. Sería imposible convencerla de que le perdonara, de que confiara en él, si apenas habían comenzado a conocerse y ya había mentido.

El timbre de la puerta sonó. No sabía cuánto tiempo había pasado, simplemente estaba allí, respirando, intentando pensar, aunque era bastante difícil con el dolor de cabeza que se había instalado en su frente golpeándolo como una taladradora. Abrió la puerta y, confuso, vio entrar a su hermana, sin ni siquiera echarle una mirada.

—Bueno, James. Tú dirás —De pie, con los brazos cruzados, lo miraba sin ninguna misericordia.

Se sentía derrotado. ¿Cómo podía haber llegado a esto? Su propia hermana lo despreciaba.

—Estoy esperando, James. No tengo todo el día —insistió, con su voz más aguda que de costumbre.

—¿Vas a ayudarme? —James no quería tener esperanza, pero aun así preguntó, intentando descubrir dónde demonios había ido a parar su dignidad.

—¿Qué estás dispuesto a hacer?

—Lo que sea —contestó sin dudar. Estaba dispuesto a todo, él era un condenado y Chloe pondría la penitencia.

—¿Seguro?

—Seguro, Chloe.

Paseó por el salón, pensativa. Sus tacones hacían un suave ruido mientras caminaba, aunque su hermano mayor temía que ella ya tenía todo planeado.

—Imagino que tienes algunas cosas guardadas en casa. ¿Me equivoco?

James mantuvo su mirada, entendía lo que quería decir, pero ella no cedió. Así que fue a su cuarto y rebuscó en el armario. Luego se dirigió al cuarto de baño y se

deshizo de todo el material en el retrete. Le temblaban las manos.

Cuando regresó al salón esquivó los ojos de Chloe, humillado, y puso la caja vacía sobre la mesa. Ella miró la caja y luego a él, pero su expresión no se suavizó y su hermano pensó que iba a necesitar una buena dosis de todo lo que había desaparecido en el inodoro antes de que terminase ese día.

Chloe abrió su bolso y sacó un teléfono móvil del mismo modelo que el de James y lo puso frente a él.

—Tu nuevo teléfono, James. Dame el tuyo.

Con la mirada interrogante, James dudó, pero a esas alturas ya se encontraba en sus manos. Había dejado de tener ningún poder sobre sí mismo. Su vida ya no dependía de él.

—Es fácil, nuevo número de teléfono. No podrán localizarte. Y ningún número antiguo en la agenda. Es una de mis líneas, puedes usarlo —explicó Chloe.

Andando con torpeza, James fue a buscar su teléfono y se lo entregó a su hermana. Vio cómo ella lo guardaba en el bolso con rapidez.

—Confío en ti, James.

Pronunció estas palabras sin alejar sus ojos de los de su hermano, más firme de lo que él hubiera nunca imaginado. Estaba claro que era una Baker.

Sin decir una palabra más, se marchó, dejándolo solo; mucho más solo de lo que nunca había estado.

Su vida, tal como él la había conocido hasta ese momento, había terminado. Sintió que finalmente caía y no sabía qué encontraría al otro lado del espejo. La sensación de pánico, de terror incluso, no cedió; el agujero en su pecho se hizo grande y los músculos le dolieron, agarrotados. No pudo comer en todo el día, y se dedicó a ver las horas pasar. Esperaba con ansiedad que llegara el momento de ir a buscarla.

Intentó no pensar en nada más, solo en ella, y cada vez que la imagen de Chelsy se colaba en su cabeza se le revolvía el estómago. Cuando se paraba a recordar la visita de su hermana, la humillación regresaba, Estaba hundido, había tocado fondo y no estaba seguro de merecer que Susana regresara a su lado.

Solo le quedaba esperar y desear que por una vez la suerte le acompañase.

Su teléfono fue el primero que grabó en la memoria del nuevo móvil. Se lo sabía de memoria, como casi todos, en realidad.

Era fácil volver a su antigua vida. En unos minutos podría volver a llamar a sus amigos, a Chelsy, a cualquiera.

«Confío en ti». La imagen de Chloe estaba viva en su mente, vigilante. Dolía.

Pero el miedo a perder a Susana demasiado grande. Ella era lo único que estaba seguro de querer en su vida.

Volver a verla esa noche fue lo mejor, sin duda. Y respiró tranquilo cuando no notó por su parte ningún enfado. Esperaba que no llegara a enterarse de lo que había sucedido. ¿Había sido infiel a Susana? Su corazón le decía que sí, pero en su cabeza intentaba guardar una última explicación por si alguna vez llegara a enterarse. Ni siquiera había podido preguntar a Chloe qué sabía del sábado, así que lo que se hubiera filtrado hasta Susana era una incógnita.

Cuando la llevó a su casa en el coche se sentía un sucio traidor. Tan solo unas horas antes había estado en esos mismos asientos con Chelsy sobre su cuerpo.

Condujo en silencio, como otras veces, y se detuvo al llegar a casa de ella. Esta vez Susana no bajó del coche nada más detenerlo, y James esperó, pensando que por fin hablarían y ella le dejaría, seguro se había enterado de todo. A la gente le encantaban los chismes.

Armándose de valor, cogió la mano de ella y la sostuvo entre las suyas.

—Susana, necesito hablarte. —Sintió que se movía sobre un borde peligroso. Esperaba que la suerte, aunque no la mereciese, le acompañase una última vez.

Ella lo miró, y sus ojos negros no parecían enfadados. James se armó de valor y comenzó.

—Necesito decirte algunas cosas —continuó—. Ayer salí cuando te dejé en casa.

Pensó que al menos era una buena estrategia comenzar él mismo a contárselo. Era imposible que supiera todo lo que había pasado con Chelsy, y siempre podía decir que la había llevado a su casa sin más; después de todo, solo era una amiga. Sí, era mentira, pero era capaz de hacer cualquier cosa por continuar con Susana.

—Estuve con mis amigos, hacía tiempo que no los veía.

—No tienes que darme explicaciones, James —dijo Susana. No entendía el comportamiento serio y distante de James esa noche. Su mirada azul era especialmente triste, no le había pasado desapercibido, y no quería añadir más problemas a los que ya tuviera.

—Susana... —dijo su nombre intentando pensar cómo podría hacer esto, y llevó sus dedos a la línea de la mandíbula de ella, pasándolos en una caricia—. Me siento solo sin ti. Esta mañana me he dado cuenta de que eso no es lo que quiero. Quiero estar contigo.

—Quería hablarte de eso.

James sintió cómo su corazón se detenía. Así que iba a suceder. Ella iba a dejarlo.

Susana llevaba varios días pensando cómo se tomaría que se fuera un mes a España. Tenía miedo, esa era la verdad, pero también era una prueba. James parecía firme en su decisión de mantener una relación con ella, y Susana necesitaba comprobar si todo aquello era real o solo un capricho. Todavía no le había hablado de María, este era el primer paso. Quería confiar en él. La noticia de la enfermedad de su padre era una oportunidad.

—He pensado ir unos días a mi casa.

—¿A tu casa?

—Sí, a España. Mi padre no se encuentra bien. Quiero pasar unas semanas con ellos.

La voz había ido perdiendo fuerza mientras hablaba. No se atrevía a mirar a James a los ojos. Había pasado unas semanas maravillosas, él conseguía que se sintiera viva, que tuviera esperanza. Quizá todo desapareciera esa misma noche. Quizá en los próximos minutos su vida regresara a aquella aburrida tranquilidad.

—Unas semanas.

El silencio que siguió a esas palabras duró demasiado. Susana no podía imaginar que él estaba terriblemente asustado por perderla.

—Susana, mírame, por favor.

Con suavidad, la invitó a levantar la barbilla apoyando sus dedos.

—Deja que te vea.

Allí estaban. Esos ojos negros que se habían convertido en la única luz que le acompañaba, que conseguían que sintiera por una vez que su corazón latía por alguien.

—¿Está muy enfermo tu padre? —preguntó. Quería saber si todo era una excusa para hacer más fácil la despedida.

—No. Me han dicho que es un pequeño problema de corazón —contestó. Al ver los ojos de James se dio cuenta de que había sido una tonta. No había ni rastro de enfado en su mirada.

—Entonces tienes que ir —dijo. Se acercó un poco a ella, deseaba besarla y fundirse en sus brazos—. Voy a echarte mucho de menos. Te amo, Susana.

James tragó despacio. Por fin lo había dicho, pero todavía no era capaz de contárselo todo.

—¿Quieres estar conmigo, Susana? Necesito saberlo. No puedo seguir luchando yo solo por esto. Me estoy rompiendo por dentro, he dejado mi vida por ti, tengo miedo, Susana, si tú tan solo... si tú quieres... Solo dime si quieres volver a verme. Dime que vas a regresar.

Sus labios acariciaron los de ella, esperaba que su beso dijera todo lo que no era capaz de expresar con palabras.

Era un cobarde, lo sabía, y esperó consciente de que este iba a ser uno de los momentos más importantes de su vida. Ella iba a ser la persona que decidiría su futuro.

—Sí. Quiero volver a verte. Quiero regresar. —Su voz sonó tan suave que por un momento dudó de si la había escuchado.

Entonces acunó su rostro entre sus manos y se perdió en la oscuridad de sus ojos. La besó, hambriento de ella, y solo rompieron el beso para poder respirar. James bajó a su cuello para dejar allí sus labios, subiendo despacio, trazando un sendero de besos, hasta su oreja.

—Te amo —musitó en su oído, dejando un beso suave. Volvió a buscar sus ojos, y mirándola tan cerca como antes, lo repitió.

Susana sonreía con los ojos repletos de amor y las mejillas encendidas. Ella también le quería, con todo su corazón, pero era consciente de que a medida que él se acercaba aquella historia se derrumbaba. Tenía que hablarle de María, pero temía los reproches por no habérselo dicho antes. Antes pensaba que un poco más adelante encontraría el momento, y ahora estaba convencida de que ya era demasiado tarde.

Lo besó emocionada y salió del coche, corriendo a refugiarse en su casa.

James tardó unos minutos en marcharse. Era una sensación increíble estar con ella, tenerla en sus brazos, compartir su silencio, y la soledad de su casa se hizo casi insoportable esa noche, aunque pensó que esta era la penitencia que merecía.

Nunca volvería a poner en juego su relación con Susana, estaba decidido. Había probado muchas cosas, el peligro, la soledad, la diversión. Pero desde que Susana había entrado en su vida se encontraba en un terreno desconocido para él. Con ella había conocido el silencio, la confianza, la tranquilidad, la pasión de amar su cuerpo dulce y, finalmente, el miedo; el terrible miedo a perderla y, con ella, la única oportunidad que había conocido de sentirse realmente vivo.

Durante años había escuchado que la vida tenía sentido, que encontraría algo que

le hiciese levantarse cada mañana, algo por lo que mereciera la pena vivir. Ahora sabía que no estaban equivocados. James ni siquiera había intuido de qué hablaban; era una vida ajena a él. Nunca hasta ahora se había levantado pensando en alguien, sintiendo que el día era demasiado largo hasta salir de la oficina, sonriendo al recordar algún pequeño gesto de ella.

Si alguien le hubiera dicho aquel día que conoció a Susana que sus ojos serían los que vería continuamente, los que buscaría para conseguir descansar, lo que le acompañarían en sus horas de insomnio, James le hubiera llamado simplemente idiota.

Susana era mejor que nada de lo que había probado hasta ahora: más fuerte, más pura, más completa, y por ello había caído en una adicción mayor de las que hasta entonces había conocido. El amor era la droga más poderosa y creía que perdería la poca cordura que le quedaba si ella lo dejaba.

Susana. Solo Susana. Siempre.

*T*oqué el timbre y esperé nervioso ante la puerta. Había subido de un salto los cuatro escalones, ansioso por verla.

Me abrió con una sonrisa en la cara, llevaba el pelo suelto y la melena negra acariciaba sus hombros.

—¿Te apetece tomar algo? —me preguntó.

Señor, claro que me apetecía, pero sabía que tenía que esperar un poco. Tenía que tener paciencia antes de poder lanzarme a besar cada rincón de su cuerpo.

—Estaba haciendo café ¿quieres una taza?

—Sí, por supuesto —contesté y me senté en el sofá frente al televisor, sin cambiar el canal que ella tenía puesto, sonriendo al comprobar que la gustaba el fútbol igual que a mí.

—Aquí está. He traído unos bollos de chocolate. —Se sentó a mi lado y dejó la bandeja en la mesa. Parecía relajada, apoyó su mano en mi rodilla cuando se inclinó para echar el azúcar en las tazas de café. Su camisa se entreabrió, dejando que viera una buena porción de un sujetador de encaje rojo que resaltaba sobre su piel morena. Tuve que utilizar toda mi fuerza de voluntad para no dejar escapar un gemido. Llevar pantalones vaqueros había sido una equivocación.

—¿Azúcar?

—Sí, dos cucharadas.

—Te gusta dulce —dijo, pero sus palabras sonaron en mis oídos como si ella estuviera hablando de otra cosa, algo que conectaba directamente con la velocidad a la que se movía la sangre por mi cuerpo. Lamía sus labios y yo no podía apartar mis ojos de su boca, mientras su lengua recogía despacio una gota de café. Sí, definitivamente había sido un error ponerme unos vaqueros.

Sujetando mi taza entre sus manos, la acercó y me acarició los dedos. Tragué saliva tratando de relajarme, aunque sabía que iba a ser muy difícil.

—Creía que no llamarías. No sabía cómo te tomarías que no te hubiera invitado a pasar la otra noche.

Di un sorbo al café intentando tranquilizarme un poco. Claro que esto era café, no me iba a relajar nada.

—No digo que no me hubiese encantado que lo hicieras, pero estuvo bien así —mentí, odiaba cada noche que tenía que acompañarla y volver solo a mi casa.

—Tenía ganas de volver a verte.

Su voz arrastraba las palabras de una forma sensual, mirándome a través de esas pestañas con sus ojos oscuros brillantes y su mano ahora descansaba en mi pierna,

por encima de la rodilla.

Dejé de pensar. Sus labios entreabiertos eran una invitación y no pude negarme.

La besé despacio, quería saborearla, pero al parecer ella quería ir algo más rápido. Sus manos acariciaron mi pecho y comenzó a desabrochar los botones de la camisa.

Llegados a ese momento yo no quería parar, toda mi fuerza de voluntad, todas mis intenciones de ser paciente se habían ido directamente por la ventana.

Ella me deseaba y yo no iba a defraudarla.

Durante un segundo se apartó de mi boca y bajó sus labios a mi pecho y lo siguiente que hizo me lanzó a una nueva dimensión: su mano fue directamente a mi pantalón, justo donde sentía la tela apretarme.

Se terminó el James suave.

La tumbé en el sofá y ella rio ante el movimiento brusco, momento que aproveché para meter mis manos bajo su camisa y sacársela por la cabeza.

Sus pechos eran perfectos y decidí comprobar el sabor de su piel, comenzando por el cuello, aunque este era solo un aperitivo, mi mano ya se encontraba acariciando el lugar que era más caliente en ella.

Subí a probar su boca de nuevo y nuestro beso comenzó a volverse desesperado, luchando por tener más del otro. Su mano bajó a mi pantalón de nuevo y lo desabrochó. Bajó mis pantalones igual de rápido que me había quitado la camisa, y con ellos se llevó el bóxer. Su mano jugó con mi cuerpo como si supiera exactamente qué debía hacer para que mi cabeza terminase por irse a paseo, y pensé que si continuábamos así mis planes de estar dentro de su cálido cuerpo no llegarían nunca. Gemí en su cuello y ella mordió mi oreja justo en el punto que hacía que me desesperase. Sentí sus caderas levantarse mientras ella misma se quitaba el pantalón y su ropa interior. Sus tobillos se enredaron tras mi espalda y respiré todo lo despacio que podía para disfrutar más de su piel que me llamaba a invadir su precioso cuerpo. Me uní a ella, adorando cómo ella me acogía, disfrutando cada unión de nuestros cuerpos en uno solo mientras los gemidos llenaban el aire que respirábamos.

—Te quiero, James —gemía una y otra vez.

El ruido del teléfono me hizo querer maldecir, pero ella no hizo ningún intento por contestar y yo traté de ignorarlo.

Pero el teléfono no dejaba de sonar. ¿Era mi móvil el que emitía aquel sonido?

James estuvo a punto de caerse de la cama al girarse y extender el brazo para poder coger el teléfono móvil. El aparato no había dejado de vibrar mientras sonaba y estaba al borde de terminar en el suelo. Maldijo mientras se despertaba con rapidez al ver la identificación de su hermana pequeña.

—Dime, Chloe.

—Buenos días, James. ¿Qué hacías?

Mucho más irritado que habitualmente, miró el despertador y se extrañó de aquella llamada fuera del horario habitual.

—Dormir. —No mentía, estaba durmiendo, y los efectos de ese maravilloso sueño seguían en su cuerpo.

—Pues ya es hora de que te levantes. He hablado con Julia, Jamie. Susana no trabaja hoy, Julia acaba de decírmelo.

—Gracias, Chloe. Ya lo sabía.

—¿Vas a llamarla?

En estos momentos lo único que el hermano de Chloe quería era poder volver a dormirse inmediatamente, aunque la idea de darse una ducha y poder ocuparse de un asunto en esos momentos comenzaba a cobrar más fuerza en su cabeza, que se negaba a pensar en nada que no fuera el cuerpo de Susana.

—Más tarde. Me ha dicho que tenía que estudiar. Quiere adelantar trabajo. Se va dentro de dos semanas.

—¡James! —Su hermana pequeña le regañó pensando que andaba como siempre, demasiado ocupado en sus pensamientos tristes—. Llama. O mejor, ve a su casa.

—Lo pensaré, Chloe, muchas gracias —contestó, sin tratar de ser amable, lo único que quería era terminar con esa conversación de una vez.

—Está bien, luego no te lamentes.

Colgó el teléfono, convencido de que su hermana se había enfadado, y dejó caer el aparato sobre la cama, se quedó unos minutos tumbado, mirando el techo. Respiró un par de veces y cerró los ojos. Había sido un buen sueño; la había sentido tan bien, tan cálida, tan suave entre sus dedos. Y no necesitó más que recordar los preciosos labios de Susana, y en sus ojos negros con ese brillo salvaje. Maldijo por estar comportándose como un chiquillo, pero era lo único que podía hacer por ahora. Claro que después de la ducha llamaría. O tal vez se presentaría en su casa, como su hermana le había sugerido. Sí, eso sería bastante mejor. Llevaría flores y le haría una visita sorpresa.

Después de la ducha desayunó y se puso ropa cómoda. Al mirarse al espejo comprobó que su aspecto no era tan malo como otras veces, esa noche había dormido cinco horas.

El sueño que había tenido con Susana le había dejado insatisfecho, quería comprobar con sus dedos si sus recuerdos eran tan buenos como creía. Hacía muchos días desde su pequeña visita al hotel donde ella trabajaba, y no había tenido ocasión de invitar a Susana a su apartamento de nuevo. Además, todavía se sentía un miserable por el episodio que ocurrió con Chelsy hacía unos días. Parecía que ella no se había enterado de su... No tenía ni idea de cómo llamarlo, porque desliz sonaba demasiado pequeño para la culpa que sentía.

Los besos de Susana le dejaban hambriento, y acariciar su pelo hacía que sus dedos desearan mucho más. El cuerpo entero reaccionaba solo con estar a su lado, cuando cada noche la dejaba en su casa, o con unas cuantas caricias robadas, tan necesitadas como dolorosas al saber que no podría obtener más.

El hermetismo de ella lo volvía loco. Compartía sus silencios, pero no podía dejar de escuchar en su cabeza los gemidos de ella en su cama. Y cuando regresaba a casa solo, ni una ducha helada conseguía que olvidase su pequeño cuerpo.

Se esforzaba en planificar cada minuto con ella, cada cita, y de esa forma conseguía sorprenderla con restaurantes, pubs o paseos por la ciudad. Incluso la había llevado a una exposición de pintura, haciendo que Richard se riera de él un buen rato cuando se enteró.

Sonó el teléfono, estaba casi listo para salir por la puerta y ni siquiera miró el identificador de llamadas.

—Buenos días, James.

La voz de su madre envió directamente un golpe de dolor que lo atravesó desde la cabeza hasta el estómago.

—Buenos días, mamá. —Tembló por las ganas de colgar el teléfono.

—Perdona que te llame a estas horas. ¿Estabas ocupado?

—Estaba trabajando —mintió sin saber muy bien la razón. Era un día extraño, lleno de llamadas a deshora, y James tuvo desagradable sensación de que algo terrible iba a suceder.

—Entonces no te molestaré.

La voz siempre medida y suave de Emma, su madre, le pareció tan preciosa como recordaba, haciendo que deseara hablar algo más con ella. Quizá incluso escucharía su risa. Su madre siempre había reído mucho; los recuerdos de su niñez estaban plagados de juegos en el jardín, limonada y galletas de mantequilla, todo regado por la risa cálida y cariñosa de ella.

—No me molestas, mamá. —No, James pensó que escucharla después de tanto tiempo era maravilloso. Aunque sabía que no lo merecía, su madre le hacía sentir bien con el simple sonido de su voz.

—¿Trabajas los fines de semana?

—Estaba revisando unos papeles mientras hacía tiempo. —James dudó y al final se decidió a contar a su madre la verdad. Por primera vez después de muchos años tenía algo bueno que ofrecer, algo bueno en su vida que poder contar—. Iba a ir a buscar a una chica para almorzar.

—Oh, bien. Así que es cierto lo que dice Chloe, tienes novia.

James casi pudo ver la sonrisa en su rostro y tuvo unas terribles ganas de estar junto a su madre, de que ella lo abrazara y oler el perfume de jazmín que siempre había llevado.

—Supongo que sí, aunque no sé si se puede decir que somos novios.

—¿Por qué, James?

—Es difícil, mamá.

—Siempre es difícil, James. Querer a alguien siempre es difícil.

—Mamá, yo...

No sabía qué decir. Sí, no había nada fácil en su vida, así que estar enamorado no iba a ser una excepción. Quiso pedir perdón a su madre, pero no podía encontrar las palabras para borrar todo el dolor que le había causado.

—En un par de meses será tu cumpleaños. ¿Qué vas a hacer?

El cambio de tema de Emma le dio un pequeño respiro. Durante los últimos años los cumpleaños de James habían consistido en salir con sus amigos y gastar una suma indecente de dinero en divertirse, terminando inconsciente en su casa.

—No lo sé. No había pensado nada.

—¿Te gustaría venir a cenar a casa este fin de semana?

Nervioso, James se pasó la mano por el pelo, sabía que tenía que llegar ese momento, y deseaba que llegara, pero no estaba preparado para presentarse otra vez frente a su familia. Una cosa eran sus hermanos, pero sus padres, en la misma

habitación con él... No le parecía que fuera una buena idea.

—Tu padre me contó que habías ido a verle.

—Sí. Pasé hace unos días por su despacho.

—Me gustaría verte también, James.

No había pensado que su madre se sentiría dolida porque no la hubiera ido a visitar a ella. La visita a su padre había ocurrido sin planearlo demasiado, y el resultado no había sido malo.

—Mamá, no sé si es buena idea...

—Está bien, James, no tienes que hacerlo si no te apetece.

—No. Quiero decir, sí. —Respiró de nuevo nervioso, no podía soportar escuchar a su madre tan triste, siempre había sido su debilidad—. Lo pensaré, mamá.

Se encontró angustiado, sin saber cómo llegar a ella. La necesitaba tanto... Pero todavía se sentía avergonzado y tenía miedo de defraudarlos de nuevo. No podía olvidar lo que había visto en sus ojos al mirarle aquella noche. El rostro de su madre era puro desconcierto y horror al descubrir a su hijo. Como si lo viera por primera vez.

—Prometo llamarte —aseguró. Era todo lo que podía ofrecerle ahora.

—Bien. Entonces hasta pronto, James.

—Mamá. —Tragó el nudo que tenía en la garganta y se esforzó porque su voz saliera—. Te quiero.

—Yo también te quiero, hijo.

La tristeza campó a sus anchas por todo su cuerpo. El día había comenzado de forma extraña, con un sueño maravilloso que le dejaba claro cuánto necesitaba a Susana en su vida, pero sabía que nunca conseguiría estar tranquilo si no solucionaba la situación con sus padres.

Aunque le costara reconocerlo, eran una parte de su vida y él no se sentía tan independiente como fingía a ojos de todos; más bien solía sentir que su vida iba cuesta abajo a una velocidad que no podía controlar. Ahora todo parecía detenerse, podía avanzar más tranquilo. Tal vez tendría algo que ofrecerles, después de todo, aunque sabía que nunca estarían orgullosos de él ni el pasado quedaría olvidado por completo.

Susana le hacía feliz en muchos sentidos, incluso le daba la oportunidad, sin ella saberlo, de volver a tener una relación con su madre, de dejar de sentirse la vergüenza de la familia. Añoraba estar en su casa y disfrutar de las comidas familiares. Incluso odiaba a Jack por tener un hueco en su familia cuando su presencia estaba vetada. Quizá podría tener una fiesta de cumpleaños con una tarta en el jardín de la casa de campo de sus padres y algún regalo extravagante de su hermana Chloe. Y Susana estaría a su lado.

James condujo camino de la casa de Susana con una sonrisa en su rostro gracias a todos aquellos pensamientos que revoloteaban en su cabeza. Cuando aparcó frente a las escaleras donde solía despedirse de ella se sintió un poco indeciso, y más todavía al subir los escalones de un salto y encontrarse frente a la puerta. Se dio cuenta de que no había llevado ni flores.

Tocó al timbre y entonces el infierno se abrió bajo sus pies. Se quedó absolutamente noqueado mirando al hombre moreno que había abierto la puerta y

sostenía un bebé en brazos.

Todo cobró sentido de golpe. Esta era la razón por la que ella le abandonaba cada noche, la causa de sus silencios, de su mirada triste.

—¿Eres James?

Miró confundido a aquel hombre, midiéndolo de arriba a abajo. Era moreno, de marcados rasgos latinos, ojos verdes y ancho de espalda. Sostenía al bebé con total naturalidad, justo la que se adquiere con la costumbre. Trató de encontrar el parecido con la niña. ¿Por qué conocía su nombre?

—No soy su novio y no soy el padre.

Fabio se dio cuenta de que era objeto de observación y también de la confusión en el rostro de aquel hombre que suponía el novio de Susana, pero sabía que, si conseguía que le escuchara durante unos minutos, todo quedaría aclarado.

James tenía el cuerpo entero en tensión, sentía un frío helado recorrerle desde la espalda, y no podía dejar de mirar una y otra vez al bebé y al hombre, absolutamente conmocionado.

—Pasa. Parece que necesitas una cerveza, tío.

Las piernas siguieron la orden que escuchó y, aunque James no podía todavía procesar ningún pensamiento, entró en la casa siguiendo al desconocido.

No había dormido demasiado, quería salir pronto a comprar fruta y algunos bizcochos para la tarde. Necesitaba descansar y tener un fin de semana tranquilo. No sabía si James querría ir a cenar esa noche, seguro que también estaba encantado de poder tener el sábado para ellos. Quizá incluso la invitara a su apartamento otra vez. Pensó que mejor llamaría a la niñera que solía contratar para cuidar de María por las noches cuando trabajaba, no quería que Fabio terminara sin salir. Últimamente estaba demasiado encerrado en casa y ya era hora de que él buscara también una pareja que le hiciera feliz.

Al abrir la puerta de casa escuchó las risas de su hija, y dejó el abrigo en la entrada, caminó hasta el salón y entonces se quedó paralizada.

James Baker estaba sentado sobre la alfombra, jugando con su hija María.

El oxígeno abandonó sus pulmones y tuvo que apoyarse sobre la mesa para mantenerse firme.

En ese momento, Fabio apareció. Salía de la cocina con una sonrisa.

—Llegas justo para la comida, Susana. Llamé a la niñera y le dije que no hacía falta que viniera. Hemos cuidado de ella toda la mañana.

Pero Susana seguía allí plantada, todavía no era capaz de andar.

—Vamos, Susana, María ya ha comido —la apremió Fabio, y cogió las bolsas de fruta y comida que ella había traído.

Miró a su amigo sin entender lo que decía, decidió, como un autómata, caminar a su habitación en el piso de arriba y cambiarse de ropa. Cuando escuchó a Fabio llamarla supo que estaba tardando demasiado, se armó de valor y se preparó para una de las comidas más difíciles de su vida.

Cuando entró en la cocina, ellos estaban sentados esperándola para comenzar, y parecían relajados y tranquilos. Ella, sin embargo, no era capaz de mantener la mirada de James, y sabía que debía estar colorada.

James se levantó solícito a ayudarla con la silla, como tenía por costumbre, pero ella evitó encontrarse con sus ojos, estaba demasiado nerviosa para pensar siquiera en comer. Mientras Fabio y él conversaban sobre deportes, ella les observó con discreción. James no parecía enfadado, se había sentado al lado de la trona donde habían puesto a María y de vez en cuando la ayudaba con el vasito del zumo. Susana no pudo probar bocado, sentía el estómago cerrado por completo, y casi estaba enfadada al ver que ellos se comportaban como si no pasase nada, comiendo y discutiendo. Y claro que pasaba. Allí pasaba algo muy gordo. ¿Qué narices hacía James sentado tan tranquilo a la mesa con su hija? ¿Por qué parecía tan amigo de

Fabio? Aprovechó un bostezo de su hija para levantarse con la excusa de llevarla a dormir la siesta y tratar de calmarse un poco. No podía estar más tiempo sentada allí junto a ellos. Tenía ganas de gritar.

Cuando se durmió la niña, permaneció sentada en la cama durante minutos, hasta que encontró el valor de regresar y enfrentarse a James. Tomó aire y se recogió el pelo en una coleta.

Él estaba sentado en el sofá, viendo las noticias en la televisión, con el volumen bastante bajo, y ella dudó de que estuviera escuchando algo. En cuanto vio que Susana se acercaba se hizo a un lado para que pudiera sentarse junto a él. Susana no podía dejar de retorcerse las manos, nerviosa. No tenía ni idea de por dónde empezar.

—Fabio se ha ido al trabajo —dijo James.

Aunque había podido controlarse bastante bien, se sentía tan nervioso como ella. No tenía ni idea de qué esperar o de qué querría Susana exactamente. Porque, aunque Fabio le había dicho que ella había estado escondiendo su maternidad para no asustarlo, él pensaba que tal vez la razón era otra. Tal vez ella no lo veía como pareja y no quería que él conociese a su hija porque era una relación pasajera. Y esa idea le estaba apretando tanto el estómago que había tenido que hacer un esfuerzo hercúleo para comer y comportarse con naturalidad. Sujetó una de las manos de ella entre las suyas y, mirando sus pequeños dedos, los acarició. Entonces se atrevió a mirarla. Los ojos negros de ella parecían llorosos y eso le angustió más.

—Chloe me llamó para decirme que tenías el día libre —comenzó, sin dejar de acariciar su mano—. Quería darte una sorpresa —continuó, y sonrió de medio lado, cómplice—, aunque ni siquiera traje flores.

—Y la sorpresa te la has llevado tú. —En la mirada de Susana no había ni una pizca de humor. Estaba seria, como nunca la había visto—. Supongo que esperas una explicación.

—No en realidad. Fabio me ha contado lo que sabe. Por mi parte no necesito más, no tienes obligación de contarme nada.

James se enfrentó a los ojos de ella y continuó, sabía que todo estaba a punto de cambiar entre ellos. Era un momento decisivo: ella había entrado a formar parte de su vida hacía ya meses, pero ahora era él quien debía entrar en la de ella.

Si Susana quería.

—Susana, no tengo ni idea de qué hacer. Solo dime si todavía quieres que me quede contigo, si quieres que esté en tu vida. No sé cómo vamos a hacer esto. Pero me gustaría intentarlo, si tú quieres.

Susana no pudo contener las lágrimas por más tiempo. El miedo, los nervios, la tensión, todo era demasiado en aquel momento. Había escuchado como él le decía que quería formar parte de su vida.

Cuando vio que los ojos de ella se anegaban en lágrimas, James comprendió por primera vez cuánto se puede sufrir por ver a la persona a quien amas triste. Sin dudar, la rodeó con sus brazos y la sostuvo contra su pecho, besando su cabello negro mientras pasaba la mano una y otra vez por su espalda en un intento de calmarla.

—¿Qué pasa, Susana? —preguntó, preocupado, porque ella todavía no le había dado una respuesta.

Volvió a hacer que ella lo mirara a los ojos y puso una media sonrisa, sabía que cuando la miraba de aquella forma conseguía ponerla nerviosa, solía quedarse callada y se ruborizaba. No era juego limpio, pero estaba dispuesto a todo con tal de conseguir estar a su lado.

—¿Qué te pasa a ti?

De acuerdo, James Baker no había tenido nunca una relación seria, pero cualquier hombre sabía que bajo esa pregunta tan sencilla había todo un mundo escondido.

—¿A mí?

—Sí, pareces cansado y siempre tienes ojeras. — Repentinamente combativa, Susana le miraba levantando la barbilla.

James continuó con su sonrisa y se mantuvo lo más calmado posible. Las negociaciones eran su terreno, y sabía cuándo era mejor esperar para contraatacar.

—No duermo bien, Susana. Hace años que tengo problemas para dormir — confesó, aunque seguía ocultado lo peor.

—¿Has ido al médico?

—Varias veces, Susana. Esto no tiene solución —contestó James. Sabía que la conversación estaba a punto de volverse desagradable y mantenía la calma, tal como siempre hacía.

—¿Por qué? —Susana se cruzó de brazos frente a él, aumentado la distancia que los separaba, y continuó—: No te entiendo James. —Enfadada con la actitud fría de James, con esa forma de pretender que allí no pasaba nada, se atrevió por primera vez desde que lo conocía a enfrentarse a él. Era el momento de decidir si seguían adelante o no, de dejar claro que él no tenía cabida en su vida en los términos que estaba acostumbrado. Ella era madre y tenía unas responsabilidades, y no podía entrar en el mundo perfecto de James Baker—. ¿Qué haces exactamente aquí? Te comportas como si esto fuera normal. He estado ocultándote todo este tiempo que tenía una hija, pero tú no pareces molesto por eso. No puedo entenderlo, de verdad.

James acortó un poco la distancia, echándose hacia delante, y habló de forma pausada deliberadamente, dejando que las palabras casi la acariciaran, cosa que estaba deseando hacer él mismo.

—Quiero estar contigo. Es simple.

—Pero puedes irte —continuó Susana, sin darse cuenta de que su frase podía ser tomada como una invitación, y James quiso confirmarlo.

—¿Quieres que me vaya, Susana?

—Simplemente no entiendo que haces aquí —terminó Susana.

—¿Qué te parece que hago? Estar contigo. Cenar con mi novia.

—¿Eso somos?

La pregunta tenía todo el sentido para Susana. Para ella, hasta ahora no lo habían sido. Una pareja de verdad confía el uno en el otro, no se oculta cosas, que es lo que ella había estado haciendo todo ese tiempo.

—¿Tú qué crees que somos? No estaría mal que lo supiera de una vez. — Devolviéndole la pregunta, él continuó con la sonrisa en su rostro, sin inmutarse.

—Amigos, supongo —respondió entre dientes, cada vez más enfadada por la actitud tranquila él. Desde luego empezaba a pensar que era verdad eso de la famosa flema británica.

—Amigos... —repitió James, mientras la sonrisa desaparecía de su cara. Pero como si no pasase nada, volvió a recostarse en el sofá y ver la televisión.

Cada vez más enfadada, Susana se levantó del sofá y fue a la cocina para tratar de calmarse. Necesitaba gritar a alguien, pero James no parecía tener ninguna intención de discutir. Y ella necesitaba justo eso, desahogarse, tener una discusión normal de pareja.

Abrió el frigorífico para sacar la botella de agua mineral sin dejar de pensar que él seguía sentado en su salón, en su sofá, viendo su televisión. Ese hombre al que llevaba ocultando meses que tenía una hija, no se había ido. ¿Qué sería lo que había hablado con Fabio?

Entonces, sintió unos brazos que la rodeaban y los labios de él en su cuello, dejando besos que apenas notaba, pero que hacían que toda su piel reaccionara al calor y la suavidad de sus labios.

—Esto es una locura, James.

Él siguió besándola, haciendo que ladeara la cabeza, y la atrajo con más fuerza contra su cuerpo mientras cerraba la puerta del frigorífico y dejaba sobre la mesa la botella que ella llevaba en la mano.

Cuando ella le había dejado en el sofá, en ese minuto permitió que sus emociones fluyeran con libertad, sorprendido porque lo que sentía en ese momento no era enfado. El día había comenzado para él con un sueño caliente y si no lo remediaba terminaría en una pesadilla. James no estaba dispuesto a consentirlo y cuando la vio pensando frente al frigorífico abierto, lo único que quiso fue sentir en sus manos el calor de su piel.

—Quiero el postre, Susana —le susurró al oído, y ella se apoyó ligeramente sobre él, haciendo que todavía estuviese más necesitado de tenerla en ese momento, de deshacerse de la ropa y poder amarla allí mismo, sobre la mesa de la cocina—, vamos a la cama.

Bajó sus manos por los hombros de Susana, fue a su cintura y levantó la camiseta para pasar sus dedos sobre su piel.

—Está María.

Fue la única excusa que ella fue capaz de pensar. No podía negar que lo deseaba tanto como él, más cuando las manos de James bajaron jugando con adentrarse por la cintura de sus pantalones vaqueros.

—Vamos al sofá.

—Puede volver Fabio, James.

No era capaz de pensar con claridad, y si James seguía, no podría resistirse. Pero sabía que antes tenía que dejar solucionado todo con él, terminar la discusión que habían comenzado en el salón.

—Susana, quiero ser algo más que un amigo, ¿no estás deseando repetirlo? Porque llevo días que me vuelvo loco.

La confesión de James fue acompañada por un pequeño mordisco que hizo que ella dejase escapar un jadeo. Los dedos de él comenzaron a jugar con el borde de su ropa interior, dirigiéndose al camino que deseaba tanto desde que había pasado la primera noche con ella.

—Prometo taparte la boca cuando grites.

Sabía que ella podía negarse, pero entonces estaba dispuesto a encerrarla en el baño, la única habitación de la casa con cerrojo donde no los podrían interrumpir. Esperó una negativa, pero solo escuchaba la respiración entrecortada de ella mientras él la acariciaba, descubriendo, agradecido, que le deseaba tanto como él.

No hubo respuesta. Y James no esperó más.

Tumbada en su cama, apretando los labios para ocultar sus gemidos, la vio temblar bajo su cuerpo de nuevo después de que él se hubiera saciado del sabor de la piel morena de ella, besándola siguiendo el camino de su cuello a su ombligo, sin detenerse, hasta que los dedos de Susana se enredaron en su cabello y él se hundía en su cálido cuerpo.

Se tumbó a su lado después de deshacerse del preservativo en el baño y la atrajo sobre su pecho, mirándola fijamente, perdido en esos ojos negros que ahora parecían soñadores, enmarcados por las oscuras pestañas, con algunos mechones perdidos sobre su frente que él apartó con mimo.

—Susana —dijo James rozando sus labios con las yemas de sus dedos. Le encantaba el tono rojo que tenían después de los besos, y cómo ella los entreabría, en una muda invitación—, soy tu novio, no tu amigo.

Ella rio bajito, sacudió la cabeza y se movió para tapparlos con el edredón, recostándose sobre él.

—¿Ya no estás enfadada?

Pasó su mano por la espalda de ella. Le encantaba tenerla tan cerca, desnuda, sin nada entre ellos. Susana suspiró, acariciando el torso de James, pensando en lo que acababa de suceder entre ellos, en cómo se había sentido, y en que, siendo sincera consigo misma, llevaba días deseando hacer.

—Supongo que no.

—¿Y puedes decirme ahora qué te enfadaba?

—No lo sé, James, pareces tan... Todo esto ha pasado tan rápido. Y no quiero perderme, James; no otra vez.

Él besó sus labios, mordiendo el inferior antes de alejarse solo unos centímetros y mirarla, decidido y firme.

—Dime que no te vas para dejarme, que no estás escapando. Dime que vas a regresar.

—Voy a regresar.

—¿Me lo prometes? —pidió.

—Te lo prometo. Voy a regresar.

La voz de ella era casi imperceptible, y él no quiso presionarla. Sabía mucho de errores y de cómo el pasado podía convertirse en un dolor de cabeza, también conocía cómo el miedo te mordía por dentro. Así que lo único que hizo fue abrazarla, y respiró más tranquilo que en mucho tiempo. El aquí y ahora era suficiente para él.

Escuchó el sonido de unos pasos, una voz... un ligero llanto... Y James se removió, inquieto, al darse cuenta de que no dormía en su cama.

Cuando abrió los ojos, vio a Susana a su lado. Estaba cogiendo a su hija de la cuna, y la luz de la mañana ya entraba por la ventana.

—Me que he quedado dormido —dijo, más para comprobar en voz alta que aquello era verdad que por otra cosa.

—Voy a dar el desayuno a María. Sigue durmiendo si quieres.

Salió de la habitación con la niña en brazos, dejó a James tumbado mirando el techo. ¿Cuántas horas había dormido? Se encontraba relajado, sin resaca, sin dolor de cabeza. ¿Bien? Sí, esa era la palabra.

Respiró profundo mientras su nueva realidad le golpeaba por completo. El día anterior había conocido a la hija de Susana, a su amigo Fabio, y luego había estado con ella. Su cuerpo le recordó que acababa de despertar y sonrió al pensar que ahora podía tener a Susana todas mañanas. Eran novios. Pronto vivirían juntos. Esta había sido con diferencia una de las mejores noches de su vida: había tenido sexo con la mujer que amaba y luego había dormido durante horas. ¿Y si había encontrado un somnífero más eficaz que ninguna de las pastillas que había probado? Tomó aire varias veces para evitar que los nervios comenzasen a correr. Le había dicho que era su novio, había dormido con ella, y la cuna de su bebé estaba a su lado. El vértigo no tardó ni un segundo en llegar. Esta no era su vida, este no era el James que conocía. Y, sin embargo, se sentía feliz.

Entró en la cocina después de vestirse y encontró a quienes ahora eran las dos mujeres de su vida. Susana estaba preciosa por la mañana, el pelo revuelto, recogido en una coleta y una camiseta rosa que realzaba el color de su piel, siempre dorada. Se acercó a darle un beso de buenos días, y la sonrió, encontrando que el brillo en los ojos de ella era precioso.

—¿Me dejas prepararte el desayuno?

Abrió el frigorífico y cogió lo necesario para hacer unos huevos revueltos mientras ella continuaba dando el desayuno a su hija. Estaba hambriento, y seguía con esa extraña sensación cosquilleando en su pecho que creció cuando María le sonrió para llamar su atención y él le revolvió el pelo, tan negro como el de su madre.

H abía ido a despedir a Susana al aeropuerto ese martes. Se habían mirado durante casi un minuto, hasta que él se atrevió a decir un *see you soon* que casi no consiguió salir de sus labios. Ella sonrió, lo besó, y se dirigió al control de pasajeros sin volver la vista atrás ni una sola vez. Y él consiguió regresar al coche y conducir a su oficina para mantenerse todo lo ocupado que podía. Esa misma noche hablaron y consiguió respirar de nuevo. Iba a ser muy duro, se había acostumbrado a estar a con ellas en tan poco tiempo, que parecía increíble. Ahora la separación era tan necesaria como dolorosa. De estas semanas su amor saldría fortalecido, eso había dicho Chloe, y él había estado de acuerdo. Demostraría a Susana que la quería.

Cuando llegaba la noche, sin embargo, y su apartamento estaba en silencio, aquella vocecita dentro de su cabeza repetía sin cesar que todo se iba a ir a la mierda y sentía unas ganas terribles de abofetear a su hermana por haberle convencido de que la dejara marchar.

James decidió acudir a la cena familiar esa semana. Quería hacerlo, quería hablarles de Susana y de cómo había cambiado su vida gracias a ella. Por primera vez en mucho tiempo no se avergonzaba de llevar el apellido Baker, ni tampoco sentía vergüenza cuando su hermana llamaba el sábado por teléfono para despertarlo, o más bien para comprobar que continuaba con vida. Tampoco la sentía cuando su madre llamaba.

Conversar con su madre dejó de ser un algo doloroso para convertirse en un momento de calma, casi normal, podría decirse. Evitaba hablar demasiado de Susana, pero sin querer había ido dando pequeños datos, porque ahora, como se repetía una y otra vez, por primera vez había algo bueno en su vida que compartir con ellos.

Así que, finalmente aceptó la invitación de su madre para una cena en sábado por la noche, nada menos, y reunirse allí con toda la familia.

La alternativa de cenar algo de pizza o un sándwich viendo la televisión en soledad, no era demasiado buena, eso se había dicho a sí mismo como excusa.

A las seis y media en punto tocó el timbre de la casa paterna. Una gran casa. Ladrillo rojo y una imponente puerta de madera, ventanas blancas que se presentaban vestidas con cortinas y un pequeño jardín pulcramente cuidado alrededor. No era una mansión, pero aquella casa en Hampstead no estaba al alcance de la mayoría.

Su padre, Richard Baker, había trabajado duro para ampliar el capital heredado de joven, y su madre Emma Baker, había aportado parte de un pequeño capital familiar, así como su trabajo. James siempre había admirado las creaciones de su madre, ilustradora de cuentos, y nunca había podido entender que ella se enamorara de un

hombre frío y gris como su padre, un economista de cierto renombre en la City. Ahora, él mismo se encontraba siguiendo sus pasos; paradójicamente, por mucho que hubiese odiado a su padre, terminó amando los números y estudiando economía para ser una promesa, término que llevaba escuchando desde que tenía memoria y parecía ligado a la palabra futura por demasiado tiempo.

Cada vez estaba más cerca de la treintena y ya no había duda acerca de su capacidad para negociar y vislumbrar las posibilidades y las alternativas a ganar dinero cuando las tenía frente a sí. No había fracasado en su trabajo: su mente, por alguna extraña razón, era capaz de centrarse en esas pequeñas cosas que a otros les pasaban desapercibidas y que le conferían la misma visión para los negocios que tenía su padre. Era un Baker.

Cuando la puerta se abrió, todo su mundo se tambaleó y volvió a ser un adolescente que regresaba a casa. Frente a él, su madre, Emma. Vio con claridad el paso de estos años en sus ojos, las pequeñas arrugas alrededor, y también un velo de tristeza, aquel que podía recordar siempre. Le abrazó antes de que James estuviera preparado, aunque probablemente no llegaría a estarlo por mucho que se hubiera mentalizado para este momento. El conocido perfume a jazmín de ella lo relajó de forma inmediata y le devolvió el abrazo, quizá demasiado fuerte.

Volvía a casa.

Cuando su madre lo soltó, pudo ver el rastro de alguna lágrima en su rostro, pero ella sonreía, y así hizo él, incapaz de pronunciar ninguna palabra. Ella le pasó la mano por el pelo, en un gesto tan conocido como doloroso, por ser el que le hacía recordar lo lejos que había estado de su familia, y James sujetó su mano temblorosa y la besó como un caballero, mostrando una gran sonrisa, recordando de golpe que ella siempre decía que sus ojos azules eran capaces de iluminar cualquier noche.

—Pasa al salón, tus hermanos ya han llegado —le dijo, y desapareció camino de la cocina, esperando recomponerse un poco. No quería mostrarse demasiado ansiosa con su hijo e incomodarlo. Richard le había dicho que necesitaría espacio, que debían ser cautos, y ella pensó que ocuparse de terminar de preparar la cena que la cocinera había dejado casi lista era lo mejor para calmar sus nervios.

Chloe se levantó en cuanto vio entrar a su hermano en el salón contiguo al comedor, y le dio un abrazo cariñoso, besando sus mejillas y al momento James se sintió contagiado por su optimismo.

—Buenas noches —saludó a su hermano mayor, que le miraba sonriente desde su lugar privilegiado en el sofá, por el que tanto habían peleado de pequeños.

James cogió un canapé de una bandeja dispuesta sobre la mesita pensando que quizá con comida su estómago dejase de subir y bajar como en una montaña rusa, y ocupó su lugar al lado de su hermano

—¿Qué tal te va con Susana?

—Bien, Chloe. Creo que la has convencido para ir de compras en cuanto regrese.

La sonrisa de su hermana era divertida, y él negó con la cabeza riendo.

—Cuidarás de María para que podamos salir solas, ¿verdad?

Richard soltó una risita, mirando a su hermano pequeño indefenso frente a Chloe.

—Chloe, verdaderamente sigue sorprendiéndome que no supieras que ella tenía una hija —dijo James, mordaz, porque no había creído ni por un instante la sorpresa

que ella fingió cuando se lo había contado—. Dios, necesito tomar algo. —murmuró y se levantó hacia la mesa donde se encontraban las bebidas y las copas. La verdad era que tenía el estómago como si hubiera comido piedras. Sin embargo, ellos parecían relajados y tranquilos.

—Ponte algo fuerte —le aconsejó Richard. La sonrisa divertida seguía en su rostro—. Papá bajará enseguida, está cambiándose de ropa.

—Podemos ir a cenar, por fin estamos todos. —Allí estaba Richard Baker, su padre, que parecía firme al lado de su esposa, bastante más nerviosa.

Todos se pusieron serios. La situación no era en absoluto normal, aunque lo fingieran, y caminaron tras sus padres para ocupar los asientos alrededor de la mesa del comedor dispuesta con elegancia y pulcritud. A James se le apretó el nudo en la garganta al comprobar que nada había cambiado en todos estos años. Su madre siempre había disfrutado organizando cenas y almuerzos, cuidando el cada detalle para que todos disfrutaran de la comida. Abandonó en último lugar el salón, y al pasar junto a su padre recibió una palmada en la espalda a modo de saludo.

El patriarca de la familia ocupó la cabecera de la mesa, y James tuvo que tomar el lugar situado a la izquierda de su padre, frente a su madre y con su hermano sentado a su lado. Tomó aire despacio y pensó que podía enfocarlo como una cena de negocios.

No prestó demasiada atención a la comida y tampoco tomó vino. Tanto él como Chloe tomaban aquella agua mineral Antipodes que se había puesto de moda el último año. El precio prometía que debía ser una mezcla perfecta y pura que te trasladara a un manantial en la naturaleza salvaje del otro lado del mundo; para él solo era agua helada con la que conseguía calmar un poco su nerviosismo. Mientras permanecía observando a todos, la conversación fluyó a su alrededor gracias a Chloe y a su hermano. James estaba concentrado en estudiar a su padre para comprobar si de verdad estaba cómodo con la situación, y de vez en cuando se cruzaba con una mirada de su madre, que no dejaba de observar a su hijo pequeño, por fin estaba sentado a la mesa familiar.

—James tiene una novia encantadora, mamá —soltó de repente Chloe, dándole una patada por debajo de la mesa como cuando eran niños.

—¿Cómo se llama, James? —preguntó su padre. Obligado a salir de su silencio, James miró a su hermana y luego a su madre.

—Susana, su nombre es Susana. Seguro que Chloe os ha hablado de ella.

—Bueno, qué esperabas. Les he hablado de ella, por supuesto. Y de María. Es una niña encantadora y su madre la está educando muy bien—se apresuró a añadir Chloe.

—Gracias, Chloe —contestó James agradecido. Sabía que su hermana era su mejor aliada, pero al menos esta vez no necesitaba inventarse historias sobre él para hacerle quedar bien.

—Esperamos conocerla pronto —dijo su madre, mientras añadía un poco más de carne en su plato.

—Mamá, no creo... —Se detuvo a mitad de la frase al ver la expresión de su hermana, que le avisaba con los ojos—. No creo que pueda comer más.

Chloe sonrió satisfecha. Llevaba razón, no era momento de contradecir a su madre, y después de todo no es que quisieran conocerla ese mismo día. Todo llegaría, sin duda.

«Eso suponiendo que ella regresase de su viaje a España», pensó James sin poder evitarlo.

James se encontró hablando de su trabajo cuando su padre le hizo un par de preguntas, y contestando a su hermano Richard, el abogado de la familia, sobre la legalidad de algunos de los movimientos fiscales en los que trabajaba. Sin darse cuenta, la cena terminó sin tensiones y su madre se levantó para retirar los servicios. Cuando fueron a ayudar, los detuvo con una expresión seria y los mandó al salón de nuevo, donde podrían tomar algún dulce y una copa para conversar. La naturalidad de la situación le pareció divertida, sus hermanos desoyeron las quejas de su madre y ayudaron a retirar los platos, mientras él volvía a quedarse en un segundo plano, observando.

Hacía demasiado tiempo que no vivía una escena como aquella.

Demasiado tiempo sin familia.

¿Acaso durante todos esos años ellos no habían notado su ausencia? Sintió una punzada de dolor al pensar, que tal vez, incluso se sentirían aliviados al poder cenar sin él, sin discusiones y sin tener que fingir que no se daban cuenta de que él ni siquiera era capaz de sujetar la copa con firmeza.

La vida había continuado, aunque él no participara en ella.

Su padre le hizo una seña al pasar a su lado y él le siguió con paso firme hasta su despacho. Adoptó al momento la misma actitud profesional que tenía en los negocios, en un intento de protegerse de lo que vendría de aquella reunión. No iba a ser agradable, lo sabía.

Richard Baker tomó asiento en uno de los sofás de cuero de su despacho, aparentemente relajado, con una copa de hielo en la mano en la que vertió un par de dedos de licor.

—Sírrete una copa si quieres —invitó a su hijo, con el mismo tono tranquilo que había usado durante la cena. James aceptó la invitación y se sirvió un poco de whisky, se sentó frente a él, ambos con las piernas cruzadas, midiendo sus fuerzas

—Me alegro de que hayas venido —comenzó.

—Gracias. Ha sido una cena agradable.

—Tu madre es una gran cocinera, aunque hoy ha decidido que necesitaba ayuda. Estaba demasiado nerviosa y quería que todo estuviese perfecto. —Su rostro estaba tranquilo, calmado, y observaba a James con ojos entrenados en años de negociaciones. Dio un trago antes de continuar y miró a su hijo—. ¿Vas a trasladarte a vivir con tu novia?

—Sí. Si ella está de acuerdo, claro —contestó James, vigilante por el giro que podía tomar la conversación.

—Es una gran responsabilidad cuidar de un bebé.

—Creo que he tenido buenos ejemplos —concedió James, intentaba ser generoso con su padre. Sabía que en mayor medida la culpa de lo que sucedía era solo suya, no había duda.

Su padre desvió la mirada, tenso, como si un pensamiento triste le invadiera de forma sigilosa.

—Resulté ser un desastre, al final —admitió el Señor Baker al apartar la mirada y agitar los hielos de su copa.

James permaneció impasible. Así que este iba a ser el momento en que hablarían y tratarían de librarse de sus culpas, alcanzando un acuerdo, todo como si se tratase de un simple negocio.

—No voy a decirte que eso sea mentira. No seré condescendiente contigo.

—No pediré tu perdón, James.

—Ni yo el tuyo.

—Y esto, ¿en qué posición nos deja?

—En la única posible, supongo. Nos respetaremos como adultos que somos, simplemente.

—Necesito un compromiso por tu parte, James —presionó su padre. El paso que esta noche había dado su hijo debía ser parte de un firme propósito para continuar con la normalización de su vida.

—Tienes mi palabra.

Ambos se observaron con dureza, y su padre no hizo el menor intento de ser amable.

—Debería de ser suficiente —insistió James.

El Señor Baker continuó en silencio, sin contestar, y James supo lo que debía ofrecerle. No podía juzgar a su padre por ser inflexible y no confiar en él. Le había fallado demasiadas veces en el pasado, y sabía que ni siquiera el tiempo haría que lo olvidase.

—Hace semanas —comenzó, sin apartar la mirada de su padre. Sin necesidad de aclararlo, ambos sabían lo que quería decir con esa frase—. Ahora tengo a Susana. Ella es mi nueva vida ahora.

—¿Es eso suficiente, James?

Su hijo se pasó la mano por el pelo, dejó salir el aire despacio y por un momento bajó sus defensas. Estaba frente a su padre, y le tenía en sus manos. Y era consciente de que necesitaba de forma desesperada ser aceptado de nuevo en su familia.

—El trabajo me va bien y espero trasladarme pronto a vivir con ellas, como te he explicado.

—Me hablas de tu trabajo, de Susana... pero no de ti. ¿Qué hay de ti? ¿Qué sucederá si ella no regresa?

James se dejó su bebida sobre la mesa y se levantó. Frente a su padre nunca había podido permanecer impasible. Caminó hacia la ventana y miró la oscuridad del exterior en silencio.

—No me has contestado, hijo.

Sin darse la vuelta, mirando como si pudiera encontrar las respuestas en el exterior, comenzó a hablar. Era otra vez aquel chiquillo que entraba en el despacho de su padre siempre que llegaban las notificaciones del colegio, para recibir las felicitaciones por su expediente académico o los castigos por su comportamiento. Y, como entonces, no encontraba las respuestas que su padre necesitaba.

—No lo sé. No sé qué haría si ella no regresa. No quiero pensar en eso. Sería demasiado... difícil. De alguna forma ella me equilibra. Cuando estamos juntos me siento tranquilo. Es algo extraño, lo sé, absurdo. Pero es así como me siento: Tranquilo. Espero cada día la hora de poder verla, de estar juntos, y de jugar con María, también —se interrumpió e hizo una mueca al darse cuenta de lo inadecuado

de ser tan sincero—. Debo parecerte patético.

—Tanto como yo mismo. Así es como yo me siento con tu madre, y como me sentía con vosotros. Esperaba cada día poder ver a tu madre y descansar a su lado, nada más; solo respirar y relajarme. Creo que eso sucede siempre que encuentras a tu mujer James. Te complementa. Recuerdo la sensación cuando conocí a Emma. —La voz de Richard Baker sonó mucho más cálida y tranquila, mirando a su hijo de espaldas, enmarcado por la oscuridad de la noche. Se dijo que en verdad aquella imagen parecía una metáfora de la vida de James, un joven que siempre había estado buscando algo más en el exterior, sin saber siquiera si aquello existía fuera de su imaginación.

—¿Cómo lo soportas? Odio despertarme sin ella. —La pregunta de James era una clara alusión a la situación que había ahora entre sus padres, y no se atrevió a mirarle a los ojos. En esos momentos no eran padre e hijo, sino dos hombres hablando de algo que por fin tenían en común: el estar enamorados. Uno al lado del otro, juntos, fingiendo ser los duros hombres de negocios que aparentaban para los desconocidos.

—Suelo permanecer en el despacho, intento molestar a tu madre lo menos posible. Imagino que estás informado de que no compartimos habitación desde hace años. —El Señor Baker volvió a su tono de voz inexpresivo, como si todo aquello fuera normal, como si no hubiera nada extraño en que él se mantuviera alejado de su esposa, compartiendo solo los almuerzos y las cenas—. No debes preocuparte, no es culpa tuya, James. Es una decisión que tomamos los dos. Yo no era capaz de separarme de ella, y ella no quería seguir compartiendo su vida conmigo. Me permitió permanecer en la casa siempre que me mantuviera alejado y no intentara nunca volver a ser un matrimonio. No te negaré que es difícil, pero al menos puedo cuidar de mi esposa y verla cada día. El resto no tiene importancia para mí.

Su hijo asintió ante la exposición clara y sencilla de la vida matrimonial de sus padres, sorprendido por lo sencillo que era para su padre aceptar aquella situación o, al menos, lo fácil que quería hacerlo ver.

—Sería peor no verla —continuó el Señor Baker—. En realidad, no es tan malo. Hablamos y cenamos juntos, a veces incluso salimos de compras, planeamos los pequeños detalles de la casa y compartimos unos días de vacaciones al año. Y no he perdido la esperanza de que un día me perdone.

—Lo siento —dijo su hijo, girándose para quedar frente a él. James nunca había tenido una imagen tan real de su padre como en ese momento, nunca había visto al hombre que ahora tenía frente a él.

—No es tu culpa, James

—Lo es. Todo fue mi culpa —dijo James.

—No, yo también la tuve. Intenté presionarla demasiado, fui terco y cabezota. No era capaz de ver el daño que le estaba haciendo. Al final te eligió. Nunca debí ponerla en esa situación, cualquier madre habría hecho lo mismo. Sufrió mucho, James, por culpa de ambos. —Su padre estaba ahora frente a él; aunque su hijo le ganaba en estatura, él era un hombre fuerte que todavía podía presentar mil batallas—. No te mentí cuando te dije que te obligaría a marcharte, lo haré. La protegeré, aunque tenga que irme luego. Imagino que esto puedes entenderlo.

Justo cuando James estaba a punto de decirle que no haría falta, que no volvería a

hacer daño a su madre nunca, tocaron a la puerta y se abrió. Su madre entró en el despacho, solo un paso, y se detuvo alternando la mirada entre ambos.

—Está todo bien, Emma —dijo el Señor Baker, y fue a sentarse frente al ordenador que ocupaba parte de la mesa de color caoba, después de dejar un suave beso en la frente de Emma, apenas un roce.

—James, tus hermanos están haciendo planes, imagino que te gustaría participar —dijo a su hijo, invitándole a acompañarla.

Cuando James ya se encontraba en la puerta del despacho, ella se volvió hacia su esposo.

—¿Vienes, Richard?

Él se levantó inmediatamente de su silla y caminó a su lado, con una sonrisa sincera en el rostro.

—Por supuesto, Emma.

Encontraron a Chloe explicando a su hermano mayor los planes de un fin de semana en París con su novio Jack. Parecía entusiasmada. James se sentó al lado de su hermano y su padre frente a ellos, en un sillón individual. Emma se colocó a su lado reposando en un brazo del sofá, con la mano sobre el hombro de su esposo, y James observó cómo él levantaba su mano para entrelazar sus dedos con los de ella, con una sonrisa satisfecha en el rostro. Los ojos del Señor Baker parecían emocionados, y su hijo se sorprendió de que un gesto tan sencillo por parte de su madre fuera capaz de proporcionarle tanta felicidad.

Por primera vez comprendía lo que sentía su padre. Y descubrió cuánto añoraba a Susana.

La cena en casa de sus padres fue todo un éxito y James se encontró dentro de una nueva vida: una vida de llamadas felices y cordiales por parte de su madre, de invitaciones de sus hermanos para compartir cenas y salidas, e incluso una llamada de su padre para interesarse por algún aspecto de su trabajo. Todo discurría como si fuera una primavera, pero no lo era.

Para James los días no eran demasiado difíciles. Al regresar del trabajo se mantenía ocupado casi siempre y su hermano le había convencido para acompañarle al gimnasio un par de veces. El problema llegaba cuando se hacía de noche. Susana estaría fuera dos semanas más. Antes de acostarse hablaba con ella y comentaban cómo había sido el día. Entre todas las palabras, se colaba algún tímido «te echo de menos», siempre seguía un silencio por parte de ella. Tampoco era fácil para Susana, podía notarlo en su voz, parecía triste y él deseaba estar a su lado y poder estrecharla entre sus brazos para dormir.

Dormir. Solo eso. Sentirse a salvo de los gritos que no cesaban dentro de su cabeza.

Al final de cada día, James estaba a solas peleando contra sus propios fantasmas.

Recordaba el tiempo pasado y le costaba reconocerse a sí mismo, como si este no fuera él. Porque el antiguo James Baker no solía encontrar diversión en pasear con una mujer y un bebé, o en ver la televisión un sábado por la noche comiendo patatas fritas.

¿Quién era el auténtico James Baker?

El miedo irracional a que ella no regresara, a descubrir que todo había sido un simple sueño, se enredaba entre sus pensamientos y trepaba por cada célula de su cuerpo.

¿En qué momento se había perdido?

Era viernes por la noche, estaba tumbado sobre su cama, solo, esperando que pasaran las horas sin más, con el teléfono móvil a un palmo de distancia de su mano para no perder ni un segundo si ella le llamaba. Pero eso no sucedía.

Eran exactamente las dos de la madrugada.

Estaba sereno.

Y solo.

No podía dejar de pensar en ella.

Se suponía que debía de estar contento con esto, pero no lo estaba, maldita sea, no estaba nada contento.

Si esto era la realidad necesitaba una buena dosis de lo que fuera para escapar o al

menos para conseguir dormir unas horas.

James se levantó de la cama y caminó descalzo por la casa. El suelo estaba frío, pero le hacía sentirse despierto, sentirse real. Chloe no le había obligado a deshacerse del alcohol y decidió beber un trago para intentar calmarse, sabía que eso no era suficiente. Quería, necesitaba, algo más fuerte. Sentir su cerebro brillante, su cuerpo despierto, moverse entre la gente, reír, gritar y escapar.

De eso se trata todo, de la necesidad de escapar.

Aunque luego terminase tendido en la cama, con los ojos abiertos, incapaz de cerrarlos y con sensación de vacío, durante esas horas era libre.

Necesitaba escapar de sí mismo. Porque dentro de su cabeza estaba su peor enemigo. Allí encontraba todo lo que no había sido, lo que era, lo que esperaban de él y, sobre todo, lo que nunca sería. La decepción era dolorosa. No había sido capaz de conseguir ninguno de sus sueños. Vago, indolente, nervioso, o quizá todo a la vez.

Tal vez había sido el miedo; el miedo a intentarlo siquiera. El terror a fracasar.

Si fracasaba, sabría que no podía, que nunca llegaría, y eso no podía permitirselo.

James Baker se encontraba luchando continuamente por mantener el equilibrio. Todo formaba parte de la gran mentira que habían creado. El gran James, joven triunfador.

Se dirigió al cuarto de baño y se refrescó la cara. Su rostro en el espejo no le mostró nada bueno, pero lo ignoró como siempre.

Si pudiera dormir solo unas horas tal vez todo sería más fácil.

Ahora un nuevo miedo se había sumado a los conocidos. ¿Qué pasaba si ella le descubriría? ¿Y si todos estaban equivocados? ¿Y si él no era tan especial como ellos se empeñaban en pensar? ¿Y si era un fraude?

Se observó en el espejo, los ojos azules enmarcados en unas ojeras que le daban un aspecto mucho más mayor de lo que en realidad era.

Esto era él. Un espejismo.

James sentía que cuando se encontraba semiinconsciente todo desaparecía a su alrededor, se volvía difuso. Parecía que su cuerpo era capaz de percibir cada pequeña mota de polvo, cada sonido. Por fin sentía algo.

El sexo era genial entonces, todo formaba parte de la necesidad de mantener algo dentro de sí mismo, de poder relajarse, de poder disfrutarlo, tenerlo, usarlo, maldita sea... De olvidarse de sí mismo.

Si pudiera olvidarse de lo que era, tal vez fuera feliz. Terminó su copa y la volvió a llenar. Los siguientes tragos resultaron más fáciles. Hacía unos días que no dormía bien y esto le estaba matando. Necesitaba una escapada, lo sabía, si no desconectaba pronto sería doloroso.

Pero James también sabía que la perdería. ¿Estaba dispuesto a perderla? Se suponía que ella debería de hacerle sentir mejor, de hacerle sentir feliz, realizado, contento, todas esas cosas que se dicen de los hombres enamorados.

Tal vez no estaba enamorado. No podía saberlo, nunca lo había estado. Y a lo mejor esto solo era culpa de su empecinamiento por llevar una vida normal, aceptable. Terminaría haciéndose daño a sí mismo y a ella.

James miró su vaso y lo dejó sobre la mesa de la cocina. Las cuatro de la madrugada. Todavía le quedaban horas hasta que Chloe llamara.

No quería decepcionar a su hermana. Ella había puesto todas sus ilusiones en él y en Susana. Esto es lo que se suponía que debía hacer: sentar la cabeza, tener una relación, incluso una familia. Todos serían felices. Al fin parecía que podían dejar de estar preocupados por él.

Si pudiera dormir sería más fácil.

El ruido del teléfono le sobresaltó y supuso que eran las once de la mañana. Hora de sonreír para Chloe; hora de ser James de nuevo, aunque esto le estuviera matando.

—Buenos días, James.

—Chloe. —Cuando dijo el nombre de su hermana en voz alta se dio cuenta de lo extraña que sonaba su voz.

—¿Estás bien, James? —preguntó preocupada. La voz de él sonaba ronca y apagada.

—Sí.

—¿Has dormido?

—Unas horas —admitió, demasiado cansado para mentir.

—¿Y ayer?

—No, Chloe.

—James, tal vez deberías ir al médico.

—No te preocupes. Tomaré algo. —Sabía que no serviría de nada un médico: o te obligaban a hablar durante horas o te recetaban fármacos. Ya tenía lo segundo y lo primero no lo necesitaba.

—James, ¿cuántos somníferos has tomado?

—Ninguno hoy y no tengo intención de suicidarme. —Intentó sonar irónico, pero no lo consiguió.

—Vas a terminar enfermo, James.

No dijo nada, en realidad no podía pensar con demasiada claridad.

—James, inténtalo.

—Es difícil, Chloe.

—Lo sé.

No dijeron nada más, y él decidió que era mejor terminar allí la conversación.

—Chloe, voy a darme una ducha. Necesito entrar en calor —dijo al sentir un escalofrío.

—Bien, ¿quieres que te llame luego?

—No hace falta. Un beso.

Colgó el teléfono antes de que su hermana insistiera y caminó al cuarto de baño. No había mentido, pretendía darse una ducha y quitarse así la sensación pegajosa de una noche en vela bañada en alcohol, tenía frío y la cabeza embotada. Se odió a sí mismo por haber vuelto a caer, por mentir a su hermana. Era un miserable. El agua fría limpió su piel, pero no consiguió calmar su conciencia.

El resto del día lo pasó como un zombi, con los nervios a flor de piel, mirando la hora de forma compulsiva. Quería llamarla, no podía esperar hasta la noche para escuchar su voz. Tal vez sería sincero, tal vez le diría que no la merecía, que lo mejor sería que no regresase, que él no tenía nada que ofrecer. O tal vez, como el cobarde que era, la escucharía hablar y contar otro día más con su familia, en la playa, riendo y jugando con María. Sin él.

Sentía escalofríos, las fuerzas le abandonaban y no conseguía pensar con claridad. En algún lugar de su cabeza, entre el tornado que estaban formando sus emociones, supo que necesitaba ayuda. Buscó su teléfono móvil y tardó varios intentos en decidir si llamar a Chloe o a su hermano.

—Richard.

No dijo nada más, no tenía fuerzas para pronunciar ni una sola palabra.

No sabía si había colgado el teléfono, solo lo había dejado caer al suelo. Le temblaban las manos y se moría de sed. Sentía como si su garganta estuviera abrasada, en carne viva, la piel le quemaba al tragar. Tenía que beber algo. Lo que fuera. Tal vez le calmara fumar. Sí. Eso era. Se prepararía un poco de hierba, daría unas caladas, solo un par. Eso siempre conseguía calmarlo. El fogonazo en el salón le hizo gemir de dolor. Abrió los ojos. No había nada. Todo seguía a oscuras. Quizá se había fundido la luz. O quizá él se estaba quedando ciego. Sí. Eso era. Estaba teniendo un ataque. Tal vez un infarto cerebral. Era posible. Había escuchado que podía pasar incluso a hombres jóvenes. Y él sabía que había jugado demasiadas cartas para algo así. ¿Había sonado el timbre? No conseguía pensar con claridad. Estaba cansado. Sí. Eso era. Cansado. Sus pensamientos daban vueltas y vueltas. Dolía. Necesitaba calmarse. Pronto pasaría. Tenía que llamar a Chloe. Ella podría ayudarle.

Richard encontró a James tirado en el sofá. Tiritaba y murmuraba. Tenía la camisa pegada a su pecho, el pelo mojado y los puños apretados.

—Joder, James, qué te ha pasado —por supuesto, no hubo respuesta y él se temió lo peor.

Cogió el teléfono móvil y marcó el número de emergencias. Mientras esperaba que llegaran los sanitarios, se sentó a su lado y sujetó a su hermano como le habían explicado, para evitar que se ahogara si vomitaba.

Se sorprendió de su propia frialdad. No sentía nada. En su cabeza, se encontró en el pasado, reviviendo aquella ocasión en que tuvieron que reanimar a James frente a sus ojos. Y pensó que nada había cambiado. Era como si, después de todo, este fuera el orden natural de la vida. Miró a James y deseó poder llorar o gritar. Lo acompañó en la ambulancia y se quedó sentado en la sala de espera, mirando las baldosas del suelo. ¿Debía llamar a sus padres? ¿A Chloe? Sabía lo que significaría. Esa maldita llamada iba a destrozar el corazón de alguien, él solo tenía que elegir la víctima, como si fuera un francotirador. Odiaba a James. En aquel momento lo odiaba con todas sus fuerzas por obligarle a hacer daño a las personas que más quería.

Su padre apareció en menos de media hora. Había sido la víctima elegida. Se sentó al lado de su hijo mayor y pasó la mano sobre los hombros. No dijeron nada. Como en las otras ocasiones, solo esperaban en silencio.

Hasta que por megafonía resonó el apellido familiar. Ambos caminaron, tan seguros y calmados como podían, hasta la sala en que esperaba un médico para darles el informe. La vergüenza teñía la mirada del hijo, el padre solo suplicaba en silencio que su pequeño estuviera bien.

—James está estable. Todavía no tenemos los resultados de todas las analíticas.

El señor Baker asintió agradecido. Al menos su hijo tendría otra oportunidad.

—En su historial aparece una visita anterior en circunstancias un poco complicadas —comenzó el médico, con la discreción habitual—. Los primeros

análisis han dado negativo en las drogas habituales. La verdad es que su historial nos ha retrasado un poco.

El doctor les miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado entonces? —preguntó Richard confuso.

—Tiene una neumonía.

Richard miró al doctor con los ojos muy abiertos, como si le acabaran de dar un puñetazo en el estómago.

—¿Una neumonía? —volvió a repetir las preguntas del médico, incapaz de entenderle.

—Sí. Ahora está en tratamiento con antibióticos y también hemos bajado la fiebre. En un par de horas pasará a una habitación, no creo que haga falta que esté vigilado. Siento que hayamos tardado tanto en informarles, como les digo, no hemos querido comenzar con el tratamiento hasta estar seguros de que no había tomado ninguna droga. Con los antecedentes de James es peligroso ir demasiado deprisa. Tendremos que vigilar de cerca para conseguir que sus defensas se mantengan en niveles aceptables a partir de ahora. Pero estoy seguro de que va a mejorar muy rápido.

El doctor los miró esperando alguna pregunta.

—¿Podemos verlo?

—Sí, claro. Solo uno de ustedes, por favor, hoy las urgencias están abarrotadas.

Richard se levantó de la silla al ver que el doctor daba por finalizada la pequeña charla y miró a su padre.

—Ve tú.

Salió del hospital sin esperar ni un segundo. Se asfixiaba. No era capaz de respirar. ¿Qué había dicho el médico? Que su hermano estaba limpio, que no era una sobredosis. James tenía una neumonía. Una sencilla neumonía. Joder, James estaba enfermo.

No se lo podía creer.

Su hermano. Enfermo.

Le dolía el pecho y le ardían los ojos.

El frío de la noche le golpeó cuando cruzó las puertas automáticas del hospital. En las aceras próximas al edificio había más personas, gente fumando, hablando por teléfono, paseando. Ahora podía estar entre ellos. Porque su hermano James estaba enfermo. No era un drogadicto. Estaba enfermo.

Gritó como si el aire desgarraba su pecho.

Varias personas se dieron la vuelta, pero no le dirigieron más de una mirada.

Su hermano estaba enfermo. Y él era un mierda, un hombre sin sentimientos incapaz de sentir compasión por James cuando le había encontrado tirado en el suelo.

Había querido terminar con todo aquello. Sí. Lo había deseado.

Estuvo un montón de tiempo allí parado, apoyado contra la pared de la entrada. Uno más entre tantos parientes de enfermos. Hasta que su padre se acercó a él.

—Vamos, Richard. No llevas ni chaqueta.

Entonces reparó en que estaba en camiseta. Había salido de casa en camiseta y con los pantalones deportivos. No se había detenido ni un segundo.

—Lo siento —musitó.

Su padre le sujetó el rostro entre las manos, le miró con firmeza antes de hablar.

—Está bien, Richard. James está bien.

—Cuando lo vi tirado en el suelo... quería que todo terminara. Creía que otra vez...

—Richard, basta. Ahora está bien.

Pero su hijo no podía detenerse. Las palabras le quemaban en el pecho.

—Ni siquiera le hablé. No quería. Estaba enfadado con él.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Richard mientras su padre lo rodeaba con sus brazos. Sollozó cuando el dique de sus emociones se rompió. Demasiados años, demasiadas noches con el miedo atenazando su pecho, escondido, arañándolo por dentro. Tantas llamadas fingiendo que solo quería charlas, preguntar alguna tontería. Esas conversaciones interminables con Chloe, compartiendo el dolor de su hermana.

Él había querido que todo terminara. No había soportado otro fracaso más.

Cuando consiguió calmarse se encargó de llamar a su madre y a Chloe mientras su padre entraba de nuevo para acompañar a su hermano esa noche.

* * *

—He hablado con Susana.

—¿Qué tal está?

—Bien. Le he dicho que tenías una pequeña indisposición estomacal.

—¿Qué?

James miró a su hermana confundido.

—No sabía qué decir, la verdad.

—Está bien, Chloe. Es mejor que no se preocupe.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Parece que hoy no tengo fiebre. Pero siento como si tuviera los brazos de gelatina. Es asqueroso.

—Te ves así. Tienes el color de los libros viejos. Solo que más pálido. Y el pelo...

Chloe pasó sus dedos por la frente de James y colocó unos cabellos hacia el lado izquierdo.

—Te traeré un champú que he descubierto. Te deja el pelo suave y con un brillo dorado estupendo. Ya verás.

James sonrió. Su hermana siempre pensaba en la belleza, incluso en una triste y austera habitación de hospital.

—¿Qué tal está?

—¿Quién? —preguntó Chloe despistada.

—Susana. ¿Qué hablaste con ella?

—Muy poco. Le dije que habías tenido un mal día y estabas enfermo. Se lo ha creído, claro. Y luego hablamos sobre sus padres. Creo que la agobian un poco. No parecía estar muy contenta.

—Eso me parece cuando hablo con ella.

—Pregunté por María y eso la animó. Pasan los días en la playa y paseando. Dice que a la niña le encanta el mar. Es normal, supongo. Si yo pudiera vivir en el Mediterráneo saldría pitando de Londres.

Chloe se dio cuenta del efecto de sus palabras sobre su hermano. Lo había dicho sin pensar, la verdad es que ella nunca podría vivir en ningún pueblo o ciudad pequeña. Adoraba el gentío, el tráfico, las tiendas, y caminar por calles abarrotadas de gente que corre sin mirar a su alrededor.

—Va a volver —aseguró con una sonrisa.

—Sí, volverá —dijo James. Necesitaba convencerse a sí mismo de que Susana iba a regresar a Londres.

—Sería muy tonta si te dejara escapar.

James hizo una mueca amarga al escuchar a Chloe.

—Claro, no hay más que verme. Soy un gran partido aquí en la cama de un hospital.

—No digas eso.

Chloe volvió a acariciarle el cabello con una mirada cargada de ternura.

—Yo creo que eres un buen partido. Y sabes que tengo buen ojo para los hombres.

—Eso no te lo niego. Tu novio es de los mejores.

—Sí. Lo sé. Y también sé os odiáis. Y me haría muy feliz que de una vez por todas dejarais todas esas tonterías. Sería mejor. Por lo menos más cómodo, ¿sabes? No tendría que estar preocupada por saber cuál de los dos va a arruinar una velada.

—Lo siento. Te prometo que lo intentaré.

Chloe se acercó para darle un beso en la frente y arrugó la nariz.

—Tienes que ducharte, en serio.

—En cuanto tenga fuerzas para levantarme, es lo primero que voy a hacer —aseguró James. Odiaba sentirse sucio y llevar impregnado en la piel el olor a medicamentos.

—¿Te han dicho cuándo podrás ir a casa?

—No, no me han dicho nada. Pero si no vuelvo a tener fiebre, supongo que podré irme.

—Bueno, tengo que marcharme ya.

—De acuerdo.

—¿Te puedo dejar solo? ¿Llamo a una enfermera?

—No te preocupes, estoy bien.

Chloe le echó un último vistazo. No parecía que estuviera en peligro y ella tenía que regresar al trabajo. Además, su madre llegaría pronto. James no había estado solo desde que hacía dos días le habían ingresado.

—Vete ya. Estoy bien —repitió James.

—Vale, llámame si necesitas algo. Mamá vendrá después del almuerzo.

—Tranquila. Te quiero.

—Te quiero —dijo Chloe y le lanzó un beso antes de cerrar la puerta de la habitación y dejarlo a solas.

James miró la porción de cielo que se divisaba desde su ventana. Era gris, como siempre. No era habitual que el cielo en Londres fuera azul, o al menos no ese azul

que llena los cuadros impresionistas y te hace soñar con una mañana de verano en la Toscana. El cielo de Londres, si estaba despejado, era de un azul desvaído, pálido. Tampoco el mar era azul. Porque las playas de Inglaterra estaban bañadas por el océano, no por un mar tranquilo y cálido como el Mediterráneo. El negro metalizado, el azul grisáceo, eran el polo opuesto al color turquesa o aguamarina que se imaginaba que estaría viendo Susana en esos momentos.

Mientras él miraba el cielo desde esa triste habitación de hospital, ella estaría tumbada en la arena disfrutando de los cálidos rayos de sol que la atacaban sin piedad desde un cielo despejado y limpio.

La echaba de menos. Llevaba dos días sin hablar con ella. Si por lo menos Chloe le hubiera contado algo más. Solo quería saber si ella estaba bien, si se divertía, si salía por las noches con sus viejos amigos, si había visto al padre de María... todas aquellas preguntas rondaban huérfanas de respuesta por su cabeza. Algunas de ellas, no se atrevería jamás a hacerlas en voz alta. Porque en el fondo prefería no saber si ella lo había visto. Prefería la duda a la dolorosa certeza.

¿Cómo sería él? ¿Moreno y alto? ¿Atlético? ¿De ojos oscuros y perfil italiano? ¿Se parecían los hombres españoles a los italianos o eso era una tontería?

—Buenos días. ¿Cómo estás hoy?

—Buenos días.

James sonrió a su madre. Emma llegaba con unas revistas de sociedad en la mano y una perfecta sonrisa.

—Tienes mejor aspecto.

—Gracias. Has venido demasiado pronto. Tenías que haberte quedado a descansar.

—Vanos consejos para una madre, James —replicó ella—. Te he traído unas revistas. ¿Te apetece que echemos un vistazo?

Su madre se sentó en una silla junto a la cama y abrió una de las revistas. Los dos pasaron las páginas entre bromas, comentarios ácidos y risas. Aquellos sombreros y trajes de flores que llenaban las páginas les hicieron olvidar los problemas y por un rato solo hablaron de cosas banales y efímeras como la moda y las carreras de caballos.

Y en todo ese tiempo, James no dejó de pensar en Susana.

—E stoy bien, de verdad —dijo por enésima vez James.

—Lo sé. Pero estaríamos más tranquilos si vinieras a casa unos días.

—Sería un poco extraño, ¿no crees, mamá?

Emma suspiró con el ceño fruncido. Su hijo tenía razón, sería muy extraño que regresara después de tanto tiempo, pero Richard no había puesto ninguna objeción cuando ella lo comentó la noche anterior. No quería que James estuviera solo en esos momentos.

—Mamá, mírame.

James se puso frente a su madre. Era más alto, aunque ahora había adelgazado y no parecía muy fuerte.

—Estoy bien —repitió con firmeza.

Ella lo miró, evaluando cada una de sus palabras.

—No tiene que ser así, James. Nos tienes a nosotros. Siempre nos has tenido.

—Y te doy las gracias por ello.

—Nunca nos has dejado ayudarte —le reprochó su madre, dolida.

—Quiero estar solo, mamá. Necesito estar solo.

—No es justo, James. Somos tu familia. Nos apartas de ti como si no fuéramos nada.

—No es eso, mamá, de verdad —intentó explicarse.

Había pensado mucho esos tres días en el hospital. Sabía que tenía que volver a su realidad y hacerse con el control. Iba a esperar a Susana, eso no admitía duda, pero quería demostrarse a sí mismo que podía vivir sin ella. No iba a volver a derrumbarse. Y cuando ella regresara, encontraría a un hombre capaz de mirarla sin miedo, un hombre dueño de su vida. Porque era eso lo que iba a ofrecerla, una vida a su lado.

—¿Entonces qué es? ¿Tan horribles somos para ti?

La mirada cargada de dolor de Emma atravesó a James y sintió como una vez más fallaba.

—No sois vosotros, mamá —musitó.

—Está bien. Puedes quedarte solo. Si nos necesitas sabes dónde estamos. Sabes dónde hemos estado siempre.

—Mamá, por favor —suplicó James al ver cómo ella cogía su bolso y se dirigía a la puerta.

—Te llamaré esta noche. Recuerda tomar los medicamentos y vigilar que no vuelves a tener fiebre. Descansa, James.

Fue una despedida desagradable. Su madre había pasado esos días acompañándolo en el hospital y él había disfrutado de los mimos y las sonrisas. Hasta le había llevado bombones rellenos de menta. Ahora todo regresaba a la normalidad.

Se tumbó en la cama, descansó y pidió algo de comida a uno de los restaurantes con servicio a domicilio que le había recomendado Chloe. Poco a poco recuperaba las fuerzas, así que se puso al día revisando su correo electrónico e hizo un par de llamadas para saber qué había pasado esos días en la oficina.

Hasta que por fin sonó el teléfono.

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestó.

La voz de Susana al otro lado del teléfono fue como un soplo de calor sobre su corazón.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor.

—Sigues insistiendo en que solo ha sido una gastroenteritis —dijo Susana en aquel tono de voz que indicaba que no había creído ni una palabra.

—Bueno, quizá ha sido algo más, pero ya estoy en casa.

—No entiendo por qué me has mentado.

James pensó cuánta razón llevaba Susana. Sabía que tarde o temprano tendría que ser sincero. Y no era solo sobre su enfermedad.

—No quiero que te preocupes. De verdad estoy mejor, ya estoy en casa y en unos días podré trabajar. Cuéntame cómo estáis vosotras.

Se recostó en el sofá con una manta y esperó con una sonrisa a que ella comenzase a hablar.

—Estamos bien —contestó ella, todavía molesta porque él siguiera empeñado en fingir que no había pasado nada.

Durante unos segundos ninguno dijo nada.

—Susana...

—¿Sí?

—Quiero volver a verte.

Aquella frase le quemaba en los labios cada vez que la pronunciaba. Tan sencillo y tan complicado. Volver a verla. Abrazarla. Contarle todo lo que había pasado.

—¿Volverás?

—Sí. Volveré.

—¿Y podré hacerte el amor toda la noche?

Susana sonrió. Había descubierto que a James le encantaba provocarla con esas frases cuando hablaban por teléfono. Al principio, solo habían sido pequeñas bromas, ahora lo decía con su voz grave y seria, y ella sentía cómo se le aceleraba el corazón.

—Toda la noche —musitó.

—No puedo esperar a tenerte entre mis brazos de nuevo. Tengo ganas de apartar tu cabello y besar toda tu espalda.

—James...

—¿Tú no tienes ganas?

—No es eso.

—¿Entonces? Deja que sueñe contigo, ya que me has abandonado.

—No te he abandonado. He venido para estar unos días con mi familia.

—Me has abandonado. Por el sol y la playa. Y me muero de celos al pensar en todos lo que pueden verte en bikini y bailar contigo.

James estaba muy confundido, pero Susana no le sacó de su error. Porque la verdad es que no había visto prácticamente a sus amigos desde que había llegado a Málaga. Ahora que había regresado se daba cuenta de cuánto había cambiado su vida. Prefería pasar el día con su hija en la playa, tomar el sol, leer y descansar, a terminar en alguna discoteca de madrugada. Y tampoco quería encontrarse con el padre de María.

—Seguro que te has puesto morena. Tengo tantas ganas de verte, Susana.

—Vuelvo en unos días.

—¿De verdad?

—Sí. De verdad —repitió ella. No dejaba de asombrarla que él siguiera preguntando, como si pensara que iba a cambiar de idea a última hora.

—¿Podré verte con uno de esos preciosos bikinis?

—¡James!

—No me regañes. Solo quiero que hagas topless para mí. Y yo te ayudaré con el bronceador —entre bromas y susurros, James sentía cada vez más ganas de tenerla a su lado.

Susana suspiró. Era inútil ocultarlo. Estaba deseando regresar a Londres.

—Solo unos días, y quizá te deje ver las marcas del sol... —se atrevió a decir.

Él soltó una carcajada. Susana lo volvía loco.

—Iré a recogerte al aeropuerto.

—No. No es necesario. No quiero que vengáis. Le he dicho a Fabio que no se preocupe.

—Pero Susana, es una tontería. No hay ningún problema.

—Exacto. No hay ningún problema. No es la primera vez que viajo y puedo volver en el metro a casa.

James no insistió. Sabía cuándo era mejor callar. Susana había decidido que no necesitaba ayuda y él podía entenderlo. Después de todo, había echado a su madre de casa con el mismo argumento.

—Está bien. ¿Me llamas cuando te despiertes?

—No. No te voy a llamar cuando me despierte.

—Entonces te llamaré yo.

—No lo harás.

—Me rompes el corazón —bromeó.

—Buenas noches, James. Descansa mucho.

—Lo haré. Y soñaré contigo. Un sueño muy caliente en una playa, sin ropa.

—Sin ropa —repitió ella siguiendo su broma. Él suspiró y dejó un beso para que Susana lo escuchar al otro lado.

Cuando terminó la llamada, James tenía una sonrisa en los labios y sentía que su corazón estaba más vivo que nunca. Ella tenía ese efecto en él. Sobre todo, cuando se atrevía a seguir sus bromas y lo dejaba caliente y desesperado; la imaginaba sonriendo, feliz, y no callada y silenciosa. Claro que eso también le encantaba, que solo fuera así con él, como si por fin se hubiera deshecho de su caparazón. Él iba a

conseguir que Susana dejara atrás esos silencios tristes, él iba a conseguir que fuera feliz, siempre, hasta en una ciudad gris y lluviosa como Londres.

Por la mañana, casi explotó de alegría cuando Susana le envió en mensaje con una foto de la playa como saludo de buenos días. A veces algo tan sencillo era suficiente para sentir que su vida tenía sentido.

* * *

Muy pronto se encontró frente a la puerta de la casa de Susana, aunque le pareció que habían pasado cien años desde que se habían visto por última vez. No desperdició ni un segundo: besó sus labios y la estrechó entre sus brazos.

—Te he echado de menos.

Susana no dijo nada. Observó su rostro y se dio cuenta de que estaba más pálido y delgado. No sabía qué había sucedido, no había conseguido sacar a Chloe ni una palabra. Lo que sí sabía es que cada día había esperado la llamada de él y esas pequeñas charlas habían conseguido hacerla sentir menos sola.

James Baker se había colado en su vida y ahora formaba parte de cada uno de sus días. Había decidido quedarse a su lado, acompañarla en lugar de salir corriendo. Y ella había regresado a junto a él.

Encontró a James cambiado, sus ojos azules parecían tristes, cansados, sin ese brillo que era capaz de hacer que ella dejase de respirar.

Trazó el marco de sus ojeras con los dedos y le acarició la mejilla, preocupada, pero él sonrió y se acercó a besarla de nuevo.

—Tengo una sorpresa —soltó. Estaba deseando decírselo y ver la reacción de él—. Fabio se ha ido el fin de semana.

La sonrisa de James fue deslumbrante: no solo ocupó sus labios, sino que iluminó toda su cara. Eso hizo que Susana se diera cuenta de cuánto necesitaba que él estuviera a su lado, cuidarlo y hacerle feliz, aunque fuera un poco.

—Es una gran sorpresa —dijo él. Acunó su rostro para besarla de nuevo, esta vez demorándose en sus labios—. ¿Qué has planeado?

—Nada. Podemos hacer lo que quieras. Podemos salir a pasear, de compras...

—Ni hablar. Quiero aprovechar cada hora contigo. —La sonrisa de James se volvió traviesa cuando pasó sus dedos por el brazo de ella subiendo hasta rodear su cuello—. Quiero vivir contigo, Susana.

No tenía planeado decírselo en ese momento, pero es que al tenerla entre sus brazos no podía pensar en otra cosa que no fueran ellos dos juntos, sin volver a separarse.

Ella se perdió en sus ojos claros que no dejaban de mirarla con aquella intensidad. No fue capaz de contestar.

—¿Qué te parece la idea?

—No estoy segura, James. —¿Qué podía decirle? ¿Que tenía miedo de que en un par de meses se cansara y las dejara?

—Piénsalo, ¿vale? —Le dio un beso en la punta de la nariz y entrelazó sus dedos con los de ella—. Ha sido un infierno estar sin ti.

No volvió a insistir, lo que estuvo bien para Susana, que sintió como el calor

llenaba su corazón cuando veía a James jugar con su hija o cuando la ayudaba a cocinar. Eran una pareja normal, se repetía cuando él se ofreció a dormir a la niña. Escondida detrás de la puerta, escuchó cómo le hablaba en voz muy bajita, con aquel acento británico, arrastrando ligeramente algunas consonantes. Cuando el silencio duró demasiado, volvió a entrar en el dormitorio y se encontró con la pequeña dormida sobre el pecho de James, y a él emitiendo un ligero ronquido.

Eran esos momentos en los que soñar con vivir juntos parecía fácil. No quiso despertarlo. Cambió a la niña a su cuna y ella ocupó su lugar en la cama. En cuanto James sintió su cuerpo a su lado, se acercó a ella sin despertarse y la rodeó con el brazo. Susana lo abrazó, dejando que aquel calor se extendiera de su pecho a todo su cuerpo. Estaba enamorada de James Baker.

—¿James? —Lo llamó en voz baja. No quería despertar a María, que todavía dormía tranquila en su cuna. Se levantó de la cama y bajó al salón. Allí lo encontró sentado, con el mando de la televisión en la mano.

—Perdona, ¿te he despertado? —En cuanto vio a Susana entrar, se levantó y fue hacia ella.

—No. ¿Qué haces?

—Me he despertado temprano, lo siento.

—No importa. Dentro de poco se despertará María. ¿Quieres que te prepare el desayuno?

—Siento lo de ayer, Susana, estaba agotado. —Se acercó a ella sin dejar de mirarla. Estaba preciosa con la camiseta de dormir de corazoncitos azules que se cerraba con un lazo en su escote, y enredó sus dedos en los extremos—. Pero ahora ya no lo estoy, y estamos solos... —Los ojos le brillaron cuando, al tirar de la cinta azul, la camisa se abrió, dejando más piel femenina a la vista—. ¿Vienes al sofá conmigo?

Sin esperar respuesta, rodeó su cintura con las manos y caminó hasta que ambos cayeron sentados en el sofá. La miró sin dejar de sonreír, levantando la ceja de forma insinuante antes de acercarse todavía más a ella y buscar el hueco de su cuello con sus labios.

—Se me ocurre algo para entretenerme; algo que llevo pensando muchos días —le susurró mientras recorría con sus labios la línea de su mandíbula hasta el lóbulo de su oreja, disfrutando de la respuesta de la piel de ella, erizándose levemente—. ¿Sabes a qué he dedicado estas noches? A pensar en ti, en tu piel. Pensaba en cómo te acariciaría si estuvieras conmigo.

James atrajo el cuerpo de ella sobre el suyo. Sus manos se colaron bajo el algodón de la camiseta y las subió siguiendo sus costados, sin dejar de besar su cuello.

—Mucho mejor así, ¿verdad? —Antes de que Susana pudiera quejarse o decir cualquier cosa, la camiseta salía por su cabeza, y James la miraba con ojos hambrientos.

—Deberías de dormir desnuda, Susana. —Comenzó un recorrido descendiendo su boca desde su cuello hasta su escote, haciendo que ella se agitara entre sus brazos. De repente, ambos sentían calor. Habían pasado demasiados días desde que habían estado juntos—. Te he echado de menos. No sabes cuánto te he echado de menos.

Los pequeños mordiscos incitaban a Susana, que dejaba escapar algún gemido sin

poder contenerlo, y James descubría cada lugar que hacía que ella se derritiera entre sus brazos algunos conocidos, otros nuevos.

—Recuérdame que dé las gracias a Fabio por dejarnos un fin de semana solos —susurró mientras mordisqueaba su cuello, ascendiendo hasta sus labios, abriéndolos para por fin invadir su boca—. Y piensa que podríamos tener esto siempre si os trasladáis a vivir conmigo. La próxima vez prometo no dormirme.

Ella se alejó un momento, dejando su peso sobre él, con sus ojos negros brillantes atentos a la expresión de James. Suspiró al verla tan hermosa, su pelo negro suelto enmarcando su rostro y esa expresión de deseo que tan pocas veces había visto y tantas había recordado.

—Yo también te he echado de menos.

Los dedos de Susana bajaron por su torso y él no dudó en quitarse la camiseta para ella. Quería sentirla más cerca, sin nada entre ambos; odiaba en esos momentos el bóxer y el pantalón de dormir de Susana, lo único que le mantenía alejado y fuera de su cuerpo.

—Dime por qué no quieres vivir conmigo, Susana. Podríamos tener nuestra propia habitación —insistió con su voz más suave—. Si no fueras tan cabezota...

Eso fue lo último que dijo, porque desde ese momento sus labios estuvieron ocupados en los de ella mientras Susana se deshacía del resto de su ropa y luego le ayudaba a quitarse la suya. Su piel morena era tan dulce como recordaba y enredó el largo cabello negro entre sus dedos para regresar a sus labios una y otra vez.

Había sido difícil pasar cada día alejada de él, lo había añorado más de lo que nunca reconocería en voz alta, y desde aquel fin de semana, Susana estaba segura de que sería casi imposible mantenerse alejada de James.

James Baker no conducía un coche familiar, nunca había entrado en sus planes tener uno. Pero al poco de conocer a María instaló una silla de seguridad de bebé en el asiento trasero de su coche. No era raro que ese fin de semana salieran juntos los tres. Hacía mucho tiempo que no compartía varios días libres con Susana, y había sido fácil convencerla esta vez.

Aunque ella no conocía sus verdaderos planes.

Sentó a María en su asiento y se cercioró de que estuviera bien anclado. Colocó el equipaje en el maletero y esperó a que Susana ocupase su lugar dentro del coche.

Estaba nervioso. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Susana cuando supiera el destino real de su viaje. Cuando se atrevió a contarle su plan a su hermana Chloe, esta le había insistido en que no lo hiciera, vaticinando un fracaso. Pero él no se había dejado convencer.

Ahora pensaba que era una gran estupidez, pero ya no podía volverse atrás.

Cuando por fin estuvieron los tres en el automóvil, condujo con tranquilidad fuera de la ciudad. No sabía cuándo tendría que revelarle a Susana la verdad, esperaba que fuera suficientemente cerca de su destino.

Ella estaba sentada con el ceño algo fruncido. Sabía que no le gustaban las sorpresas, se lo había repetido mil veces, y ahora mismo sus ojos negros estaban pequeños y atentos a la carretera, mirando cada cartel y cada indicación, tratando de averiguar adónde la llevaba.

—¿Puedo saber ya adónde vamos? —volvió a preguntar cuando se dio la vuelta a comprobar si su hija iba cómoda.

—Al campo, ya te lo dije. Hace buen tiempo y lo pasaremos bien.

—Ya, pero ese sitio tendrá algún nombre —insistió, más tranquila al ver que María dormía como si no le importase nada viajar en automóvil.

—Vamos a la casa de mis padres, en Hampstead. —Lo soltó sin retirar la vista de la carretera. No se atrevía a enfrentarse a ella.

El silencio se extendió dentro del vehículo durante lo que pareció una eternidad. Hasta que escuchó que Susana le ordenaba detenerse en lo que era casi un grito.

—¡Para!

La ignoró y continuó conduciendo con total tranquilidad, pero ella volvió a ordenarle detenerse. James pensó que debía de haber seguido con su plan inicial de esperar a llegar al destino antes de hablar.

Detuvo el coche en el arcén, en una zona de descanso, y puso ambas manos sobre el volante, esperando a escuchar lo que ella tuviera que decir.

—Explícate, James.

Por primera vez desde que la conocía, parecía enfadada de verdad. James comprobó que sus ojos relucían mucho más oscuros, y tenía las mejillas un poco sonrojadas. Nunca hubiera pensado que Susana podría estar tan preciosa incluso a punto de discutir con él.

—Quería que fuera una sorpresa —se disculpó—. Mis padres nos han invitado a pasar el fin de semana.

Susana apretó los labios y lo miró como si quisiera atravesarlo. Por suerte para él, esos súper poderes solo existían en las películas, aunque Susana podría pasar por Tormenta en esos momentos.

—¿Nos han invitado?

—Sí, a los tres. —Acentuó esta última palabra y añadió—: Mis hermanos estarán allí también.

Susana desvió su mirada al exterior, como si en el asfalto fuera a encontrar algo.

—Llévame a casa, por favor.

—Susana, quiero que te conozcan —dijo cogiendo su mano para intentar convencerla—. Mi madre está deseando conocerte, nos están esperando. Vamos hoy, y si no estás cómoda te prometo que mañana por la mañana te traeré a casa, ¿de acuerdo?

Susana escuchó a James, parecía muy tranquilo, pero a ella todo este plan le parecía una locura. Él acababa de reconocer que le había contado a su familia, a su madre, que tenía una relación con ella, y, además, parecía que estaban informados de que tenía una hija. Miró a James. Su corazón latía mucho más rápido, y ya no estaba ya enfadada. Quería rodearlo con sus brazos y besarlo. Seguía siendo el mismo cabezota que se empeñaba en demostrar que juntos tenían una oportunidad.

Sin esperar a que Susana contestase y sin comprender la extraña expresión en sus ojos, James volvió a poner el coche en marcha y se incorporó a la carretera. No hablaron. De vez en cuando miraba a hurtadillas a Susana y la veía perdida en sus pensamientos, pero no parecía enfadada.

Cuando tomó el desvío para entrar a la pequeña finca que rodeaba la propiedad de sus padres y vislumbró la casa, redujo la velocidad.

—Es aquella casa —dijo—. Susana, puedo llamar y decir que me ha surgido un imprevisto en el trabajo.

De repente no quería obligarla. No era la forma en que quería que conociera a sus padres, con miedo y vergüenza. Pero ella no contestó. James sabía que su pequeña Susana solía pensar durante días cualquier plan que tuvieran, y ahora estaba a punto de conocer a su familia, sin haber podido prepararse para este momento.

Aparcó junto a la entrada, donde ya se encontraban los coches de Richard y Jack, y miró los árboles que les rodeaban. No era una casa grande, pero había sido perfecta para ellos. Una zona boscosa, abrigada e íntima, y unos jardines donde podrían pasear y descansar. Había pasado mucho tiempo en su niñez subiendo a esos árboles e inventando tesoros enterrados con sus hermanos. Ahora por fin regresaba, y no estaba solo.

Se bajó del coche y abrió la puerta de Susana, le tendió la mano para ayudarla a salir y la sujetó con fuerza para demostrar que estaba a su lado. En ese momento, la

puerta de la casa se abrió y Chloe salió corriendo a recibirlos, arrancó a Susana de sus brazos para besarla y le dio una bienvenida como solo su hermana pequeña sabía hacer. No había ninguna duda, su hermana era el componente de la familia excéntrico y efusivo. Y eso era maravilloso.

—Chloe, espera que por lo menos entremos en casa —la regañó riendo, y volvió a sujetar la mano de su novia—. Más tarde vendré por el equipaje —le dijo a Susana, y cogió únicamente el bolso con los enseres de María, desató la silla del coche donde todavía dormía la niña, ajena al momento tan importante que iba a vivir.

—Avisaré a los demás de que habéis llegado. —Chloe volvió a desaparecer en el interior de la casa y él la ayudó a coger en brazos a la pequeña.

—¿Preparada? —preguntó.

—No —contestó sincera, mirando hacia la casa con ojos que iban del asombro al miedo. James la besó en los labios y pasó su mano por su hombro.

—Te quiero —dijo, y la llevó hasta la puerta de madera que se abría justo en ese momento.

Su hermana esperaba con una gran sonrisa en su rostro, y tomó de la mano a Susana para acompañarla. Ella miró a su alrededor sin perder detalle. La propiedad la había sorprendido, pero el interior de la casa era cálido. Los muebles de madera se alternaban con las alfombras mullidas, las cortinas que cubrían las ventanas se encontraban abiertas y la luz bañaba cada rincón.

James vigilaba con atención el rostro de su novia, feliz al ver la expresión de ella. Cuando se encontraron frente a sus padres en el salón principal, las mejillas de Susana se colorearon ligeramente, y observó cómo sujetaba a su pequeña con más fuerza. Quizá para ella, en esos momentos, era el mejor escudo contra el mundo. Pero él sabía que era innecesario. Su madre había insistido desde el primer momento en conocerlas, y su padre tampoco presentaría ningún problema.

—Mamá, papá, esta es Susana —dijo a modo de presentación, tragando despacio el nudo que se había formado en su garganta.

Estaba emocionado y orgulloso, y ahora pensaba que quizá ese fin de semana fuera el momento de que su relación diera el siguiente paso, aunque ni siquiera había comprado un anillo.

Emma avanzó hacia la novia de su hijo y besó sus mejillas con cuidado de no despertar a la pequeña. Luego miró a María. En ningún momento la sonrisa desapareció de su rostro. Frente a ella tenía a la culpable de que su hijo hubiera regresado a su casa, la mujer que había logrado que James encontrara un lugar en el mundo y, por una vez en muchos años, que estuviera tranquilo.

Cuando Richard Baker saludó a quien sabía que se convertiría en su nuera, estaba tan nervioso que todos se dieron cuenta, y los gestos de complicidad entre los hermanos fueron visibles. Rara vez su padre se quedaba sin palabras, pero ahí estaba, dejando que su mujer hablara por los dos.

—He preparado una habitación para la niña. Si hay algo que quieras cambiar o que necesites, solo tienes que decirlo. ¿Quieres dejar a la pequeña María durmiendo? —Ver a Emma mirar con esa mezcla de ternura y respeto a Susana, hizo que James se sintiera orgulloso. Tal y como esperaba, ella era capaz de enamorar a sus padres.

Susana subió al primer piso siguiendo a Emma, sin dejar de mirar a su alrededor.

No se había equivocado en su primera impresión con la casa. El pasillo superior estaba decorado alternando algunas pinturas y fotos familiares, y trató de descubrir alguna de James. Caminó por la alfombra de color claro hasta la puerta que abrió Emma y se asomó dentro.

—Es la cuna de mis hijos. No sé si te parece bien.

—Es perfecto —dijo Susana, todavía nerviosa.

Emma había recuperado la cuna de sus hijos, y había colocado unas preciosas sábanas rosas. Incluso había un oso de peluche en la esquina. Dispuesto al lado, había un sofá grande con una manta fina y un mueble sobre el que una lámpara infantil lució cuando Emma la encendió. James la miró interrogante desde la puerta antes de entrar con el equipaje de mano de la niña, pero su madre lo ignoró, como si no quisiera dar más importancia al hecho de haber comprado todo aquello para que la hija de su novia pasase tan solo dos días allí.

Susana depositó con cuidado a María sobre la cuna cuando James apartó las sábanas, y la cubrió con cuidado para que pudiera seguir durmiendo después de descalzarla.

—Vuestra habitación es la de James, justo al lado —le dijo Emma, hablando en un tono de voz muy bajo, y todos salieron. Pero esta vez, ella no los acompañó. Fue James quien abrió la puerta para enseñarle dónde iban a dormir ese fin de semana. Juntos. Iban a dormir juntos, reparó Susana al comprobar que solo había una gran cama.

—Esta era mi habitación. Si quieres podemos traer la cuna aquí.

Entrando en la estancia, James miró a su alrededor, y se detuvo en su foto de graduación.

—Ese soy yo. —Se acercó a rodear por la cintura a Susana y le dio un beso en los labios mientras cerraba la puerta después de despedirse de su madre con un gesto cargado de complicidad.

—¿Todo bien?

—Sí. Creo que sí.

Pasó sus dedos por el pelo negro de ella y respiró más tranquilo. Ese fin de semana iba a ser difícil.

—Voy a darme una ducha antes de cenar y traigo el resto del equipaje. Si necesitas algo dímelo, quiero que estés cómoda.

Rozó sus labios con los de ella y la atrajo hacia su pecho para rodearla. En ese momento, la cama que tenía a su lado, en la que había dormido toda su juventud, le pareció el lugar ideal para estar con ella. Nunca había llevado a una chica a su casa, quizá esa había sido una de las pocas normas que no había transgredido, y dormir allí con Susana, despertarse a su lado, se le antojaba de lo más apetecible. De alguna forma podía sentir cómo ella curaba las pequeñas grietas de su corazón.

Cuando salió de la ducha y no la encontró en la habitación, y tampoco había nadie en el cuarto de María, bajó a buscar a sus dos chicas. Se dio cuenta de que sus preocupaciones eran una tontería en cuanto vio cómo su madre cogía en brazos a María mientras Susana preparaba la comida de su hija, ambas hablando animadas. Incluso Chloe parecía encantada de tener a una niña en casa, y descubrió sobre la mesa de la cocina un pequeño paquete decorado con ositos rosas que debía haber

contenido algún regalo de su hermana.

Se acercó a su madre y la dio un beso en la mejilla.

—Gracias —susurró. Emma le sonrió y él cogió de los brazos de su madre a la niña, que hacía todo tipo de ruidos para llamar su atención.

Ellos habían estado siempre a su lado, ahora era capaz de aceptar la verdad. Él era el único culpable de no pasar la Navidad o los cumpleaños con su familia. Y como le había dicho su hermana, alguna vez tendría que terminar con todo aquello, ya no era un adolescente. Había pensado durante días, mientras miraba a Susana y sentía cómo cada día se enamoraba más de ella y cómo aquella niña se hacía un hueco dentro de su corazón.

Dos semanas antes, había invitado a sus padres a almorzar en el Mark`s Club, del que era miembro. En un elegante salón, rodeado de conversaciones discretas, les propuso organizar un fin de semana con sus hermanos para poder presentar de forma oficial a su novia. Miró a su madre a los ojos, se disculpó por todas las veces que se había comportado como un idiota y un insensible, y por todas las veces que, con seguridad, metería la pata en un futuro, y pidió una oportunidad. Quería ser parte de la familia de nuevo, si es que ellos estaban dispuestos a aceptarle. Brindaron con una copa de champán de un precio demasiado elevado y James soportó las preguntas de su padre sin perder su actitud calmada. No habría soportado tener aquella conversación en la soledad de su casa, todavía no era tan valiente. Lo que podía afirmar sin ningún género de dudas, es que era afortunado por tener a una familia como la suya a su lado.

James tenía a María en brazos y se movía con calma por la habitación, hablaba con ella en voz baja de la misma forma que Susana había visto otras veces. Él le hacía un pequeño resumen de su día en el trabajo, como si la pequeña fuera capaz de entender. Le explicaba los movimientos financieros y bursátiles, las reuniones y los pequeños imprevistos. Y todo en un murmullo, arrullándola hasta que se dormía. La primera vez que Susana lo había escuchado le había parecido una locura, pero ahora solo pensaba que era una costumbre hermosa. María parecía tan feliz en sus brazos y él parecía tan calmado, que Susana no dijo nada y siguió cambiándose de ropa para la cena. Había observado también el cambio de expresión que se producía cuando cogía a su hija en brazos. No podría describirlo, pero adoraba verlos juntos, como cuando lo encontraba dormido en la cama con el bebé a su lado, arropado contra su cuerpo. James parecía distinto en esos momentos y la tensión que solía crispar su rostro desaparecía bajo una expresión de serenidad.

Cuando descubrió que ella lo estaba mirando, le dedicó una sonrisa y dejó a María en la cuna.

—Se ha dormido pronto.

—Sí. ¿Le diste la cena?

—Mientras tú te arreglabas mi madre me ha ayudado. Está encantada de tener un bebé en casa. —La abrazó contra su cuerpo un momento, pasando la nariz por su pelo —. Estarán esperándonos. ¿Preparada para cenar?

—Eso creo.

James le echó una mirada de arriba abajo, sonrió y volvió a besar sus labios.

—Solo es una cena, y tú estás preciosa.

Cogida de su mano, ella le siguió hasta el salón comedor del piso inferior. Todos esperaban sentados y con las bebidas servidas. James puso el intercomunicador del cuarto del bebé sobre un aparador y sonrió a sus hermanos.

—Por si se despierta María —dijo a modo de explicación. Su padre rio divertido, pero no hizo ningún comentario.

Agradecida porque ellos no la hacían el centro de las conversaciones, Susana respondió a alguna pregunta de índole laboral. Con James no fueron tan generosos: sus hermanos lo convirtieron en el centro de las bromas durante casi toda la comida. Les parecía muy gracioso que supiera cambiar pañales y que pudieran contar con él como niñera cuando tuviera sobrinos. Él no les contrarió en ningún momento, solo deseaba que toda la velada discurriera con tranquilidad.

—¿Cuándo os iréis a vivir juntos?

La pregunta de Chloe produjo un silencio alrededor de la mesa. Susana no levantó los ojos del plato, esperando que James contestase.

—Bueno, Susana es la que tiene que decidirse. Si ella quisiera, mañana mismo estaría en mi casa.

Hubo un pequeño silencio y ella sintió cómo sus mejillas se coloreaban y el pulso le temblaba un poco sobre los cubiertos.

—Oh, James, tendrías que ser un poco más romántico. No creo que Susana se deje convencer así —bromeó Chloe divertida.

—Tal vez debería pedirle matrimonio.

Los ojos de James se encontraron con los de su novia, y la miró divertido y tentador. Ella le odió por hacerle pasar tanta vergüenza delante de su familia.

—Por Dios, James, qué asco de petición de matrimonio.

La frase de Chloe hizo que todos se rieran y Susana dio gracias a que dejaran de fijarse en ella. Sí, había sido un asco de petición, pero la verdad es que había hecho que su corazón latiera a mil por hora.

Terminada la cena, charlaron un rato en el salón contiguo, mirando al jardín iluminado por la luna. Hablaron de cosas sin importancia, y Susana observó cómo James reía con sus hermanos. Parecía más feliz de lo que nunca le había visto. Cuando él se acercó a su lado y le susurró en el oído que tenía sueño, ella no tuvo ocasión de contestar, porque él la llevó casi en volandas hasta su habitación bajo las miradas divertidas de sus hermanos.

—Déjame ver a María —le susurró, escabulléndose de sus brazos. Entró en la habitación de su hija para comprobar que dormía bien arropada y tranquila.

En cuanto regresó al cuarto que compartía con James, él la sujetó y literalmente la lanzó contra la cama.

—No puedo esperar más, Susana.

—Pero tus padres...

—Shhh . —La besó en los labios mientras sus manos le quitaban la ropa rápido, sin cuidado, y ella no tenía oportunidad de negarse—. Sabemos ser silenciosos, ¿verdad?

Las caricias expertas de sus labios hicieron que ella temblase bajo su cuerpo y él rio orgulloso de saber hacer que Susana perdiera el ritmo de su respiración.

—¿Sabes lo excitante que es tenerte en mi habitación? ¿Sabes lo que quiero hacerte? No creo que durmamos en toda la noche. —Dio un pequeño mordisco en su cadera y ella dejó escapar un grito de sorpresa.

—Calla, te van a escuchar —la regañó riendo.

—Deja de hacer eso —le suplicó mientras se retorció en el agarre de sus manos en las rodillas.

—Ni lo sueñes. Será mejor que cojas una almohada porque no voy a parar.

Y cumplió su amenaza. Los gemidos de ella se sumaron pronto a los roncós jadeos de James, formando una sincronía de sonidos en el dormitorio, fundiéndose cada uno en el cuerpo del otro, disfrutaban de cada lento movimiento de él al llenar su cuerpo, exigente, reclamando su lugar, mientras las caderas de ellas se elevaban para poder obtener todo de él.

Una fina capa de sudor los cubría cuando él se tumbó a su lado, abrazándola, hasta

recuperar la respiración.

—Espérame, todavía no ha terminado la noche. —Desapareció un momento en el cuarto de baño y volvió con el pelo revuelto. James la arropó con su cuerpo y Susana se encontró feliz en sus brazos, protegida y amada.

—¿Sabes que esta es una de las fantasías de cualquier hombre? Tener a su novia en su casa, en su cuarto.

Susana sonrió y besó el hombro de James, disfrutando del calor de su piel. No se dio cuenta de que se había dormido hasta que sintió que él la despertaba pasando sus dedos por las curvas de sus pechos, bajando poco a poco, jugando y tentando.

—Buenos días. —Abrazado a ella, con su pecho pegado a su espalda, susurraba en su nuca, apartando el cabello negro.

—¿Qué hora es? —le preguntó intentando calmar su voz, mientras él continuaba la expedición con su mano bajando por su ombligo.

—Las nueve, tenemos tiempo para estar juntos un poco más. Podemos levantarnos tarde —dijo mientras se colocaba más cerca de ella para enseñarle cómo era la mejor forma de comenzar el día—. Nadie nos va a molestar. —Y continuó con esa forma tan deliciosa de dar los buenos días, entre jadeos y besos, despertando cada músculo de sus cuerpos tal como se habían dormido hacía tan solo unas horas.

No pudieron casi recuperar la respiración. Ella se tumbó sobre su pecho y al segundo siguiente el llanto de María la hizo levantarse de un salto, vestirse en un segundo y salir corriendo para atender a su hija, dejándolo tumbado con una sonrisa todavía en los labios.

Emma la acaparó el resto de la mañana, no dejó ni un momento de ayudarla con la pequeña y le contó mil anécdotas de la niñez de sus hijos. Se podía ver de forma clara que amaba a sus hijos, y hablaba de James con ilusión, aunque dejaba entrever alguna tristeza cuando aludía a su hijo pequeño.

Casi a la hora del almuerzo, Susana subió a cambiarse de ropa y entonces escuchó el pitido del teléfono de James. Lo había dejado olvidado en el dormitorio. No pudo evitar mirar la pantalla iluminada: había varios mensajes y el último aparecía legible en la pantalla.

Solo fueron dos segundos.

Tiró el teléfono en la cama y abrió la maleta. Al momento tenía todo dentro. No se había dado cuenta de cuándo habían empezado a caer las lágrimas por sus mejillas, pero cuando Chloe se asomó en la puerta, no había dejado de llorar.

—Te llevaré a casa, Susana. —No dijo nada más. No preguntó. Para ella era suficiente ver el rostro de Susana arrasado por el dolor. Y ella cogió a María en brazos mientras bajaba con la hermana de James mirándola algo preocupada.

—¿Quieres que llame a mi hermano, Susana? —preguntó con su voz suave. «Una última oportunidad», pensó.

—No, por favor. Solo llévame a mi casa.

—Bien. No te preocupes.

La mirada comprensiva y cariñosa de Chloe la hizo sentir su confianza. Aunque era su hermano, no había dudado un segundo.

—Chloe, ¿adónde vais? —La voz grave de Richard las sobresaltó, y Susana se dio cuenta de la extraña imagen que debían dar.

Ambos hermanos se miraron cómplices, serios e interrogantes, pero no dijeron nada más, y él se dio la vuelta hacia el jardín.

—Vamos Susana. Si no quieres ver a James es mejor que te des prisa. —
Chloe no se equivocaba. Richard había corrido para avisar a James.

—¡Susana! —James gritó corriendo a la entrada de la casa cuando vio a Chloe ayudando a meter el equipaje en el maletero. No entendía nada.

—¡Susana! ¿Qué sucede?

Ella no quiso mirar atrás mientras cogía a María en brazos para meterla dentro de la silla del coche y colocar los arneses de seguridad.

—Chloe ¿qué está pasando? ¿Por qué la ayudas?

Estaba a solo un metro de ellas, y no era capaz de entender qué demonios sucedía. Sujetó a Susana del brazo y entonces vio su rostro. Estaba surcado por las lágrimas. Nunca antes había visto esa expresión de dolor en su rostro.

—Susana. Dime qué pasa, por favor —suplicó, confuso y asustado.

—Me tengo que ir James —dijo casi sin voz.

—¿Qué está pasando, Susana?

—Me marchó.

Su hermana ya estaba sentada en el asiento del conductor y a él le parecía una locura. ¿Adónde iban?

—Susana, por favor, dime qué pasa —volvió a suplicarle, se puso delante de ella e intentó cortar el paso hacia el coche.

—Me voy, James.

—¿Te vas? ¿Qué significa eso? —preguntó desesperado, sin entender qué estaba sucediendo.

—Tengo que irme, por favor, déjame. —Las lágrimas caían por sus mejillas de nuevo.

La sujetó por los hombros, quiso abrazarla, pero ella lo detuvo.

—Susana, por favor —rogó. El temblor del cuerpo de ella le asustó todavía más.

—Me trajiste con mentiras, James. Todo ha sido mentira. —Las lágrimas y su llanto le impedían hablar con claridad, y él parpadeó intentando comprender.

—¿Qué estás diciendo?

—James, no puedo quedarme... Tenía que haber parado todo esto antes.

—Susana, si es por vivir juntos, no pasa nada. Esperaré —dijo desesperado.

—James, he visto tu teléfono.

Confuso, la miró sin entender qué tenía que ver su teléfono con que ella se fuera.

—Susana, no sé...

No pudo terminar. El repentino enfado de ella le sorprendió; sus ojos llenos de decepción le miraban con verdadero odio.

—No sigas mintiéndome, James. No soy idiota.

—Susana, ¿de qué estás hablando?

—He leído los mensajes.

Se dio la vuelta, abrió la puerta del coche y él la detuvo una vez más cuando iba a entrar.

—Suéltame, James. Me marchó. No vuelvas a llamarme nunca.

James observó a su hermana buscando una respuesta, pero ella solo lo miraba con tristeza mientras arrancaba el coche y se dirigía a la salida de la casa.

—¡Susana! ¡Susana! —gritó, intentando abrir la puerta del coche. Pero su hermana aceleró y lo dejó gritando desesperado. Se pasó la mano por el rostro. ¿Qué había querido decir con eso de los mensajes del móvil?

Esquivó a Richard y corrió dentro de la casa, apenas fue consciente de que sus padres también se encontraban allí. Subió las escaleras hasta su habitación en dos zancadas y encontró el teléfono tirado sobre la cama.

Los mensajes estaban abiertos, Susana debía de haberlo dejado allí.

«Te espero esta noche, ya sabes dónde, avísame en cuanto consigas deshacerte de tu novia.»

Sentado sobre la cama, leyó el mensaje varias veces. Era Chelsy, y James no tenía ni idea de cómo había conseguido su nuevo número de teléfono.

Dejó caer el aparato entre sus dedos mientras todo a su alrededor daba vueltas, consciente de lo que Susana habría supuesto y por qué su hermana la había ayudado.

—James. —Su hermano Richard llamó a la puerta y entró. Recogió el teléfono del suelo y lo miró sorprendido—. ¡Joder! —Su exclamación le trajo un poco a la realidad, lo justo para volver a darse cuenta de hasta dónde estaba cubierto de mierda—. James tío, ¿cómo se te ha ocurrido?

—No he sido yo, Richard —respondió, aunque seguía mirando al suelo pensando en cómo podía haber sucedido algo así.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no la he llamado. No sé cómo ha conseguido mi teléfono.

—¿No habías quedado con ella?

—No, Richard, joder. ¿Crees que soy imbécil? —contestó cabreado. Sabía lo que tenía que hacer: iría a casa de Susana y le explicaría todo; era su única oportunidad. Cogió una chaqueta y las llaves del coche y bajó de nuevo, con su hermano mayor pegado tras él.

—James, es Chloe. —Su madre le gritó justo cuando iba a salir por la puerta y le dio el teléfono.

—Chloe, tengo que hablar con Susana —exigió nada más coger el teléfono.

—James, la llevo a su casa, no creo que quiera hablarte. He parado en la gasolinera un momento.

—Chloe, por favor, déjame hablar con ella.

—James, ha visto el mensaje.

Respiró despacio, sabía que Chloe también estaría enfadada.

—No fui yo, Chloe, no sabía nada. Ni siquiera sé de dónde ha sacado mi teléfono. Te lo juro Chloe, tienes que creerme —dijo desesperado.

—James, júrame que eso es verdad.

—Por favor, Chloe, ¿crees que soy tan imbécil? ¡Habría ocultado el móvil!

—James, ¿la has estado engañando con Chelsy? Necesito saber la verdad.

Hizo un esfuerzo por calmarse y hablar tranquilo para conseguir que todo aquello se aclarara, aunque lo que más deseaba ahora mismo era gritar y golpear a quien se pusiera por delante de Susana.

—Chloe, te juro que no he vuelto a hablar con Chelsy desde que me diste el móvil nuevo. Te lo juro Chloe, tienes que creerme. Por favor, quiero a Susana.

—Te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Escuchó el silencio al otro lado de la línea. Su hermana había colgado. ¿Qué había pasado con su vida? ¿Cómo era posible que un momento estuviera feliz y al siguiente se encontrara en el infierno?

—James, vamos, seguro que Chloe consigue explicárselo.

Pero él no escuchó a su hermano. Salió de la casa y montó en su coche sin tener muy claro el rumbo. Quería escapar de allí.

Por primera vez en mucho tiempo, Richard Baker esperó en el despacho como solía hacer hacía años. Su hijo mayor había llamado en cuando encontró a James, así que al menos no estaba solo. Pero no podía dormir tranquilo. Había deseado tanto ver a James feliz por fin, en casa de nuevo. Y ahora sabía que todo eso pendía de un hilo muy fino. James siempre había sido inconstante, aventurero, demasiado brillante en realidad, pero sin llegar nunca a encontrarse adaptado y sereno. Cuando lo había visto con Susana se había sorprendido de la buena influencia que ella tenía sobre él. Y él se había mostrado atento a cualquier signo que ella mostrara, continuamente pendiente de sus pequeñas necesidades y de su bebé. Era sorprendente ver a James ejerciendo de padre. Aunque no llevaba su sangre, sin duda trataba a la niña como si fuera su propia hija.

Y todo se había torcido por un malentendido, por una pequeña maldad de Chelsy.

Escuchó la puerta de la casa y salió del despacho, se mantuvo lo más tranquilo posible, no quería aceptar lo que sabía que iba a encontrarse.

Richard cargaba con James, que prácticamente no se tenía en pie; la triste imagen que todos habían vivido tantas otras veces.

Corrió a ayudar a su hijo y entre los dos lo subieron a su cuarto.

—Has tardado en traerlo —dijo mientras le descalzaban, tumbado boca arriba en la cama.

Su hijo mayor no dijo nada. Siguió desnudando a su hermano rápido.

—Richard, ¿qué ha pasado?

Al principio no habló, luego comenzó en voz baja, como si James pudiera escuchar en el estado de embriaguez en que se encontraba.

—Fue a buscar a Chelsy. Ella está liada con otro ahora y tuve que sacarlo a rastras para evitar que le partieran la cara. Chelsy se rio de él delante de todo el mundo, así que ahora todos saben que está con una mujer que tiene un hijo bastardo. Eso dijo. Le dijo que no era capaz de encontrar una mujer que no fuera de segunda mano, que la había dejado por una inmigrante con una hija y que Susana había sido muy lista al conseguir cazar a un Baker.

Su padre suspiró dolido, sabía que al día siguiente serían el motivo de cotilleo de toda la comunidad, aunque la verdad era que le importaba bastante poco. En estos momentos tenía ganas de abofetear a Chelsy por ser la culpable del estado de su hijo.

Por una vez lo vio indefenso, en manos de un destino que se empeñaba en jugar con él.

—Me ha costado arrastrarlo hasta aquí. He tenido que esperar a que hiciera efecto lo que estaba bebiendo —continuó Richard mientras sacaba la camisa de James por su cabeza—. Papá, no creo que debas...

—Tranquilo, no lo haré. Espero que mañana pueda hablar con ella y aclaren todo esto. Gracias por traerlo.

Richard salió de la habitación con aspecto abatido y observó cómo su padre cubría a James con el edredón. Temía que por la mañana todo fuera peor y volvieran los gritos y los reproches.

El Sr. Baker pasó gran parte de la noche en la habitación de su hijo, sentado en una butaca, observándole dormir.

¿En qué se había equivocado?

Desde que James era pequeño se había dado cuenta de su gran capacidad intelectual. Había sido un niño precoz en casi todo, y demostró gran sensibilidad a una edad muy temprana. En su infancia no le había faltado nada: su madre había abandonado su carrera profesional para cuidar de sus hijos y él se había esforzado en trabajar para darles suficientes comodidades, buenos colegios y buenas vacaciones. Una buena vida, en definitiva.

¿En qué había fallado?

Tal vez trabajaba demasiado, pero no había tenido otra opción y sabía que Emma los había cuidado bien.

Recordó los enfados, los gritos, las peleas... Apenas era un adolescente y ya retaba continuamente a los demás para acabar luego enfadado, y muchas veces castigado en su cuarto. Recordaba las llamadas continuas del colegio por su falta de disciplina, por su actitud arrogante y orgullosa, siempre altivo y provocador. Le habían expulsado en varias ocasiones, aunque solían perdonarle por su buen expediente y por la posición de su familia.

El primer día que vio aquel brillo en sus ojos y supo que había tomado algo más que cerveza, la ira se apoderó de él. No iba a tolerar que su hijo fuera un drogadicto; no cuando sabía que tiraría su vida por la borda.

De esa forma habían comenzado las discusiones, los gritos y las amenazas, la vigilancia y las escapadas de su hijo por la noche para volver al amanecer, demasiado alterado como para poder razonar con él.

—Richard, ven a dormir. —La voz suave de Emma lo sacó de sus tristes pensamientos.

Miró cómo la mujer que amaba se acercaba a su hijo y le colocaba el flequillo.

—Está bien, Emma —dijo para tranquilizarla.

—No, no lo está. —Sorprendido por la tristeza en la voz de su esposa, se sintió mucho más culpable y fracasado.

La conocida sensación de vómito y mareo le hizo recordar la noche anterior y abrió los ojos despacio. El mundo entero se movía y él caía de forma incesante en un remolino.

Sentía frío y temblaba, así que abrió la ducha para tratar de entrar en calor y despejarse. Se sostuvo contra la pared mientras el agua caía por su cuerpo, intentaba limpiar el asco y el vacío que sentía por dentro.

Alguien entró en la habitación y James se miró en el espejo del baño al cubrirse con el albornoz. Tenía un aspecto lamentable, pero eso ya no importaba demasiado.

—James.

—Richard.

Su hermano esperaba, sentado en la silla junto al escritorio de la habitación.

—¿Has pensado algo?

No contestó. La verdad era que apenas podía mantener ningún pensamiento dentro de su cabeza en esos momentos.

—Vístete y baja a desayunar —le ordenó su hermano.

—No creo que pueda meter nada, ya sabes —dijo, recordando las náuseas de hacía solo unos minutos.

—Pues lo vas a hacer. Mamá lleva toda la mañana dando vueltas por la casa, y hacía tiempo que no la veía tan nerviosa. Papá se ha encerrado en el despacho.

James se tumbó en la cama con la mirada fija en el techo.

—Vístete y baja a desayunar —repitió Richard, y él continuó sin moverse—. James. —Su voz era más alta y se había puesto de pie.

—Joder, Richard, déjame en paz.

—No, joder tú, James. Levántate y baja a la cocina. Te juro por lo que quieras que te saco de la habitación a golpes.

James saltó de la cama enfadado, solo necesitaba descargar su ira, aunque fuera con su hermano, y se puso frente a él.

—Muévete. ¡Ya! —ordenó Richard al darle un golpe en el pecho, dispuesto a presentar pelea, pero cuando James fue a responder con un golpe, su hermano le sujetó por el pecho rodeándole con sus fuertes brazos.

—No lo hagas, James, o vas a salir en ambulancia de la casa. Esto ha terminado aquí. No voy a aguantar más. Ninguno vamos a aguantar más. Así que muévete, vístete y baja.

James abrió la boca para preguntar, pero la expresión de su hermano no le dejaba dudas de que si volvía a decir algo le daría un puñetazo.

—Este no es el camino, James, y lo sabes. No puedes seguir así toda la vida.

Sin soltarle, respiró profundo antes de continuar.

—¿Sabes? La otra semana, cuando me llamaste, creí que...

—Ya, ya lo sé. Todos creísteis lo mismo —interrumpió James tratando de zafarse de su hermano.

—Sí. Todos lo creímos.

Richard le soltó por fin y se pasó la mano por la frente. Estaba agotado. Había pasado toda la noche dando vueltas a la situación de James.

—Quería que todo terminara —dijo por fin, con las manos en las caderas y gesto apesadumbrado—. Estoy cansado, James. Muy cansado. Cansado de pensar cada día si ese va a ser el día en que me llamen del hospital, o quizá Chloe llegue llorando a buscarme. No puedo más, James. Te lo prometo. No puedo más. Y el otro día, cuando te vi en el suelo... solo...

James observó el gesto de dolor de su hermano. Richard se esforzaba en continuar, negando con la cabeza como si él mismo supiera que lo que estaba a punto de decir era un error.

—Solo quiero que todo termine. Quiero estar tranquilo. Dejar toda esta mierda atrás. Poder estar en Navidad sin ver cómo mamá sale a llorar a la cocina, o cómo papá tiene que esconderse en su despacho en cuanto termina la cena. ¿Entiendes eso? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—No va a volver a suceder —le prometió James.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo Richard volviendo a levantar su rostro—. Anoche tuve que traerte a casa.

—Lo sé. Pero no va a volver a suceder.

Richard, más calmado, se alejó un poco de James.

—Baja a desayunar. Chloe ha hablado con mamá esta mañana, imagino que te interesará saberlo, y no creo que tarde en llegar.

James no dijo nada cuando Richard salió de su habitación.

Con el cabello aún mojado, vestido con unos sencillos vaqueros y con aspecto de haber pasado una noche infernal, bajó a la cocina y se encontró allí a su hermano esperando.

—Buenos días.

Su madre puso una taza de café frente a él y unos bollos, y aunque él no tenía ningunas ganas de comer nada, sabía que debía hacerlo. Su hermano le vigilaba de cerca y sonrió cuando el ruido de la licuadora preparando zumo hizo que James gimiera de dolor.

Su madre se acercó para dejar un zumo y desde atrás pasó su mano por el pelo de su hijo, acariciándole. James sabía que esta vez la había jodido de verdad. No es que fuera la primera vez que regresaba borracho a casa, pero era la primera que sentía que tenía que disculparse.

—Lo siento. —En voz casi inaudible, pronunció las palabras y agachó la cabeza para que no pudieran ver las lágrimas que asomaban a sus ojos. Hacía mucho que no lloraba, pero saber que había vuelto a fallar le dolía y no era capaz de soportar enfrentarse a su madre.

Emma se quedó de pie tras su hijo y continuó acariciando su cabello, dejando que

él apoyase la cabeza contra ella. James cerró los ojos y dejó salir el dolor, tantos años, tantos fallos y tanto miedo, y allí se encontraba.

—Lo siento, lo siento, lo siento.

Repitió las palabras mil veces, con su pecho ardiendo igual que las lágrimas que ahora caían libres por su rostro. Ella no dijo nada, solo estuvo allí, sujetándolo. Se había negado durante tanto tiempo a pedir ayuda, que ahora no recordaba cómo se hacía.

Las palabras salían de su corazón sin ningún orden, pidiendo un perdón que ni siquiera sabía que necesitaba hasta ahora, porque por primera vez en su vida se sentía derrotado.

—Me marcharé hoy —dijo, sin apenas voz. Sabía que tenía que irse. No quedaba otro camino para él. Se incorporó y caminó hacia la puerta de la cocina, dejando allí a su madre sin ser capaz de volver a mirarla.

—James.

La voz de su padre le sorprendió, le llamaba desde la puerta de su despacho.

—Tenemos que hablar. Emma, todos tenemos que hablar —afirmó, y entró dejando la puerta abierta tras él.

James metió las manos en los bolsillos y sintió a su hermano tras él. No iba a dejar que se escapara, así que caminó siguiendo a su padre, con la cabeza agachada. Tras él entraron su madre y Richard, y todos se quedaron en pie en el despacho, como si se hubieran transportado muchos años atrás, en una de esas reuniones familiares que tenían cuando él era adolescente y todavía tenía una oportunidad de pertenecer a esta familia.

—¿Qué vas a hacer, James?

Escuchó a su padre, pero no fue capaz de contestar. Quería salir de allí cuanto antes y olvidar todo. Volver a su vida normal y no volver a sentir nada nunca más.

—¿James? —insistió su padre.

—No lo sé —murmuró.

—¿Es así como vas a afrontar los problemas? ¿Has olvidado tu promesa de intentarlo? ¿Crees que Susana querrá a alguien que se emborracha cuando tienen una discusión?

No dijo nada. La respuesta era obvia y no necesitaba que lo mortificaran con sus errores.

—Has tenido suerte, hijo. Has encontrado a una mujer fuerte y luchadora. ¿Vas a estropearlo todo otra vez?

—No creo que quiera volver a verme.

—Tienes que hablar con ella —repuso con firmeza su padre.

—No puedo, papá.

—James, tienes que intentarlo. No puedes esconderte cada vez que tengas un problema.

—No lo entiendes. ¡Le fui infiel, papá! —gritó, aunque en realidad el enfado era consigo mismo. ¿Por qué no le dejaban todos en paz? Deberían sentirse felices de que él desapareciera de nuevo de sus vidas.

—James, ¿estabas viéndote con Chelsy? —preguntó su madre, tratando de entender qué había pasado esta vez.

—Hace unos meses. Salí un viernes y estuve con Chelsy —confesó, cerrando los ojos un momento, maldiciendo en voz baja ese día.

—¿Lo sabe Susana?

—No papá. No lo sabe. Convencí a Chloe para que me cubriera.

—¿La has vuelto a ver? —insistió su padre.

—No. Chloe me hizo prometer que no la vería, ni a ella ni a nadie.

—¿Cumpliste tu palabra?

Levantó la cabeza para mirarle. Él parecía muy calmado. Dirigía el interrogatorio de forma fría y tenaz, y James estaba perdiendo los nervios. Sentía cómo el poco control que tenía en esos momentos era cada vez más débil.

—Sí.

Escupió la contestación, porque si algo había tenido siempre era palabra. Nunca había sido un mentiroso. Tal vez un borracho o cualquier cosa que se les ocurriera, pero nunca había mentido. Siempre aceptaba sus actos y las consecuencias de lo que hacía.

—Bien. Creo que tienes una oportunidad.

El señor Baker se sentó en el sofá de su escritorio y miró a sus hijos y a su esposa.

—Imagino que Chloe le habrá contado que es mentira que anoche quedaras con Chelsy, pero el resto se lo tienes que contar tú. Tendrás que ir y arreglarlo, James.

—Papá, no...

—James, no voy a permitir que te escondas otra vez. —El señor Baker no dejó que su hijo continuase, resuelto a terminar de una vez por todas con la actitud derrotista de James—. Así están las cosas. Viniste a pedirnos ayuda y te abrimos la puerta de nuestra casa. Estas son las reglas. Busca ayuda, necesitas alguien, un médico, un psicólogo, alguien que te ayude a superar esto. No puedes permitirte caer otra vez —hizo una pequeña pausa y su expresión se dulcificó un poco al pensar en Susana—. Ve y habla con ella, cuéntale la verdad, todo, James. Tanto si ella quiere seguir contigo como si no, tendrás un sitio en esta casa. Pero tienes que intentarlo. Deja de esconderte de una maldita vez.

James continuó en silencio, aturdido, incapaz de pensar con claridad, se sentía acorralado. Quería regresar a su apartamento, a su trabajo, a su vida llena de llamadas telefónicas con horario, a todo lo que antes le daba seguridad y no permitía que sintiese este dolor que estaba agujereando su pecho.

Llamaron a la puerta y Chloe entró sin esperar respuesta, se abalanzó sobre su hermano con una gran sonrisa que llenó de esperanza a todos.

—Se lo he explicado, James, le he dicho que es mentira —dijo, sin dejar de abrazarlo—, tienes que ir a verla.

Dentro de James había una lucha interior en ese momento: su yo antiguo pensando que era mejor olvidar todo y continuar, y su yo nuevo deseando volver a tener a Susana entre sus brazos.

—James, vas a ir, ¿verdad? —Chloe se separó de él sin dejar de mirarle, esperando su reacción—. Está avergonzada por haber salido corriendo de esa forma —explicó—. Pero eres tú el que tienes que explicarle todo, James.

—¿Está avergonzada? —preguntó extrañado, porque si alguien allí debía de sentir vergüenza era él.

—Claro. Cuando le expliqué que era mentira y cómo era Chelsy, pensó que ya no querrías estar con ella después de haberse ido así. Te quiere, James.

—Chloe... —Tenía miedo de preguntar. Había dicho que ella le quería, y eso ya le parecía bastante locura.

—Es tu decisión, hijo —dijo su padre.

—Vamos, James —animó su hermana, tirando de su brazo para sacarlo del despacho.

Todo sucedió muy rápido, sin que pudiera pensar o hablar. Empujado por sus hermanos, James se encontró sentado en el coche de Richard, camino de la casa de Susana. Su hermano puso música alta y no pronunció ni una palabra en todo el trayecto. Cuando se encontraron frente al apartamento de ella, James se encontraba paralizado.

—No tienes que hacer esto si no quieres. Puedo llevarte a tu casa.

Richard vio lo pálido que se encontraba su hermano pequeño, y sintió miedo por él. No sabía si sería capaz de aguantar una derrota. Tan frágil le parecía ahora, aunque se mantuviera allí sentado con la mirada fría, perdida en el frente, y la mandíbula apretada. Él lo conocía demasiado bien para creerse la fachada que cubría su habitual lucha interior.

—No.

—¿Estás seguro?

—No estoy seguro de nada, Richard. —Miró hacia la puerta de la casa de Susana sin decidirse a bajar todavía.

—¿Quieres que espere aquí?

—No, márchate.

—James, te espero...

—Márchate. Cogeré un taxi para recoger luego mi equipaje.

—¿Seguro?

Sabía a qué tenía miedo Richard, pero no podía asegurarle qué iba a pasar. Ni él mismo lo sabía. Tal vez esto fuera el final y no el comienzo de su nueva vida. No tenía ni idea.

Abrió el coche y bajó sin mirar a su hermano, concentrado en la puerta, y la distancia que le separaba de esos escalones que tantas veces había subido le parecieron millas. Finalmente llamó al timbre y giró la cabeza para hacer un gesto a Richard para animarle a marcharse.

Fabio abrió la puerta, serio pero con rostro amable, y le dejó pasar sin hacer preguntas.

—Está en su habitación. Yo tengo que ir a trabajar. Si la dejas sola llámame, por favor. —No dijo nada más y James fue hasta la habitación de ella.

Cuando abrió, sintió como si el corazón se le detuviera dentro del pecho al verla. Estaba tumbada en la cama, acurrucada, y María dormía tranquilamente en la cuna, ajena al drama que ellos vivían.

—¿Puedo entrar?

No hubo respuesta. Observó los ojos hinchados de Susana y se tumbó a su lado sobre la cama.

—L o siento, Susana.

—James, yo... Cuando vi el mensaje...

Ella volvió a llorar y el pequeño hipo no la dejaba hablar. Era mejor así, porque James sabía que Susana no era culpable de nada y no quería que dijera ni una palabra más, así que la abrazó contra su pecho y no dejó que continuase. Después de unos minutos encontró el valor suficiente para comenzar, esperando que ella le dejara explicarse.

—No sabes todo de mí, Susana.

—James, Chloe me ha contado.

—No —la interrumpió de nuevo—. Chloe es demasiado generosa conmigo. — Suspiró y pensó que había llegado el momento de confiar en ella y apostar todo por su relación—. Hace tiempo que todo iba mal, Susana. Tan mal que me fui de casa de mis padres. Tuvimos una pelea.

Haciendo pequeñas pausas, buscaba la forma de encontrar las explicaciones. Había intentado ser otro para ella, la versión mejor de sí mismo. Era el momento de mostrarle la verdad y dejar que decidiera si quería continuar a su lado.

—Susana, hace tiempo que bebía, y salía y... Bueno, tomaba drogas.

Susana se levantó y lo miró confundida. Él supuso que ella no tenía ni idea de lo que trataba de explicar, pero tenía que conseguir que entendiese. Tal vez de esa forma le daría una oportunidad, así que, tomó aire y lo soltó todo.

—No he sido muy buen hijo, Susana. Mi padre se esforzó, pero no lo he sido. Un día llegué a casa bastante... alterado... y le intenté pegar cuando me detuvo. No sé muy bien qué pasó, ni siquiera lo recuerdo. Me rompí la pierna al caer por la escalera. Cuando pude andar me fui de casa. Tenía trabajo y dinero, Susana, y lo gastaba de esta forma. Con Chelsy.... se puede decir que estábamos juntos. Richard me encontró un día inconsciente en casa y tuvieron que llevarme al hospital. Desde entonces él y Chloe han cuidado de mí. Entre semana trabajaba, pero el viernes... simplemente apagaba el interruptor. ¿Entiendes lo que te estoy contando, Susana?

—Sí, James. Pero estás conmigo los fines de semana.

Él miró a la ventana intentando esquivar sus ojos. Ahora que había comenzado, debía terminar y soltar todo.

—Cuando te encontré, Susana, empecé a querer estar contigo. Pero todo era difícil y no tenía ni idea de por qué lo hacías. Susana, tú no tienes la culpa, pero yo no sabía qué estaba pasando. —Hizo una pausa para tomar aire antes de continuar con la parte más difícil—. Hace unos meses al dejarte en casa me fui. Te lo conté Susana. Tienes

que acordarte.

—Sí. Me dijiste que habías salido.

—No te conté todo, Susana.

Cogió sus manos entre las de él, se enfrentó a sus ojos negros, y esperó encontrar allí las fuerzas para entregarle su corazón, porque eso es exactamente lo que estaba dispuesto a hacer. Iba a arriesgar y compartir todo con esa mujer y debía comenzar por ser sincero.

—Susana, salí con mis amigos, bebí, tomé de todo lo que pude, y me lie con Chelsy en el coche. Al día siguiente me sentía fatal, asustado por perderte. Chloe se enteró y le pedí que me ayudara. Me quitó el teléfono, me deshice de todo lo que tenía en casa y me dijo que confiaba que no vería a Chelsy ni a ninguno de mis antiguos amigos.

Susana le miraba seria, incluso un poco asombrada, pero no dejaba entrever qué pensaba. Solo continuaba con sus ojos fijos en él, esperando, y en el silencio del dormitorio podían escucharse los latidos del corazón de James, golpeando fuerte por ser valiente para ella.

—Susana, no te enfades con Chloe. Ella me quiere.

—¿Has vuelto a ver a Chelsy? —preguntó con un hilo de voz.

—No. Nunca. ¿Recuerdas que te pregunté si querías que me quedara contigo? Nunca volví a verla ni a llamarla. Desde entonces solo he estado contigo. Y luego conocí a María, y entendí todo.

—¿Y qué pasó cuando estuve fuera?

—Estuve enfermo. Tenía las defensas demasiado bajas, dijeron, y tuve neumonía. Pasé casi una semana en el hospital. Mi familia pensaba que había sido una sobredosis. Esa es la verdad.

Ella no dijo nada y James se sintió morir por dentro, así que continuó haciendo lo único que podía, suplicar y pedir perdón.

—Susana, ayer cuando te fuiste estaba desesperado. Salí y encontré a Chelsy. Llamó a mi oficina para conseguir mi teléfono. Lo siento muchísimo. Tienes que creerme cuando te digo que no hay nada entre nosotros.

—¿Por qué fuiste a verla ayer?

—No lo sé, supongo que quería culpar a alguien. La encontré y ella se estuvo riendo en mi cara. Luego estuve bebiendo y Richard me llevó a casa. Eso es todo.

James se dejó caer de nuevo sobre la cama y ambos se quedaron allí, en silencio, escuchando el ruido de sus respiraciones.

—Tal vez si yo te hubiera contado antes... —comenzó ella.

—No, Susana. No es culpa tuya. Comenzó mucho antes, ¿lo entiendes?

—Sí.

Volvió a callar durante lo que a él le pareció una eternidad, y habría deseado poder escuchar sus pensamientos. El silencio de Susana le hacía sufrir.

—¿Quieres volver con ella?

Sorprendido por la pregunta, James se giró para mirarla cara a cara.

—No. ¿Por qué preguntas eso? No he vuelto a verla desde aquella noche. Cuando me dijiste que te ibas, me prometí que no volvería a recaer, que iba a esperarte y conseguir dejar todo para estar contigo. Te lo juro. Quiero estar contigo. ¿No lo

entiendes?

—Bueno, en realidad, James, tú llevas una vida distinta a la mía. Ganas mucho más dinero, te gusta divertirse y yo no puedo vivir así.

James estuvo a punto de reírse de su sorprendente pensamiento, totalmente absurdo para él.

—Susana, decidí quedarme contigo. Nadie me obligó. Aquel día cuando vine y conocí a María pude haberme ido y nunca habrías sabido nada. Fabio y yo hablamos, me contó cuánto te había costado ocultarme a María, los remordimientos que tenías y que pensabas que yo saldría corriendo. Y me dio la oportunidad de irme y no decirte nunca que había ido a tu casa. Pero me quedé. ¿Recuerdas?

—Sí. Lo recuerdo. Me pareció imposible y ahora también me lo parece. No entiendo qué haces conmigo, podrías conseguir alguien mucho mejor, libre, sin problemas, incluso más guapa.

James la miró con el ceño fruncido. Qué equivocada estaba Susana, si fuera capaz de verse tan solo una vez como él la veía.

—Susana, no quiero buscar a nadie mejor. No existe nadie mejor que tú. No me importa que tengas una hija, a la que por cierto también quiero, ni que trabajes en la recepción de un hotel. Cuando estoy contigo, Susana... estoy tranquilo. ¿Sabes? Antes nunca dormía más de un par de horas, pero cuando duermo contigo es fácil descansar, no necesito pensar, ni hablar... Solo soy yo. Contigo puedo estar en silencio. Pienso en ti en el trabajo cuando algo va mal, cuando estoy nervioso o por las noches, cuando estoy en mi apartamento. Y quiero volver a verte una y otra vez, Susana. Nunca había sentido esto. Quiero estar contigo... si tú todavía quieres —se detuvo, ¿por qué era tan difícil decirle lo especial que era?, ¿cómo podía hacerle entender que no sabía cómo había podido vivir antes de conocerla?

Los ojos de Susana estaban llenos de lágrimas y él esperó, sin atreverse a tocarla.

—Claro que quiero.

Casi no la pudo escuchar, pero tampoco hacía falta. Despacio, acercó su rostro al suyo para besarla con suavidad y devoción. No quería verla llorar más y tampoco quería hacerle daño nunca más.

Tumbados en la cama, ella apoyó su cabeza sobre su torso. Se sentía cansado, pero por fin su mundo estaba en orden.

—Quiero vivir contigo, Susana, no quiero que estemos separados. Buscaremos una casa.

—James...

—Espera, Susana, por favor. Sé que ganas menos dinero, sé que tienes a María y sé que tus horarios son un caos. Pero al menos quiero estar contigo el tiempo que no estés estudiando y trabajando. Y sí, gano más dinero que tú, aunque pronto ganarás más, cuando termines los estudios. Así que tómallo como un préstamo si quieres, pero quiero vivir contigo. Y querré casarme pronto.

—Pero James...

—Buscaré casa, y cuando encuentre algo, veremos. ¿De acuerdo?

—No tiene que ser grande —añadió ella, sin darse cuenta de que había una aceptación en sus palabras a la proposición de él.

—Bueno, por ahora no será grande, si quieres. Pero dentro de unos años María

tendrá hermanos y tendremos que mudarnos.

Ella levantó la cabeza con los ojos muy abiertos y él se rio, travieso y divertido.

—Tendrías que verte la cara, mi amor.

Consiguió que ella riera y con eso se sintió satisfecho, aunque no había mentido ni exagerado sus intenciones. Tenía claro qué tipo de vida quería ahora y ella era la mujer perfecta para compartir todo su futuro.

—Y solo para quede claro: Susana Martínez, eres hermosa y nunca encontraré otra mujer más guapa que tú.

Ella pasó de la risa al sonrojo con velocidad y él la besó de nuevo. Era la mujer más increíble que había conocido, aunque ella no parecía darse cuenta.

—Tus padres...

—Shhh. No te preocupes. Ellos lo entienden y saben que es culpa mía. Mi madre te está esperando el próximo viernes, no te va a dejar escapar tan fácilmente —le aclaró, mientras daba pequeños besos a sus labios y su rostro.

—Me muero de vergüenza, James.

—Bueno, ellos me han levantado esta mañana para obligarme a venir. Yo pensaba que no me perdonarías nunca, pero han insistido. Así que debes de gustarles.

Rodó los ojos como si este pensamiento le pareciera absurdo y James regresó a sus labios mientras rodeaba su cintura, trayéndola más cerca. Se quitó los zapatos y entró en la cama, a su lado, buscando su calor.

—El mes que viene es mi cumpleaños. Hace mucho que no lo celebro con ellos. ¿Me acompañarás? —Cada palabra fue seguida de un beso en sus labios, y no esperó su respuesta para continuar—. ¿Quieres dormir? —preguntó bajando por el cuello.

—Eso no es dormir, James —dijo casi sin voz.

—Un poco de ejercicio antes... —James se rio y le dio un pequeño mordisco—. Solo quiero recompensarte, si me dejas...

James bajó su mano y subió despacio la tela de su camiseta de dormir. Acariciando su estómago suave esperó la aprobación de ella y el brillo de sus ojos negros le dijo que podía continuar.

—Necesitamos nuestra habitación. ¿Recuerdas el día que estuvimos en mi casa, solos?

Ella se mordió los labios para no dejar escapar ningún sonido mientras las manos hábiles de él hacían arder la piel de su cuerpo.

—Algún día quiero oírte gritar. —Y bajó despacio hasta que ella separó sus piernas mientras luchaba por permanecer en silencio.

Quizá era el miedo que había tenido a perderla, o tal vez que Susana era perfecta para él, pero su piel le sorprendió por su calidez y su suavidad, y parecía que nunca tendría suficiente. Cuando le envolvió con sus piernas fue él quien tuvo que hacer un esfuerzo por ahogar sus gemidos, mientras sus caderas se movían buscándola, deseando fundirse con su cuerpo.

Había un delicioso efecto secundario de su silencio: sus uñas quedaban marcadas en los hombros de James, en su espalda o en sus brazos. Para él, llevar una pequeña marca en su cuerpo le hacía sentir orgulloso y le daba motivos para recordar cuando ella no estaba a su lado.

Tumbada a su lado, Susana se entretuvo en dibujar formas sobre los músculos del

pecho de James, haciéndole cosquillas con sus dedos al seguir las líneas de su tatuaje, y él casi podía sentir el cerebro de ella trabajando de nuevo.

—El padre de María me dejó. —Lo soltó de golpe, como si llevara minutos conteniéndose, pensando, calibrando y esforzándose por decirlo.

—No hace falta que me expliques nada.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo.

Se acurrucó en su pecho como si fuera más fácil para ella hablar sin mirarlo. A James no se le había escapado el detalle de que ella ni siquiera había dicho el nombre. Hablaba como si fuese un desconocido.

—No hay mucho que contar. Era mi novio y yo estaba enamorada. Nunca pensé que me pasaría algo así, pero sucedió —continuó, sin dar demasiados detalles, porque para ella todo ese tiempo era pasado y no quería recordar una vida que no tendría y que tampoco añoraba—. Era simpático, guapo... Bueno, en realidad yo era muy estúpida. Creí que él sentía algo por mí y no era así. Solo se divertía. Me quedé embarazada. Sé que parece imposible, pero ya sabes, hay accidentes. Se lo dije enseguida y él pareció entenderlo. Me dijo que estaba contento, que me apoyaría en todo y que no me iba a dejar. Se marchó a casa de sus padres, iba a contarles todo y nos casaríamos en verano.

James escuchaba con atención, sin dejar de acariciar el recorrido de su espalda apartando sus cabellos.

—No volvió —continuó Susana—. Recibí un sobre de su familia. Había una carta explicándome que él asumía toda su responsabilidad, que estaba muy apenado por lo sucedido y que me ayudaría en todo lo necesario, pero que tenía una relación con su novia desde hacía años con quien se iba a casar cuando terminara sus estudios. Venía junto con un cheque de cinco mil euros. Intenté llamarle, pero cambió su número de móvil y sus padres nunca se pusieron al teléfono. El día que lo conté en mi casa, mi padre me miró serio, bajando su mirada por mi cuerpo. Quise morirme, James. Les había fallado. —Tomó aire, buscando las palabras entre sus recuerdos—. Yo era una buena estudiante, ¿sabes? Ellos no dijeron nada, aceptaron mi decisión de seguir adelante y tener al bebé yo sola, pero cada día los veía más tristes y no podía soportarlo. Me miraban con pena. Cuando mi hija nació no podía salir a pasear con ella sin encontrarme con algún conocido que me miraba juzgándome, y yo sentía vergüenza. No quería que mi hija viviera con eso. Así que cogí el dinero que el padre de María me había dado, hice el equipaje y me marché de casa.

James esperó cuando ella dejó de hablar, manteniéndola abrazada.

—¿Nunca ha visto a su hija?

—No. No he vuelto a saber de él.

—¿No le has visto cuando has estado allí?

—No —contestó con rotundidad.

Él se esforzó en respirar tranquilo. ¿Qué clase de hombre no quiere conocer a su propio hijo? Había conocido historias parecidas, pero siempre de otra época, esos años en los que un apellido podía destruirse por culpa de una mala decisión y los matrimonios eran moneda de cambio para los negocios.

—Me gustaría conocer a tus padres. Llámame anticuado, pero es lo correcto. Podríamos ir a visitarlos —dijo, porque ahora se sentía fuerte a su lado y quería que

ella también pudiera regresar a su casa orgullosa.

—No creo que sea buena idea. No están muy contentos. No querían que volviera a Londres.

—Gracias por haber regresado a mi lado.

Ella se sorprendió de la dulce mirada de James, si alguna vez había sentido dudas, estas habían desaparecido. Estaba enamorada.

—No quiero separarme de ti. Dame solo unos días y tendremos casa —dijo decidido.

—No puedo negarme, ¿verdad?

—No —contestó con una gran sonrisa. Apartó el cabello de su cara, colocando los mechones tras su oreja para poder disfrutar de su rostro y, de paso, comprobar si ella se encontraba bien.

—Y vas a buscar corriendo casa —añadió ella con un cierto tono de fastidio.

—Sí.

—Bien, no me queda más remedio, imagino.

—Susana, mírame. —La sujetó el rostro por la barbilla, viendo el precioso puchero que tenía en su cara—. Yo no quiero obligarte a nada. ¿Quieres vivir conmigo?

Deshizo el puchero despacio y puso una sonrisa que él no conocía.

—Sí —aceptó, lanzándose a besarle sin dejar de reír.

James sintió que todo volvía a estar ordenado y en su sitio, y no se alejó de ella un momento, durmió tranquilo con el cálido cuerpo de ella pegado a su piel. Era como si el planeta Tierra hubiera ajustado de nuevo su órbita y todo el universo se deslizase en equilibrio. Sin duda, había grandes agujeros negros ahí fuera, y también nubes de polvo y rocas, pero ahora podía sentir la gravedad sujetándole a la Tierra.

Se despertó temprano y la cubrió con cuidado antes de salir del dormitorio para preparar el desayuno.

—Buenos días.

—Buenos días, Fabio —saludó sorprendido, al encontrar en la cocina al compañero de piso de ella, aunque un segundo después pensó que era normal.

Esta era su casa, después de todo. Estaba también desayunando mientras miraba el canal de deportes en la pequeña televisión de la cocina.

—¿Vas a casarte con ella? —Lo preguntó de repente, con voz tranquila, como si ellos fueran amigos de toda la vida.

La verdad era que James se sentía cómodo y cercano con él. Tenía mucho que agradecer a ese italiano que cuidaba de Susana.

—Acabo de convencerla para vivir conmigo.

—Es un paso. Susana es muy cabezota.

—No me digas. —Se sentó en la mesa con su café y cogió unas galletas con chocolate.

—Sabes que si le haces daño tendré que matarte. Puede sonar a película, pero lo haré.

James miró a Fabio. Había una sonrisa en sus labios, pero no dudó de sus palabras ni un momento. Se sintió feliz porque Susana tuviera un amigo como él.

—Fabio, la amo. Lamento este malentendido. Ha sido culpa mía. Pero no voy a dejar que algo así vuelva a suceder. En cuanto encuentre casa nos iremos a vivir los

tres juntos. Seremos una familia.

—¿Entonces, no le pedirás matrimonio?

—Creo que si lo hago saldrá disparada en el siguiente avión a España.

—Sí. Puede ser. Es Susana. Y no sé por qué tiene la absurda convicción de que ella no merece tu amor.

—Tampoco yo la merezco.

—Eso es cierto.

Ambos tomaron café intercambiando palabras sobre ella. James sabía que algún día tendría que conocer a la familia de Susana, pero estaba seguro de que para ella la opinión de Fabio era mucho más importante en sus decisiones.

—Me gustaría algún día romperle la cara al padre de María —expuso Fabio con la misma tranquilidad.

—Estaré encantado de hacerlo por ti si me le encuentro.

—Así que vas a ir a España.

—Todavía no, pero espero convencerla. Me gustaría pedir su mano a su padre.

—Sí. Hacer las cosas de forma correcta.

—¿De qué habláis? —Susana entró en la cocina vestida con su pijama azul y los miró algo temerosa a los dos.

—De tu boda —le contestó Fabio con una gran sonrisa. Ella frunció el ceño y se acercó a darle un pequeño cachete en la cabeza.

—No des ideas, Fabio. No me hagas odiarte.

—No es idiota, Susana, y quiere estar seguro de que no te vas a escapar. ¿Pensabas que no te iba a pedir matrimonio?

—¡Cállate, Fabio! —le dijo, totalmente sonrojada y avergonzada ahora.

—De acuerdo. Pero Susana —Fabio la miró de forma juguetona—, ten cuidado la próxima vez. Cualquiera diría que eres una pequeña gatita en la cama —dijo al señalar las marcas en el brazo de James de sus uñas.

Los dos hombres se rieron a carcajadas al comprobar el enfado de ella, que trató de ignorarlos.

—Te has levantado pronto. ¿Qué planes tienes hoy? —le preguntó a su amigo para cambiar de conversación.

—No lo sé. Cuando Henry se levante le preguntaré.

Lo soltó sin mirarles, y Susana abrió los ojos sorprendida, mirando con complicidad a James.

—¿Hay un Henry? —preguntó Susana. La pregunta era sencilla, aunque no era en realidad lo que quería preguntar.

—Sí, Susana. Todavía está dormido. Imagino que cansado. ¿Sabes? No eres la única que sabe dejar marcas. Creo que su hombro lucirá mis dientes.

Susana hizo un gesto de asombro, pero la risa se lo impidió, y James se levantó dejando la taza de café en el lavaplatos.

—Joder, Fabio, esa era una imagen que no necesitaba tener en mi cabeza —dijo mientras salía de la cocina, dejando que los dos amigos se pusieran al día con sus cotilleos.

No tenía ni idea de que Fabio saliera con un Henry, aunque sospechaba algo. Si un hombre podía vivir con Susana durante tanto tiempo sin intentar tener una relación

con ella, debía de haber algún motivo. No eran familia, por tanto, solo quedaba esa posibilidad. Se fue a la habitación para despertar a María y llevarla a desayunar.

Desde el piso superior podía escuchar las risas y comentarios de Fabio y Susana, y cómo él daba ideas por si finalmente James no le pedía matrimonio.

Fabio le pareció más temible que su hermana Chloe. Entonces cogió el teléfono y, sin darse cuenta de la sonrisa que tenía en su cara, marcó el número de su madre.

EPÍLOGO

Su gran sombrero blanco asomaba sobre la hamaca.

Susana leía un libro mientras James salía de la casa con una toalla en el hombro y se acercaba despacio para intentar darle una sorpresa. Quería ir a nadar con ella a la playa ahora que el sol se estaba poniendo y el agua se teñía de rosas y naranjas. Ella levantó los ojos percibiendo su presencia.

—Voy a darme un baño antes de cenar. ¿Vienes? —le preguntó mientras se sentaba en la hamaca vacía que estaba al lado de ella.

—Me quedan solo dos páginas —contestó Susana, volviendo la vista a las letras.

James comenzó a pasar sus dedos por su hombro. El dorado de la piel de ella se había vuelto más oscuro al tomar el sol. Aunque Susana se tapaba con un sombrero y se escondía bajo una sombrilla o bajo el porche en las horas más cálidas del día, en cuanto podía se tumbaba a disfrutar del cielo despejado de su país. Él no conseguía entender cómo había aceptado vivir en la siempre lluviosa y gris Londres.

—Te espero en el agua. —Dejó la toalla junto a ella y se fue solo, en vista de que ella no tenía intención de acompañarle.

La casa que habían alquilado tenía un pequeño jardín con salida directa a una cala, así que parecía que tuvieran su propia playa privada. Podían desayunar en el porche con la suave brisa de la mañana o cenar disfrutando de la puesta de sol. Era un pequeño paraíso. Había un pueblecito a tan solo unos minutos en coche, lleno de calles blancas y gentes amables, pero habían ido solo un par de veces, para comprar las provisiones necesarias. Era la primera vez que podían disfrutar de tanto tiempo juntos, y eso era precisamente lo que hacían.

Así debía de ser una luna de miel, y escoger esta casita en Menorca había sido una idea maravillosa.

Miró a su esposa, esperando que ella se decidiese a acompañarlo, pero Susana se había olvidado de él, así que salió del agua y planeó su pequeña venganza. Se puso a su lado, haciendo que su sombra tapase el libro, y cuando ella levantó la vista, sacudió su pelo salpicándole de agua.

—¡James! —le regañó—. ¡Has mojado el libro!

—Entonces me temo que habrá que tirarlo.

Trató de quitarle de las manos el ejemplar de papel de Harry Potter y ella lo sujetó con fuerza, peleando, así que James intentó una técnica de distracción: se dejó caer sobre ella, sujetándose en la hamaca para no aplastarla, y comenzó a besarla. En pocos segundos ella soltó a su presa y él tiró el libro a la arena, mientras ahogaba una queja de Susana con sus labios.

No podía permanecer lejos mucho tiempo y ella lo sabía, sobre todo cuando se ponía esos bikinis que dejaban tanta porción de piel a la vista, por no hablar de cuando ella se quitaba la parte superior para que el sol no dejase marcas que afearan su escote.

—¿Piensas ignorarme toda la luna de miel?

—No te ignoro. Estaba leyendo.

—Te echaba de menos —le dijo, y se detuvo en su cuello para dejar allí más besos —. Voy a ducharme. ¿Vienes o sigues leyendo?

—Casi he terminado.

James se levantó, molesto, y se fue a la casa para quitarse la sal con una ducha y, de paso, bajar un poco el calor que sentía. Susana podía ser muy testaruda cuando quería, demasiado bien lo sabía, y había descubierto que tenía además un gran sentido de la libertad: bastaba que él insinuara lo que ella tenía que hacer para que se negase en redondo o lo retrasase lo más posible.

Se puso unos pantalones de algodón cómodos y una camisa blanca y se encaminó a la cocina para terminar de preparar la cena. Había pensado en algo ligero: una ensalada de verduras y un poco de pescado a la plancha que había comprado esa misma mañana a un vecino junto con pequeños tomates de la huerta que Susana había mirado con ojos hambrientos.

Mientras abría una botella de vino se asomó a la ventana para comprobar que ella seguía en su sitio, pero ya no estaba en la tumbona. Debía haber vuelto a la casa a cambiarse de ropa; tal vez había terminado el tercer libro de Harry Potter por fin. Le había parecido gracioso que metiese en la maleta la colección entera de libros, en papel, en lugar de llevar un *ebook* con todos los ejemplares que quisiera, pero ella le explicó que hacía mucho que no tenía tiempo para leer un libro de verdad y quería disfrutar del tacto del papel. Ahora se daba cuenta de que había menospreciado el peligro de aquellas páginas.

Colocó los platos en la mesa y sirvió un poco de vino en las copas mientras su enfado aumentaba. ¿Por qué tenía que ser siempre tan cabezota?

Justo entonces, Susana salió de la casa y se unió a él en la mesa. Con un vestido blanco que había comprado en el mercadillo, suelto y ligero, y unas sandalias de cuentas marinas, estaba arrebatadoramente hermosa. James estuvo a punto de levantarse para besarla, pero se contuvo. Esta vez esperaba que ella se disculpase al menos.

Pero Susana se comportó como si nada hubiera sucedido. Se sentó enfrente de él y tomó un poco de vino mientras sonreía. James la miraba, sabiéndose perdido. Por mucho que intentase mantener su orgullo y su dignidad, no tenía nada que hacer frente a ella. Nada había cambiado desde aquel día en que la conoció y su meta en la vida pasó a ser conseguir que ella aceptase tener una cita con él.

—Si vuelves a dejarme plantado por ese libro, lo tiraré al mar —la amenazó. Pero en su rostro había una sonrisa.

—Quería terminarlo —se explicó, y le devolvió la sonrisa cortando toda posibilidad de enfado—, hacía siglos que no leía.

—Sí. Pero esta es nuestra luna de miel. Y no pienso compartirte con nadie, ni siquiera con Voldemort.

Llevaban solo una semana en la isla, pero ella parecía otra. Sus ojos negros brillaban con más intensidad, su andar se había vuelto más tranquilo y en su rostro siempre había una sonrisa. James también dormía mejor ahora, y las ojeras habían desaparecido de su rostro. Sin embargo, tener insomnio ahora no era tan malo; encontrar el amanecer mientras abrazaba a Susana y sentía su respiración contra su pecho, no era algo que quisiera perderse.

—¿Has llamado a mis padres hoy? —preguntó James.

—Sí, cuando te has ido a comprar el pescado. Emma dice que María nos echa de menos, pero que lo pasa bien con ellos. Tu hermana y Jack la llevan mañana a pasar el día al parque, y me dijo algo de unas compras.

—La van a convertir en una mimada.

—No más que tú—contestó ella.

Siempre discutían porque, según ella, James debía contenerse de comprar todo tipo de juguetes y regalos a María. También tenía que tener cuidado en comprar regalos a Susana, aunque ella no se había quejado demasiado cuando un par de veces había aparecido con una sorpresa. Al final le había prometido que no gastaría nunca el sueldo de un mes en un regalo. James miró el anillo que adornaba el dedo de Susana y sonrió. Había sido el sueldo de un año, así que técnicamente no había mentido.

—Yo también la echo de menos —le dijo, acariciando sus dedos, aunque se sentía un poco culpable de que ella se hubiera alejado de su hija por primera vez por su causa.

Terminaron de cenar y la luz de la tarde fue apagándose poco a poco, igual que los sonidos, dejando tan solo el que las olas hacían al golpear la arena.

—¿Te gustaría vivir así? —preguntó James, sujetando su mano entre sus dedos.

—¿Aquí? Es maravilloso James, y María disfrutaría en el mar y corriendo por la playa. El pueblo parece lleno de gente cariñosa.

—Pero... —Inclinó la cabeza esperando que ella terminase.

—Pero creo que te volverías loco sin ruido y sin coches. —Con un gesto de complicidad le guiñó el ojo, y estiró la mano que tenía libre para acariciar la mejilla de James.

—¿Eso crees?

—He visto el portátil en el fondo de la maleta, James.

Él la miró contrariado. Sí, había traído el móvil y el portátil. No quería estar demasiado desconectado de su trabajo; no podía, en realidad. Aunque estos días no había sentido ningunas ganas de comprobar su correo electrónico.

—Tengo que vigilar mi trabajo, Susana.

—Y por eso no podríamos vivir aquí. Te gusta tu trabajo, te gusta tu familia, incluso te gustan las fiestas. ¿No echas de menos salir con los amigos, James?

—A veces —confesó—, pero ahora estoy contigo. Y con María. Y Susana, me gustaría tener más hijos. Así que, creo que mi tiempo de diversión ha pasado.

—¿Te aburres conmigo, James?

Él frunció el ceño. No había tenido intención de decir eso, y ella lo sabía.

—Susana, esa pregunta es estúpida. —En cuanto las palabras salieron de su boca, supo que se había vuelto a confundir, y así se lo confirmó el brillo de enfado de sus oscuros ojos.

—Tal vez deberías de haberlo pensado antes de casarte, James. Podrías haber encontrado a otra chica menos aburrida y que no dijera estupideces.

Suspiró y se concentró en que el aire entrara lento en sus pulmones. Discutir con Susana solía provocarle dolor de cabeza. Era imposible razonar con ella cuando algo se le metía en la cabeza, aunque luego terminase disculpándose de alguna forma. En la mirada de ella estaba el reto de una pelea, pero él, en lugar de entrar en su juego, llenó de nuevo su copa y la bebió despacio, dejando que el vino refrescase su garganta.

Sostuvo su mirada y sonrió travieso. Entornó los ojos azules como sabía que a ella le gustaba y trazó un círculo en su mano.

—Vamos a la cama, Susana.

—James, ¿cómo te atreves...?

Él no se molestó en esperar. Se levantó y la cogió en brazos sin prestar atención a lo que ella decía, aunque algunos pequeños gritos eran molestos y sus patadas también. No la soltó hasta que estuvieron en el dormitorio. Entonces dejó que sus cuerpos cayeran juntos sobre la cama. Ella siguió peleando y él se dejó vencer, quedándose gustoso bajo el peso de Susana. Estaba preciosa enfadada, y sabía que él odiaba discutir.

—¿Es que no entiendes nada James? —le gritó, y la verdad es que él no tenía ni idea de lo que debía contestar. Suponía que cualquier cosa serviría para que ella se enfadase más.

—Entiendo, señora Baker, que quiero hacer el amor a mi esposa. Si ella tiene tiempo entre sus libros y sus pequeñas rabetas, claro.

Iba a decir algo más, a rebatirle, pero él no la dejó. Se incorporó en la cama y sujetó su cabeza hundiendo sus dedos en su pelo para que ella no pudiese alejarse de sus labios. La pequeña pelea le había vuelto a calentar rápidamente y le quitó el vestido demasiado rápido, admirando su cuerpo moreno con aquellas piezas de lencería blanca que parecían plateadas a la luz de la noche. Pronto sus respiraciones fueron más rápidas y los jadeos llenaron la habitación.

—Siempre decías que querías oírme gritar —le dijo juguetona—, pero creo que vas a ser tú el que grite.

James sonrió, pero pronto sus labios se abrieron en un jadeo, hasta que muchos minutos después, o al menos eso le parecieron, comenzó a suplicar a su mujer.

—¿Qué quieres James?

Él no podía contestar. Lo quería todo, sus manos, su boca, su cuerpo suave, quería fundirse con ella.

Pero lo único que tenía era la tortura de sus labios acariciando enloquecedoramente lento, bajando sin prisa, deteniéndose un millón de veces. Y él disfrutaba, preso de sus caricias, rogando, y los segundos se convertían en espigas de azúcar cuando ella lamía su piel y enviaba mil sensaciones por su cuerpo.

Terminaron tumbados, sudorosos por el calor y disfrutando del aire que entraba por la ventana abierta, refrescándoles con el aroma del Mediterráneo.

—Sabes que cuando consiga respirar de nuevo voy a lanzarme sobre ti, y no descansarás en toda la noche —la amenazó.

—¿En toda la noche?

—Susana, cariño, vas a gritar y será mi nombre el que pronuncies.

—¿Estas muy seguro de eso, ¿no?

—Pienso hacerte olvidar ese maldito libro. Y tampoco volverás a pensar tonterías ni a enfadarte sin razón. —James se levantó como un depredador. Sus ojos claros, iluminados por la luna, parecían los de un felino—. Voy a hacerte el amor de tantas formas que terminaremos desmayados en la cama.

Ella se entretuvo en acariciar el tatuaje que discurría bajo su abdomen. Las alas de aquel pájaro, dispuestas para el vuelo, eran hermosas.

—¿Tiene algún significado?

James miró la porción de cielo que se podía observar a través de las cortinas. Recordaba perfectamente el día que se lo hizo, y sin embargo, parecía que fuera la vida de otra persona, otro tiempo en un universo diferente.

—No, además del obvio. Un pájaro que levanta el vuelo. Ya sabes lo que diría cualquier psicólogo.

—Y tú, ¿qué dices tú?

—Estaba borracho, Susana, esa es la verdad. Fue un verano bastante movido. Los Ángeles tiene grandes fiestas.

—¿Los Ángeles?

—Sí. Fuimos tres amigos. Y esa noche al salir de una fiesta en la playa nos dimos de cara con un taller de tatuajes. Tuve suerte. Podía haber terminado con un conejito, pero el tatuador era un profesional. Yo dije «pájaro», y él hizo el resto.

Susana no dijo nada. James hablaba pocas veces de su pasado.

—Creo que mientes.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Sí, mientes. Creo que te gusta fingir que nada era importante, pero no es así.

—Susana, no me gusta que me analicen. No lo hagas —dijo, repentinamente serio.

—Soy tu esposa. No tienes que mentirme.

—No lo hago. Estaba borracho y me hice un tatuaje. Fin de la historia.

Ella no replicó, solo acarició con la punta de los dedos las alas de aquel pájaro. Había mucho más en él de lo que James quería reconocer, pero sabía que no lo admitiría.

—¿Qué hay de tus planes para pasar la noche? ¿Estás demasiado cansado?

La risa burlona de ella pilló a James desprevenido. Sí, tenía un plan, y no iba a tardar ni un minuto en mostrárselo de forma muy gráfica. No había nadie que pudiera escucharlos, así que iba a cumplir su propósito de hacer que Susana gritara su nombre.

* * *

Se despertó temprano. Susana estaba tumbada a su lado, cubierta solo por la sábana, con todo su pelo negro sobre la almohada y una deliciosa expresión en los

labios algo enrojecidos. Con cuidado para no despertarla, se levantó y salió de la casa con un zumo recién exprimido.

Los suaves pasos de Susana sonaron justo detrás de él antes de que sus brazos le rodearan.

—Buenos días. ¿Llevas mucho despierto?

—No. —Se dio la vuelta para saludarla como le gustaba, con un beso en los labios, y ella se sentó a su lado en el porche, apoyando su cuerpo sobre el de James—. ¿Quieres zumo?

Le ofreció su vaso y frotó su mano sobre el brazo de ella. El sol todavía no calentaba lo suficiente y Susana había salido cubierta con un camisón de lino.

—¿Vuelves a tener insomnio? —preguntó.

—No, de verdad, he dormido bien. Deja de preocuparte.

—¿Me lo dirías si estuvieras mal?

James esperó unos segundos antes de contestar, porque quería terminar de una vez con los miedos de ella, tanto como él mismo los había olvidado.

—Estoy bien contigo, Susana. Mucho mejor que bien. Nunca, escúchame bien, nunca, he estado tan bien. Me siento feliz y tranquilo. Me gusta dormir contigo y, si alguna vez tengo insomnio, ya no importa porque puedo acariciarte el pelo por la noche, verte dormir, o me levanto y compruebo que María se encuentra bien arropada y cómoda. Me he casado contigo, Susana, porque quería, porque te quiero, y no echo nada de menos de mi vida. Nada.

—¿Estás seguro?

Suspiró algo enfadado. ¿Por qué hacía esas preguntas? Los últimos días ella parecía vivir en un tiovivo de inseguridades y él se estaba volviendo loco tratando de calmarla. ¿No era suficiente demostración haberse casado con ella?

—Antes no tenía nada, Susana. Ahora tengo una vida. —La acarició la barbilla y ella miró sus ojos azules—. ¿Lo entiendes? ¿Cuánto tiempo llevamos juntos?

—Casi dos años —le respondió. Era poco tiempo tal vez, pero para ellos había sido suficiente para dar el «sí, quiero».

—¿Crees que cuando llevemos veinte dejarás de hacer esas preguntas?

—No lo sé.

La besó despacio y se levantó para preparar el desayuno. Escuchó cómo Susana salía corriendo al cuarto de baño y llevó la bandeja a la mesa con todo listo y preparado.

—Si quieres puedo hacer unos huevos revueltos —le dijo cuando ella apareció otra vez. Pero Susana no parecía entusiasmada con esa idea.

—No creo que pueda meter mucho esta mañana en el estómago. —Se dejó caer en la silla y miró el desayuno que él había preparado.

—¿Te encuentras bien, Susana?

James la observó, parecía mucho más pálida y jugaba nerviosa con sus dedos sobre su regazo. Casi pudo escuchar el clic en su cabeza cuando su mundo entero se detuvo mientras la realidad se abría ante sus ojos, llenando de pánico los de ella.

Se levantó de un salto y fue hacia Susana, quizá demasiado impetuoso, y la abrazó con fuerza.

—Susana, te amo, te amo... —repetía una y otra vez mientras la besaba en la

cabeza, en las mejillas y en los labios, nervioso y sin poder entender cómo no se había dado cuenta antes.

En la fiesta que habían dado para los amigos como despedida de solteros, las cosas se les habían escapado de las manos. Llegaron a casa con prisa y no pudieron despegar las manos el uno del otro. Cuando fueron conscientes de que no habían usado preservativo, no hubo enfados ni reproches, solo se besaron y él le dijo cuánto la amaba, porque en realidad no creía que por una vez fuese a suceder nada y porque tampoco le preocupaba esa posibilidad.

Ahora, esa pequeña noche de locura le había convertido en el hombre más feliz del mundo.

—Lo siento, James, no habíamos planeado esto —se excusó ella, con un hilo de voz.

—¿Planeado? Eras tú, Susana, la que querías esperar. Pero sabes que quiero tener más hijos contigo, te lo he repetido mil veces.

—¿Estás seguro?

—Sí. Es un buen momento. Terminarás los exámenes en dos meses y luego tendremos al niño. Me parece perfecto, Susana. ¿Tú estás segura?

Susana no supo si era el embarazo, los nervios, o que la Tierra había tomado mucha velocidad, pero tuvo que salir corriendo al cuarto de baño otra vez porque su estómago parecía que no cesaba de saltar. En cuanto salió, se encontró a James en la puerta, que la cogía en brazos y la llevaba a la tumbona, depositándola allí con cuidado.

—Quédate aquí y descansa. Te traeré el desayuno. Seguro que dentro de un rato consigues comer algo.

Susana iba a quejarse, pero él atajó sus palabras con un gesto.

—Shhh, solo te voy a servir el desayuno. Luego nos iremos a dar un paseo, no creas que voy a tratarte como a una inválida. Quédate aquí un rato, ¿de acuerdo?

Con un suspiro, Susana cerró los ojos y se quedó allí esperando. James la miró con un sentimiento nuevo en su interior. Si antes la quería, ahora le parecía que tenía un precioso tesoro. Cuando se dio cuenta del giro de sus pensamientos, sacudió la cabeza y se rio de sí mismo.

Esa tarde, tumbado a su lado y sujetando su mano, cerró los ojos mientras el sol se ponía, acariciando su piel y él vislumbraba su futuro: su mujer, María, y dos o quizá tres niños más, y él sentado en un jardín viéndolos merendar una tarde de un domingo. De repente se encontró parecido a su padre, pero esto, en lugar de enfadarlo, hizo que estuviera seguro de que por fin, al lado de Susana, le esperaba la felicidad.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Siempre he sido una lectora incansable, leía todo lo que caía en mis manos sin importarme género o autor. Así descubrí a escritores tan dispares como Victoria Holt, Poe o Tolkien.

Cuando un libro me gusta, no me importa leerlo muchas veces, me encanta descubrir detalles nuevos o simplemente sentir la historia de una forma diferente a aquella primera vez.

Desde joven he imaginado historias y las he compartido con mis amigas, gracias a ellas he seguido con ilusión escribiendo y creando nuevos personajes para sorprenderlas.

Mi primer libro Quiero volver a verte salió a la venta en enero del 2015 y ese mismo año mi novela Un lugar junto al mar fue finalista del VI Certámen Vergara de Ediciones B.

Si quieres conocer más libros míos, visita mi blog y mi página de autora en Amazon.

¡Nos vemos en las redes!